



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Aubon (Marques del), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrozo, Bueno, Bremon, Briton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorero, Cervino, Cheste (Conde del), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cahamaque, Hacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Florea, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Rente, Güisvenzu, Guerrero, Inceosa, Haritambach, Irujo, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Gularro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Masé y Flaquer, Merino, Montsinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Ortíz, Ortíz de Pinelo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poyé, Reinoso, Rotes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero, Romero (Ortiz), Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros, y González, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmoron, Sanroma, Seijas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo Trueta, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Noviembre de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoc. —Locomocion aérea, por D. Antonio Arra...
 —Las Repùblicas hispano-americanas, por D. Eusebio Asquerino.—
 La imprenta, por D. Camilo A. Echeverri.—La baronesa de Wilson,
 por D. Héctor F. Varela.—Revista científica, por D. P. Ruiz Albistur.—
 El presidente del Paraguay, por D. H. Palacio.—Oscar Wilde, por
 D. José Martí.—D. Alejandro Moa, por D. Eusebio Asquerino.—Italia
 contemporánea, por D. José María Pillezo.—El primer amor, por D. Juan
 de Dios Restrepo.—El grillo y el escarabajo por D. Ramiro Blanco.—
 Ayer y hoy, por D. Alfredo de la Escosura.—Un cuento matrimonial,
 por D. Luis Vidart.—Historia de tres escuadros, por D. Julián Zugasti.—
 Suelto.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Período de preparacion para la gran lucha el que actualmente atravesamos, no ocurren en él grandes acontecimientos que esciten diariamente y de continuo mantengan la espectacion pública. En el campo de la política, los partidos cuentan sus fuerzas, se organizan y se disponen a la gran batalla que en cuanto se abran las Cortes tendrá lugar, si no mienten los anuncios de ella y no ceden de una manera desusada las pretensiones de los unos ó la resistencia de los otros.

Publicada por los diarios oficiosos del nuevo partido la fórmula acordada y hecha suya por el duque de la Torre, para contener los principios fundamentales de la izquierda y las ventajas que aspira a conseguir, todos los hombres políticos que con ella están conformes acuden a firmarla, prestándola de este modo la autoridad de su nombre. No es preciso pasar revista a los nombres que ya lleva a su pié para decir que entre ellos se cuentan gran parte de los más importantes que siempre han respondido en nuestra patria a los principios de la libertad. En esto, como en todo, se han realizado cumplidamente las esperanzas que desde un principio abrigaron los partidarios del general Serrano. Los constitucionales que por seguir fieles a las ideas de toda su vida se encontraban abandonados por el Sr. Sagasta a consecuencia de las inconcebibles simpatías del presidente del Consejo por sus colegas centralistas, han respondido a la voz de su antiguo jefe el duque de la Torre, abandonando al jefe de un día en mal hora apartado de la comunión y acudiendo allí donde les llamaban las ideas sostenidas con tan tenaz porfía por su partido antes del 8 de Febrero; á éstos han seguido los demócratas de todas procedencias, que en vista de las circunstancias, toman de ellas lo que buenamente dan sin atrincherarse en pretensiones imposibles, á lo menos de conse-

cucion poco probable en el actual estado de cosas, y quieren sacar á salvo los principios de libertad esenciales para la vida de los pueblos y sin los que el progreso permanece estacionario, dejando para más adelante la cuestion de forma de Gobierno, cuestion para ellos secundaria, si con la libertad se la compara. Las adhesiones son muy numerosas; las firmas, de importancia. Pocos partidos nacerán bajo tan buenos auspicios como la izquierda dinámica.

Las fracciones republicana y conservadora no han cambiado respecto a ella de actitud. Prosiguen conformes en otorgarla toda su benevolencia, pagando de este modo la Constitucion del 69 que les da el nuevo partido, y con ella las gloriosas conquistas de la Revolucion, cuyo eclipse va pronto a terminar. Esta actitud no es engañosa, no oculta un lazo; es hija de una profunda conviccion. Prestanla los demócratas republicanos a cambio de un poco de libertad, y los conservadores a cambio de la caída de Sagasta. Creen aquellos que la mayor libertad facilitará la propaganda, y con la propaganda demostrará la superioridad del sistema y provocará el triunfo de la doctrina; creen estos que la izquierda no podrá subsistir en el poder, que la division la matará, y que la desconfianza en las altas esferas producirá una reaccion que volverá a sus manos el poder perdido el día 8 de Febrero. Con tales esperanzas que uno y otro partido abriga, su adhesión tiene que ser sincera. Los cálculos, por otra parte, son exactos. Si el ensayo saliera mal, era imposible un nuevo ministerio centralista, porque éste nada resuelve en ningún sentido, porque no es en la política más que un compás de espera, un entreacto, una especie de tregua de Dios que se da la política española.

La vuelta a los conservadores sería inminente por un lado; por el otro la marcha franca, decidida, sin vacilaciones ni remordimientos, a más amplios ideales, a esferas más propicias al desarrollo de la libertad. Hoy por hoy la situación política de España se presenta desembarazada como nunca; el problema despejado, sin oscuridades ni premisas mal sentadas, ni hipótesis confusas. ¿Es posible la alianza de la monarquía con los principios democráticos? En tal caso, el ensayo responderá a lo que todos los hombres de buena voluntad esperan de él, y habrá en España, a semejanza de lo que ocurre en otras naciones, un espacio indefinido de tiempo que educará al pueblo en la enseñanza de sus derechos y le preparará para una nueva forma de gobierno. ¿No es posible esta alianza? Entonces todos aquellos que juzguen la libertad, condicion precisa, imprescindible a la existen-

cia regular de un pueblo, deben separarse de la institución caduca sobre la cual no pueden echarse los cimientos de las modernas teorías.

Por parte de los conservadores, el problema es el mismo, iguales las hipótesis, las soluciones idénticas. ¿Son compatibles el decoro de la monarquía y la Constitución del 69? Pues restablézcase ésta, ya que su restablecimiento como Código fundamental del Estado acalla justas exigencias, atiende numerosas reclamaciones, y trae a la legalidad fuerzas importantísimas por su significacion y por su número. ¿Por el contrario no existe esa compatibilidad? Pues vuelvan a regir las únicas ideas que el trono puede mantener si ha de mirar su conservación, una vez declarada imposible de conseguirse esa unión que sería de desear.

Colocado en medio de estas dos aspiraciones, combatido por ambas a la vez, la fusion se encuentra hoy que va a morir en igual situación que a pocos días de nacer. Falta de un programa bueno ó malo, pero despues de todo definido, vino al mundo, y falta de ese programa se va de él. Nada significa, nada es; ni plantea ningún problema, ni ofrece ninguna solución. Engendro extraño que abortó el ansia de poder, sació bien pronto sus necesidades, y en el tiempo que lleva mereciendo la confianza del rey y rigiendo los destinos del país, nada ha hecho por el país ni por el rey. Su paso por la historia había sido completamente estéril. Muere, y su mayor causa de muerte está en su ninguna significacion. No ha hecho bien ni mal; no ha hecho nada, y esto es peor que todo en la vida de una nacion que aún tiene que andar gran trecho en el camino de la civilización y del progreso, porque el tiempo no aprovechado es tiempo que se pierde, y que es preciso ganar más adelante a costa de esfuerzos titánicos, so pena de ir siempre rezagada y ser objeto de desdén para las demás naciones. Cuando vino a la vida pública no traía plan trazado para vivir; ahora que se va de ella no tiene tampoco plan trazado para resistirse. El instinto de conservación la prescribe la resistencia, y parece que quiere resistir; pero ¿qué hace para ello? ¿Dá algún síntoma de vida? Recoge la vieja bandera del partido constitucional bajo cuyos pliegues subió las gradas del poder? Llamándose, como se llama, reformista, acomete alguna gran reforma, aquí donde todo está por hacer, y todo por reformar? Inutiliza al nuevo partido haciendo por sí lo que este quiere emprender? Busca el apoyo de los descontentos para entrar en esa vía de actividad, único recurso que podría salvarla de una muerte tanto más inmediata cuanto sea mayor su inacción? Satisface las reclama-



ciones del país, ansioso de libertad? ¿Cumple a los demócratas las francas promesas á que debió la benevolencia de éstos en los primeros días de su poder? Nada de eso. Quiere resistir, pero nada hace y, por tanto, nada consigue. Más bien parece que, resignado con su suerte, aguarda el término de su existencia con la impasibilidad de un *yorich* indio para quien la muerte es la vuelta al reposo absoluto, al Nirvana, en que cesa toda vida y todo movimiento.

Porque nada serio significan las siniestras profecías de los periódicos, convertidos ahora en agoreros de desgracias, para lo cual se han vestido los mismos trajes y tomado el mismo acento quejumbroso que los diarios conservadores antes del 8 de Febrero. No se satisface á la opinion con vanas frases huecas, que no tienen alcance alguno, y que pasan llevadas por el viento sin dejar huella en el oído. Este sistema, de resultados inmediatos, de significacion innegable cuando es la opinion pública quien lo emplea, no representa nada cuando lo emplea una agrupacion que no tiene tras sí el apoyo popular, y en tal caso solo responde á la necesidad de conservar un poder que se escapa de entre las manos. Sí; aquellos mismos periódicos tan atrevidos, que en otro tiempo, en circunstancias bien difíciles, discutian las instituciones y alzaban irrespetuosamente la voz, atreviéndose á amenazarlas, hácese hoy sus fieles, sus leales guardadores, y semejantes á los gansos del Capitolio, anuncian la terrible presencia del enemigo. Pero en vano obran así; su procedimiento es conocido; es ya viejo, y, por lo tanto, ningun partido que se estime en algo lo pone en uso ya. El verdadero peligro para el Capitolio no está en la formacion de la izquierda. No son sus hombres los verdaderos enemigos del trono, que tratan de infundirle nueva sávia y nueva vida inculcándole los procedimientos de la libertad, sino aquellos amigos imprudentes que se obstinan en mantenerle aferrado á un pasado que hoy no tiene razon de ser, y enhiesto sobre una base en extremo resbaladiza, y que rápidamente se desmorona al impulso de los tiempos.

Para despues del alumbramiento de la reina está fijada la fecha de la apertura de las Cámaras. Como siempre sucede ante este acontecimiento, y más en instantes de crisis como estos en que nos hallamos, comienzan los cavilosos á hacer estadísticas, más ó ménos probables, sobre los votos que, á duras penas, podrá reunir el Gobierno para oponerse al impulso de la izquierda. No obstante los optimismos ministeriales, no apoyados en ningun hecho cierto, sino en aventuradas conjeturas, la opinion más ajustada á la verdad parece ser la que solamente le otorga de ochenta á cien votos de mayoría. Aún hay quien cree exagerada esta cifra y augura que el Gabinete del Sr. Sagasta no podrá tener vida parlamentaria por la descomposicion que en la mayoría va á revelarse. De todos modos, puede augurarse, sin temor á ser desmentido por los sucesos que, parlamentaria ó no, la existencia de la fusion no puede ser muy larga. Combatida por tan contrarios elementos, no teniendo programas ni principios que oponer á los principios y programas de los que la combaten, sus días están contados. Si no muere en una sesion, derrotado por la Cámara, morirá en un Consejo, derrotado por la opinion. Ha llegado el término de sus días, y bien pronto volverá á la nada, de donde salió. Polvo era, polvo fué, polvo será. Nunca se habrán podido aplicar estas palabras á un partido con más oportunidad que ahora.

Mientras la política absorbe toda nuestra atencion y ocupa todo nuestro tiempo sin dejarnos pensar en que, á nuestro lado, cerca de nosotros hay un mundo que no padece de nuestra manía, el hambre hace estragos en Andalucía, y en forma de pavoroso espectro se pasea por campos y poblaciones, llegando á llamar á las mismas puertas de las grandes ciudades. En Jerez se reúnen los trabajadores, y dirigiéndose á las autoridades, les piden pan para sus hijos y trabajo para ellos, ó bien roban las panaderías y depósitos de pan que encuentran al paso. En Granada, en Málaga, enciense huelgas que algunos achacan á manejos socialistas y á inteligencias con Francia. Y es que aquí se descuida mucho al trabajador, como si solo hubiese nacido para trabajar, se le explota, se le rinde, se le da un jornal mezquino, y á lo mejor se le priva de trabajo, que es lo mismo que condenarle á la muerte y á la desesperacion. El Estado se halla en el caso de remediar estos males. Los infelices no piden más que trabajo y el trabajo es su único medio de subsistencia. Además de las razones de justicia que abogan por esta solucion, hay tambien razones de conveniencia que la apoyan y echan su peso en la balanza. Hoy por hoy esos pobres párias de la humanidad, solo piden trabajo para no tener que pedir una limosna; apresurémonos á darles el trabajo que nos piden, porque quizá mañana sean más exigentes y pidan más que trabajo, y más que una limosna.

No es nuestra patria la única víctima de la agitacion obrera. La cuestion social surge como pavorosa esfinge en todas partes, adoptando en cada país la forma más propia y más en armonía con las aspiraciones políticas del pueblo: la de *liguero* en Irlanda, la de nihilista en Rusia, la de comunista en Francia, la de huelguista en España. Un

mismo viento empuja todas estas nubes; un mismo impulso las guía, una misma amenaza las condensa. La cuestion eterna, cien y cien veces planteada, y no resuelta jamás, del capital y el trabajo, reaparece, presentándose cada vez más insoluble. Ayer era la Internacional, que hacia el coco á todos los Gobiernos; hoy son las asociaciones de trabajadores, que se reúnen, se agremian, tienen sus comités nombrados, sus órganos elegidos, y disponen las huelgas, preparan las reclamaciones, y ponen en entredicho á los patronos el día que estos resistan á la menor de sus exigencias.

En Francia es donde, por ahora, ha aparecido con más fuerza. Los desórdenes en Lyon se repiten con frecuencia lastimosa. La causa formada á los anarquistas de Monceau-les-Mines, demuestra la existencia de una asociacion perversa que pretende cubrir sus obras de devastacion con el manto de la política, y formar una especie de nihilismo francés, que si en Rusia puede explicarse por la tiranía y el despotismo de los Czares, en Francia no tiene ninguna razon de ser, ni por las circunstancias que el país atraviesa, ni por la fadole de sus instituciones. Como los nihilistas, siembran el terror y elevan el uso de la dinamita á la categoría de medio de accion. Pero sus designios están bien claros, y todo el mundo los conoce. Apenas comenzaron algunos periódicos á dar torcidamente al movimiento un carácter y una significacion política de que carece en absoluto, los mismos republicanos exaltados han dado á luz manifiestos en que niegan su participacion en tan salvajes atentados, y niegan á la vez que pertenezcan á sus filas y mantengan sus ideas los desalmados de Monceau-les-Mines.

Decidido á obrar con toda energía, el Gobierno francés tendrá á su lado las simpatías del país en masa, que aún recuerda con terror las exacciones de los rojos. Es preciso armarse contra esta otra invasion de bárbaros de nuevo carácter, que amenaza concluir con lo existente. Los bárbaros, si quiera, traian en su seno y en su corazón el germen de una nueva doctrina que iba á regenerar el mundo; pero, ¿qué quieren, qué pretenden, qué buscan esos hombres que hacen saltar las casas, para que en sus escombros perezcan sus descuidados habitantes? Sí; se hace indispensable rechazar la fuerza con la fuerza; es necesario energía, mucha energía, y aplastar la víbora maldita allí donde intente alzar su repugnante cabeza.

Pero no hay que olvidar las justas reclamaciones de los obreros que á toda costa piden el arreglo de la cuestion social, de este modo se quitará á los extraviados pretexto para sus desatinadas correrías. No basta estar conforme en principio; hay que obrar, hay que hacer algo para garantizar el trabajo y al mismo tiempo asegurar el capital. Todo lo que no sea esto, no significa nada. Castigo, fuerte castigo para el que tomando pretexto de ella, desborde sus instintos criminales; pero atencion, mucha atencion á las reflexiones razonadas, á las peticiones justas; que el socialismo de los ricos es tan temible, tan odioso, y merece tanto castigo como el socialismo de los pobres.

Han terminado las elecciones en Italia quedando un tanto defraudadas las esperanzas que habian hecho concebir. Por primera vez tomaban parte en ella las nuevas circunscripciones, pero con gran sorpresa se ha visto que solo la quinta parte de los electores han ejercido su derecho. Achácase esto á las grandes inundaciones de que el país ha sido víctima, y que obstruyendo los caminos han impedido á muchos electores el ejercicio del sufragio. De todos modos la fraccion republicana de la Cámara ha aumentado en veinte diputados, y de aquí deducen algunos un buen síntoma para el arraigo del Gabinete en el poder, pues creen que ante este aumento de las fuerzas republicanas aumentará tambien en vez de disminuir, la cohesion de la derecha. Todavía, sin embargo, no se conoce bien la composicion de la nueva Cámara ni podrá ser del todo conocida mientras no se sujeten á nueva eleccion sesenta y cinco circunscripciones que vienen empatadas.

Las terribles inundaciones que hace muchos días devastan aquel hermoso país, no llevan trazas de acabarse. Segun las últimas noticias, se temen grandes desastres en el Milanésado; el desbordamiento del Adige amenaza devastar el Tiro; los despachos del Piemonte anuncian inundaciones parciales, y una porcion de provincias gimen asustadas ante la perspectiva de destruccion que las amaga.

Han comenzado sus sesiones las Cámaras inglesas, y se ha puesto á discusion la Reforma del Reglamento en la parte que se refiere á las atribuciones del Presidente, reforma cuya necesidad viene haciéndose sentir desde muy antiguo en Inglaterra, y que pone el sistema parlamentario de esta nacion aparte del de los demás países. Las primeras sesiones han sido un verdadero triunfo para el jefe del Gobierno, el ilustre Mr. Gladstone, que ha conseguido que la Cámara rechace una proposicion en virtud de la cual se necesitaba una mayoría de dos terceras partes de votos para la clausura de un debate. Defendia el Gabinete la idea de la mayoría pura y simplemente, y con este motivo M. Gladstone ha pronunciado uno de sus más hábiles discursos.

El resultado de la discusion, previsto de antemano, tiene, no obstante, gran importancia, por-

que indica el apoyo con que cuenta en la Cámara el Gabinete: 322 votos contra 233 rechazaron la proposicion del diputado M. Gibron, causando deplorable efecto en los conservadores y gran alegría en cuantos se interesan por la política eminentemente reformista de M. Gladstone: días antes que este hecho tuviese lugar, con motivo de un incidente que surgió en la Cámara de los Comunes, el presidente del Gobierno miró de una manera clara y terminante la conducta que piensa seguir Inglaterra en Egipto. «Sobre nosotros—» dijo—pasa en estos momentos toda la responsabilidad del mantenimiento del orden en Egipto; pero estamos decididos á no asumir esa responsabilidad en el porvenir, cuando ya no sea esencialmente necesario.» «Inglaterra—añadió—será responsable de la buena formacion de un ejército egipcio, pero de ninguna manera de lo que hagan aquellos soldados.» Declaracion esta la más expiata que hasta ahora ha hecho el Gabinete inglés de que no piensa seguir ejerciendo intervencion directa en los negocios de Egipto.

Todo en este último país sigue en el mismo ser y estado que lo dejamos en nuestra última Revista. Continúa en sus trámites regulares el proceso de Arabi, y diariamente se descubren nuevos documentos altamente comprometedores para el Sultan, pues acusan las grandes simpatías que tenía por Arabi, y lo ardientemente que deseaba el fracaso de los ingleses. Estos documentos ponen en situacion tan difícil al Jédive, cuyas órdenes obedeció Arabi en un principio, y dejan tan al descubierto al Sultan y á muchos personajes de Constantinopla, que entre la opinion de los que creen que Arabi será fusilado por el crimen de haber sido vencido, y los que piensan que será absuelto por las pruebas de inocencia que puede aducir y ha entregado á sus defensores, surge ahora una nueva creencia, quizá no tan desprovista de fundamento como las dos hipótesis apuntadas.

Hay quien dice que la causa de Arabi acabará por no verse en Consejo, y que todo terminará dejando el Jédive que el rebelde bajá vaya á tierras lejanas á llorar la muerte de sus más queridas esperanzas, y con ella la independencia del Egipto, cuyo movimiento no ha tenido más resultado que el imponerse un nuevo señor. Antes obedecía al Sultan, que dirigia sus asuntos interiores; al Jédive, que esquilaba su Tesoro y utilizaba sus fuerzas; ahora tiene tambien que obedecer á Inglaterra y echar sobre sus hombros, sobrado débiles para la carga que solo á duras penas soportaban, el importe de los gastos de la expedicion, que ya sabrá Inglaterra cobrarse, aumentados con sus respectivos intereses.

Pocos y de escasa importancia los sucesos acaecidos durante el tiempo trascurrido desde nuestra última Revista, nada más podemos decir á nuestros lectores que sea digno de merecer su atencion. A pesar de los días que han pasado, no hay noticias de Filipinas que detallen los desastres causados en Manila por el ciclón de que ya dimos cuenta hace días. Nada, pues, podemos adelantar sobre esto, y ciertamente bien á pesar nuestro. A propósito de Filipinas: dícese que el Gobierno ha logrado con vencer al general Jovellar y conseguir que acepte el mando superior de aquellas islas que va á vacar muy en breve.

HOE.

LOCOMOCION AEREA.

I

INTRODUCCION.

El acreditado periódico quincenal LA AMERICA publicó un estudio filosófico titulado *Ciencia y arte*, en el que establecíamos la teoría del *monismo dinámico-fenomenal*; publicacion que principió en el número 17 correspondiente al año 1881, y terminó en el segundo de 1882.

En ese estudio decíamos; que un sér *material* constituido en fuerza, que ejerza su accion motora sobre otro sér tambien *material*, cuando el último se pone en movimiento, da lugar á la aparicion de un fenómeno *inmaterial*; formando de esa manera una *evolucion*, que calificamos de fenomenal, porque proporciona constantemente, como resultado final, la presentacion de un fenómeno que antes no existia, y que dejará de existir en el momento mismo, en que cese la accion respectiva de los séres materiales que intervinieron en su aparicion.

Dijimos tambien, que cada una de esas evoluciones podia enlazarse con la que le sigue, convirtiéndose el sér movido de la evolucion anterior en motor de la inmediata; formando de esa manera *séres evolutivos* compuestos, al ménos, de una fuerza motora, un sér movido y un fenómeno cada uno; y pusimos luego á la vista de nuestros lectores una síntesis abreviada de las principales *leyes evolutivas*.

Decíamos, además, que el conjunto de todos los séres existentes en el universo, de los movimientos ejecutados por los mismos, y de los fenómenos resultantes de esos movimientos, constituyen lo que se llama la *naturaleza*; así como las leyes, á que respectivamente obedecen esos séres materiales, en la produccion de los fenómenos inmaterial-

les, toman la denominación de *leyes de la naturaleza*.

Concluimos, por último, diciendo, que estas leyes, después de haber sido sometidas á la observación y la experimentación, y demostrada su verdad por el razonamiento, se convierten en *principios generales científicos*, cuyos conjuntos parciales armónicos, que tienden á un mismo fin, forman las diversas *ramas científicas*; de la misma manera que las aplicaciones á la práctica de cada uno de esos principios, ó leyes cuya verdad se halla demostrada, componen los diferentes *grupos artísticos*. Evocados estos recuerdos pasaremos á tratar de lo presente.

Las leyes de la naturaleza son innumerables, por ser infinito el número de seres existentes, el de los movimientos que ellos ejecutan y el de los fenómenos proporcionados por los últimos; de lo que resulta que el hombre, por más observador que sea, jamás llegará á investigarlas todas; pero como esas leyes son al mismo tiempo *inmutables* y *eternas*, las que vayan descubriendo, para la producción de los fenómenos naturales que trata de reproducir, serán invariables; lo que le permitirá emprender sus investigaciones, sin ocuparse para nada de los descubrimientos anteriores, desde el punto á que llegaron sus antecesores; llevándolas por su parte hasta donde le sea posible extenderlas. Esto manifiesta, que la inteligencia humana admite un inmenso desarrollo, y que el hombre de mañana llegará, indudablemente, á poseer un número mucho mayor de conocimientos científicos y artísticos, de los que posee el de hoy; lo que prueba, que el progreso, en ese terreno, es ilimitado para el hombre.

Que las leyes de la naturaleza son *inmutables*, lo confirman todos los actos que verifica el hombre en su vida práctica, aun cuando algunos de ellos aparezcan á veces, á primera vista, en contradicción con las mismas. Por ejemplo, si tiramos una barrita de acero en dirección hacia arriba, al poco tiempo caerá sobre la superficie de la tierra; pero si colocamos á alguna altura un pedazo de óxido de hierro magnético ó piedra imán y arrojamos la misma barra en esa dirección, se unirá á la superficie de la piedra, y se mantendrá adherida á ella.

Aquí tenemos un ejemplo de la ley atractiva, que da el mismo resultado en direcciones opuestas; resultado debido á su inmutabilidad, pues en el primer caso la barra de acero sigue la dirección de la superficie de la tierra, impulsada por la rotación diurna de la atmósfera terrestre, y en el segundo la misma barra se une á la superficie del imán, colocado en sentido opuesto, obligada por el movimiento rotatorio de la atmósfera etérea magnética, que rodea á esa piedra; cuya acción atractiva, como más próxima, supera á la ejercida por el aire atmosférico; apareciendo ese acto de atracción magnética en contradicción, á primera vista, con la ley llamada de gravedad.

El que las leyes de la naturaleza son *eternas*, lo manifiestan la eternidad de la materia y la de sus movimientos, comprobada en nuestro estudio filosófico arriba citado.

Estando, pues, demostrada la inmutabilidad y la eternidad de las leyes de la naturaleza, si alguno nos presentara un solo fenómeno, que no fuera producido en conformidad con lo que las fuerzas y los seres movidos por ellas deban ejecutar para su producción, con arreglo á lo que prescriben en semejantes casos las leyes evolutivas, confesaríamos, que allí se había verificado un *milagro*; pero ya no hay milagros.

Büchner, tratando acerca de eso en su obra titulada «Fuerza y materia», escribe lo que á continuación transcribimos, por considerarlo digno de ser leído.

«La ciencia, infatigable en la investigación de la verdad, ha atacado la vieja superstición nacida en la infancia de los pueblos, y le ha ido conquistando una tras otra las posiciones que ocupaba; ha arrancado de manos de los dioses el trueno, el rayo, y los eclipses, y ha sometido á las órdenes del hombre las terribles fuerzas de los antiguos titanes. Lo que era inexplicable, lo que era milagroso, lo que no parecía depender sino de un poder sobrenatural, apareció de pronto, al brillo de la antorcha científica, como efecto de fuerzas físicas ignoradas ó poco comprendidas hasta aquella época. ¡Con que rapidéz desapareció entonces el poder de los espíritus y los dioses! La superstición se vió obligada á ceder su puesto á la luz de los pueblos civilizados.»

Jouvenel, Faraday y Tuttle afirman también, respectivamente, que no existen el azar ni los milagros; que lo que desaparece de un lado reaparece necesariamente en otro; que no hay soplo por ligero que sea, ni onda que se desvanece en la orilla, cuyos movimientos no recorran el universo; á lo que nosotros añadimos, que todo es evolutivo en la naturaleza, donde no hay más que materia, movimientos ejecutados por ella, y fenómenos materiales resultantes de esos movimientos; esto es, los tres elementos de la evolución.

Pero si ya no pueden los hombres contar con milagros para conseguir sus fines, los observadores y experimentadores deben, en cambio, tener la seguridad de poder reproducir artísticamente, en virtud de la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza, los fenómenos que les hagan falta; sin más condiciones que las de proporcionarse materiales adecuados, imprimir en ellos movimientos iguales á los que naturalmente ejecutan para la

presentación de los fenómenos que tratan de reproducir, y someterse estrictamente en sus procedimientos á lo que en tales casos prescriben las leyes evolutivas.

Confesamos que la presentación de muchos fenómenos ha sido debida á la casualidad; pero aun entonces, después que se han presentado, se ha dedicado el hombre á explicar científicamente las evoluciones que para ello han debido cumplirse, y lo ha conseguido en una gran parte de los casos. El hombre actual va, pues, sustituyendo á los dioses, en la reproducción artística de muchos fenómenos, que antes se hubieran calificado de milagrosos, ó debido á brujerías, hechicerías y pactos con el diablo; lo que tantas víctimas inocentes ha producido en tiempos no lejanos.

No deben, pues, los hombres pensadores desesperar de obtener, además de los muchos é importantes descubrimientos que se han hecho en el presente siglo, como son, entre otros, la aplicación del vapor de agua á la navegación marítima, la locomoción terrestre y movimiento de las máquinas fabriles, la del gas y la electricidad como productores de la luz, etc., etc., otros á cuya investigación se dedican con empeño en la actualidad, aunque no hayan obtenido hasta ahora resultados positivos.

Entre estos últimos se encuentra el de la dirección de los globos aerostáticos á voluntad del aeronauta, que algunos, equivocadamente según nosotros, han conceptualizado como irrealizable.

Ese equivocado concepto ha sido el que nos ha impulsado á publicar estas líneas, tratando en ellas de contribuir, en cuanto alcancen nuestras ya debilitadas facultades, á la solución de tan importante problema; aprovechando al mismo tiempo esta oportunidad para propagar algunos de los conceptos emitidos en nuestro estudio filosófico publicado en LA AMÉRICA, que no sabemos hayan sido rebatidos.

II

AEROSTÁTICA.

M. Black, profesor de física en la Universidad de Edimburgo, explicó á sus discípulos en 1767, que si se llenara una vejiga de gas hidrógeno y se la soltara al aire libre, ascendería naturalmente en la atmósfera, por ser el gas contenido en su cavidad, más ligero que el aire en que estaba sumergida.

A este descubrimiento no se dió entonces más importancia de la que se concede á un juguete de niños, por que pasa siempre generalmente algún intervalo entre la concepción de una idea, por grande y trascendental que sea, y su realización práctica; hasta que llegue á tomar parte en ella un genio capaz de comprenderla y se encuentre en posición de someterla á los experimentos debidos.

Los genios, en este caso, fueron los hermanos Estéban y José Montgolfier, fabricantes de papel de Annonay, en Francia, quienes convencidos de la verdad del descubrimiento, quisieron demostrarla por la experimentación, y construyeron el primero de los cuerpos que, abandonados á sí mismos dentro de la atmósfera, suben en dirección ascendente; cuerpos que recibieron el nombre de *aerostatos* ó *globos aerostáticos*, por ser su forma la globular ó esférica; aplicándose la denominación de *aerostática* á la parte de la física que trata de las leyes á que se encuentran sometidos esos cuerpos, durante su permanencia en el seno de la atmósfera terrestre.

Los hermanos Montgolfier fabricaron, como medio de experimentación, un globo de papel doble, de 36 metros de circunferencia y 250 kilogramos de peso, abierto en su parte inferior, por donde enrarecieron el aire que contenía, quemando debajo de la abertura, papel, lana y paja mojada, hasta que henchido suficientemente comenzó á elevarse en la atmósfera, dejándole entonces en libertad. Este acontecimiento, memorable en la historia de la aerostática, ocurrió el día 5 de Enero de 1783.

El día 21 de Noviembre del mismo año, M. Pilatre de Rozier emprendió, en compañía del caballero de Arlandes, el primer viaje aéreo en un globo henchido de aire caliente; y diez días después M. M. Charles y Robert hicieron otra ascension, empleando el gas hidrógeno para llenar el globo.

El impulso estaba ya dado, y desde entonces los aeronautas aspiran al dominio de los aires, á imitación de los antiguos argonautas que, sin conocer ningún principio de navegación, se lanzaron á la conquista de los mares, lo cual ha llegado á ser, con el tiempo, un hecho consumado.

Desde esa época se han llevado á cabo numerosas ascensiones, algunas de ellas muy atrevidas, y otras que han enriquecido la ciencia con importantes descubrimientos. M. Blanchard y el doctor Geffries atravesaron el canal de la Mancha en Enero de 1785; Gay-Lussac se elevó en 1804 á una altura de 7.016 metros sobre el nivel del mar, y M. M. Coxwel y Glaisher verificaron otra ascension en 1862, llegando á una altura de 10.460 metros, donde el frío era tan intenso, que el termómetro bajó á -27°.

Nadie ignora las ascensiones llevadas á cabo por M. M. Godard padre é hijos, M. Nadar y otros muchos aeronautas actuales; y finalmente son bien conocidas las ventajas que los parisienses obtuvieron de ese medio de locomoción durante el

sitio de 1871, para ponerse en comunicación con el resto de la Francia, trasportando por encima del campo prusiano al mismo M. Gambetta.

El fenómeno de ascension de los globos aerostáticos, tan opuesto á primera vista á la ley llamada de gravedad, comun á todos los cuerpos de la naturaleza, le explican los físicos contemporáneos de la manera siguiente:

Suponiendo que el aire atmosférico se encuentra dividido en capas horizontales superpuestas las unas á las otras, y ejerciendo una presión proporcionada á su profundidad, resulta; que las capas inferiores son las que más presión sufren; y como el aire es un fluido eminentemente elástico, esas capas se reaccionan á su vez en sentido contrario, determinando de abajo arriba otra fuerte presión conocida con el nombre de *empuje*.

Un globo suspendido en la atmósfera se encuentra, pues, sometido á la acción de dos fuerzas contrarias, á saber: la de su peso ó de *gravedad* que le impele hacia abajo, y la de *empuje* de las capas atmosféricas inferiores que tienden á elevarlo.

Colocado entre esas dos potencias opuestas, el globo obedece á la que más intensidad tenga, con arreglo á un principio hidrostático descubierto por el célebre geómetra siciliano Arquímedes, que dice así: *Un cuerpo sumergido en un líquido pierde una parte de su peso, igual al peso del volumen del líquido desalojado*; principio que aplicado á la aerostática se convierte en este otro: *el empuje, que recibe un globo aerostático en suspension, equivale al peso del volumen del aire desalojado*.

En conformidad con este principio se pueden, pues, establecer las leyes aerostáticas siguientes:

1.ª Si la densidad de un globo suspendido en la atmósfera es mayor que la del volumen de aire que desaloja, caerá á tierra obedeciendo á la ley general de gravedad.

2.ª Si la densidad del globo y la del volumen de aire desalojado son iguales, se mantendrá á una misma altura.

3.ª Si la densidad del globo fuese menor, ascenderá cediendo al empuje de las capas atmosféricas inferiores, hasta que llegue á una zona en la cual su peso específico y el del volumen de aire que desaloje sean iguales.

Estas son las leyes á que la física actual somete los globos suspendidos en el seno de la atmósfera; leyes que reconocemos como verdaderamente científicas; y para que nuestros lectores vean que no existe contradicción alguna entre ellas y las evolutivas que antes hemos citado, explicaremos también esa ascension aerostática con arreglo á las últimas; recordando antes algunos conceptos indispensables, para que los que no hayan leído nuestro estudio filosófico comprendan esa explicación.

La *materia* es una y eterna, pero sus *movimientos* son inmensamente variados; la materia constituye todos los seres del universo, más sus formas son debidas á los movimientos de la misma; la infinita variedad de formas que presentan los diferentes seres que pueblan el universo se debe, pues, á los movimientos ejecutados por la materia y no á la materia misma.

Los elementos materiales de los cuerpos son *absolutos* ó *relativos*. Los absolutos son los *átomos*, que con sus movimientos forman la materia elemental primitiva; y los relativos las *partículas* ó *moléculas* formadas por los movimientos ejercidos por grupos mayores ó menores de átomos; movimientos que son especiales para cada clase de moléculas.

Las moléculas, para formar los cuerpos, necesitan, pues, moverse, y para ello es condicion indispensable, que existan entre ellas distancias suficientes que les permitan ejercer normalmente esos movimientos; pero como las diferentes formas de los seres, á cuya constitucion concurren, se hallan relacionadas con la variedad de dichos movimientos, esas distancias varían también según ellos; pues hay movimientos que requieren espacios mayores y otros que pueden ejercerse en distancias menores, teniendo cada ser, ó especie de seres, designadas naturalmente las distancias respectivas que requiere su formación, para ejercer normalmente los movimientos moleculares que le son propios. Esta estructura de los seres ó cuerpos dá lugar, entre otros, á los hechos siguientes:

Cuando un ser ó cuerpo se ve obligado, por presiones que á su vez experimenta, á invadir el puesto que ocupa el que se halla á su lado, no puede verificarlo si no le desaloja antes de él, porque dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar; pero si su potencia motora es muy superior á la de resistencia que presenta el segundo, le desalojará ocupando entonces su puesto; lo que constituye la propiedad de los cuerpos llamada *impenetrabilidad*.

Si el cuerpo que invade el terreno ocupado por otro, no tiene potencia suficiente para desalojarle completamente de él, pero si esa potencia supera en algo á la resistencia que el otro opone, obligará á las moléculas del último á estrechar sus distancias, para apoderarse al menos de parte de ese terreno, ya que no puede conseguirlo del todo; disminuyendo entonces el volumen del cuerpo comprimido. Pero en ese caso, en el momento en que cese esa compresion, las moléculas hasta entonces comprimidas se reaccionarán y volverán á ensanchar sus distancias, hasta el término que naturalmente tienen señalado, para ejercer normalmente sus movimientos formativos, volviendo el conjunto del cuerpo á adquirir su anterior volú-

men; designándose esta propiedad física con el nombre de *elasticidad*.

Finalmente, cuando un cuerpo es comprimido por otro que quiere desalojarle del puesto que ocupa, y presenta una resistencia á abandonarlo, igual á la potencia que emplea el primero para conseguir ese resultado, cada cual se queda en su puesto anterior, manteniéndose en *equilibrio*.

Aplicados estos principios al caso concreto de *aerostática*, de que vamos tratando, resulta lo siguiente.

Cuando en un globo aerostático, vacío y sujeto con cuerdas en el punto designado para que verifique su ascension, se enrarece por medio del calor el aire contenido en su cavidad, ó se introduce en ella un gas ménos denso y por consiguiente ménos pesado que el aire atmosférico, va inflándose y ocupando en consecuencia un espacio cada vez mayor, relacionado con el volumen que va adquiriendo; como no puede moverse, obliga al aire que le rodea, que hasta entonces ocupaba el espacio que dicho globo va invadiendo, á comprimirse; acortando las moléculas, que le constituyen, las distancias que les permitan ejercer sus movimientos formativos con normalidad.

Pero cuando el globo se halla ya henchido y se sueltan las cuerdas que le mantenían en quietud, las moléculas aéreas, que hasta entonces habían estado comprimidas, se reaccionan, tratando de recuperar las distancias que naturalmente tienen señaladas, para ejercer los movimientos que les son propios; y como no presenta ya el globo resistencia suficiente para conservar el espacio que con el apoyo de las cuerdas había conquistado, por que su peso es ya menor que el del aire en igual volumen, se ve desalojado á su vez y obligado á marcharse por donde encuentra ménos resistencia; que es en la direccion de las capas superiores atmosféricas, donde las presiones son menores; emprendiendo su marcha ascensional y continuando en ella, hasta que llegue á una zona, en que la igualdad de su peso y el del aire en igual volumen le mantengan en equilibrio. Esto es lo que constituye la *ascension aerostática*.

Nuestros lectores habrán observado, que entre esas dos explicaciones existen algunas diferencias; pero también se habrán convencido de que lejos de notarse contradicción alguna entre las leyes consignadas en los tratados de física actuales y las leyes evolutivas, se hallan todas en perfecta armonía, ó por mejor decir, que son las mismas explicadas de distinta manera.

Tenemos, pues, al globo en suspension; más antes de tratar de sus movimientos en direccion horizontal, creemos necesario exponer las reglas que generalmente se observan en el día para su construcción, elevacion y descenso.

La configuración del globo puede ser variada, pero generalmente se prefiere la esférica ó esferoide, por ser la que mejor se presta á su permanencia en el seno de la atmósfera. Los materiales más usados para su construcción han sido el papel engrudado, la tela de algodón engomada, y últimamente, largas tiras de tafetan fuerte, unidas por medio de costuras finas, y barnizadas con una capa de caoutchou que las hace impermeables al aire.

La superficie está cubierta en toda su extension, ó al ménos, en su mitad superior con una red fuerte, resistente, cuya extremidad inferior termina en varias cuerdas destinadas á suspender una barquilla de mimbres ú otro material muy ligero, dentro de la cual puedan colocarse cómodamente los viajeros y los objetos necesarios para la locomoción aérea.

En la bóveda del globo hay una pequeña abertura destinada á dar escape al gas; cerrada herméticamente con una válvula de seguridad, cuyo apéndice exterior le forma un anillo fuerte, destinado al uso que veremos luego. Esa válvula podrá abrirse y cerrarse desde la barquilla por medio de un cordón que pone al aereonauta en comunicacion con la misma.

Un globo aerostático, de dimensiones proporcionadas para que puedan viajar en él tres personas, deberá tener próximamente 15 metros de altura con 11 de diámetro, y su volumen, despues de henchido, será el de 700 metros cúbicos. La tela pesará 100 kilogramos, y los accesorios como la barquilla, ancla, cuerdas, etc., otros 50 kilogramos.

Para henchir el globo, sea con aire caliente, sea con gas, se le coloca entre dos mástiles provistos en sus extremidades superiores de poleas que dan paso á una cuerda, cuyo centro atraviesa por el anillo de la válvula de seguridad, terminando sus extremos al pié de su respectivo mástil. Se le mantiene por ese procedimiento á un metro de altura de la tierra, tirando de los extremos de la cuerda que le sostiene; elevándolo luego gradualmente segun vaya llenándose, y desplegándolo al mismo tiempo para que se infle, hasta que pueda sostenerse por sí mismo, pero manteniéndolo aun cautivo.

Entonces convendrá, para oponerse á su elevacion, sustituir esa cuerda con las que bajan de la red destinadas á suspender la barquilla; y despues de colocada ésta sólidamente, con todo cuanto deba contener dentro, incluso los viajeros y el lastre, se sueltan las cuerdas á la vez, á una señal del aereonauta encargado de ello, y libre ya el globo, asciende majestuosamente en la atmósfera con una velocidad relativa á su densidad.

Para llenar su cavidad, se usó en su principio

el aire enrarecido por el fuego (método Montgolfier); pero hoy se prefiere el hidrógeno puro, que es catorce veces y media ménos pesado que el aire, ó más comunmente aún el gas del alumbre, aunque es más denso, por su baratura y facilidad en proporcionarlo, pues basta colocar el globo cerca de un gasómetro, y trasladar el gas á su cavidad al través de un tubo de tela engomada.

Es muy conveniente que el globo se eleve antes de que esté completamente henchido, porque segun una ley descubierta por Mariotte, á igual temperatura, el volumen de una masa dada de gas está en razon inversa de la presion que sufre; y como en las capas superiores de la atmósfera la presion disminuye gradualmente, segun vaya ascendiendo el globo, el gas contenido en su cavidad va dilatándose; de modo que si no encontrara espacio suficiente dentro de ella, podría comprimir su capa en direccion de dentro á fuera, hasta el grado de hacerla estallar. La condicion puesta por Mariotte de igualdad de temperatura, reconoce por motivo el que la fuerza de expansion del gas se halla en relacion directa con esa misma temperatura.

Finalmente, para que ese globo pueda marchar en buenas condiciones, es necesario también que su centro de gravedad y el centro de presion ejercido sobre él por las moléculas aéreas reaccionadas se encuentren en una misma vertical, de manera que formen dos potencias iguales y opuestas para mantenerlo en equilibrio, y recobre su primitiva posicion en caso de que se separe de ella. Esto se consigue teniendo cuidado de que el peso contenido en la barquilla sea superior, en bastante grado, al que existe en cualquier otro punto del globo.

Para que este se eleve, hasta que el exceso de peso del volumen de aire desalojado por su conjunto sea de cuatro á cinco kilogramos; advirtiéndose que esa fuerza se mantiene igual, mientras que el globo no esté completamente henchido; en efecto, suponiendo que se eleve á una capa atmosférica que ejerza sobre él la mitad de la presion que sufría cuando comenzó á elevarse segun la ley de Mariotte, el gas contenido en su cavidad doblará también de volumen; pero al mismo tiempo el volumen del aire que desaloje será también dos veces mayor; de modo que las proporciones establecidas por el principio de Arquímedes se mantendrán sin alteracion alguna.

Solo el barómetro indica á los aereonautas si el globo sube ó baja, estando en suspension. En el primer caso, la columna de mercurio desciende proporcionalmente á la altura, y en el segundo se eleva, apreciándose por los grados que marca, la altura á que el globo se encuentra.

Cuando el aereonauta quiere descender á tierra, tira del cordón que sirve para abrir la válvula de seguridad del gas, y mezclándose éste con el aire, el globo emprende su movimiento de descenso. Al contrario, para disminuir la rapidez de su marcha descendente ó para volver á elevarlo, vacía los sacos de arena que lleva de lastre y, aligerado de parte de su peso, vuelve á elevarse de nuevo. También se puede suspender el ancla por el borde de la barquilla, por medio de una cuerda larga, y cuando se engancha en tierra, se tira de la cuerda y se verifica el descenso paulatinamente.

Tal es el estado en que se encuentran hoy la *aerostática*; por lo que pasaremos ahora á hablar de la *aerodinámica*.

III

AERODINÁMICA.

El hombre puede ya disponer de globos aerostáticos construídos con sujecion á las reglas que establece la ciencia, fuertes, resistentes, que pueden conducir por los aires cómodamente varias personas; que suben, se sostiene y bajan perfectamente en la atmósfera; más no puede, en su marcha horizontal, someterlos á su voluntad; no puede conducirlos al punto que desea, y esos globos se encuentran en el seno del aire atmosférico, en las mismas condiciones que se encontraría un buque en medio del Océano, desarbolado, sin velas, ruedas, hélices ni timón, estando todos ellos á merced de la primera ráfaga de viento, de la primera corriente aérea que quiera arrastrarlos.

Es verdad que el globo tiene sobre el buque la ventaja de poder elevarse hasta una capa atmosférica, en la que encuentre una corriente favorable á su marcha; mas esa corriente no siempre se encuentra, y aun cuando se encuentre se verá el globo enteramente subordinado á ella, de suerte que no podrá el aereonauta variar en lo más mínimo su direccion; y como es sumamente difícil, casi imposible encontrar una corriente natural, que conduzca al globo exactamente al punto adonde se quiere llegar, resultará, que por pequeña que sea la desviacion de la línea que se propone seguir el aereonauta, al cabo de algun tiempo de marcha equivaldrá al fin á grandes distancias.

Por eso se han concebido tantos proyectos y hecho tantas tentativas para resolver el problema de la direccion de los globos á voluntad de los aereonautas; proyectos y tentativas que hasta ahora han dado resultados negativos; por que la tendencia del hombre es generalmente la de creer que la solucion de los problemas más importantes se ha de encontrar en lo difícil, en lo complicado, cuando la naturaleza nos presenta ejemplos sencillísimos para obtener esos resultados.

En efecto, desde que los hermanos Montgolfier descubrieron y practicaron la *aerostática*, Alemania, América, Austria, España, Francia, Ingla-

terra, Prusia, Rusia, en fin casi todas las naciones del mundo civilizado han contado con hombres que se han dedicado á resolver ese importantísimo problema, subvencionados algunos por sus respectivos Gobiernos, apoyados otros en sociedades particulares, y trabajando los ménos por cuenta propia, donde ni los Gobiernos ni las sociedades particulares les protegían.

Los nombres de esos investigadores son tan numerosos y los medios de que se han valido para llegar á conseguir su objetivo tan variados, que no podemos hacer una enumeracion detallada de ellos, sin traspasar los límites señalados por la costumbre para los escritos publicados en periódicos; nos limitaremos por lo tanto á citar únicamente á aquellos que la marcha lógica de nuestras investigaciones lo requiera indispensablemente.

Los sistemas generalmente adoptados por los primeros investigadores fueron los fundados en la imitacion de los buques de vela y de vapor.

El primero de ellos se ensayó colocando velas en la barquilla y en el globo, para sortear las corrientes atmosféricas que lleven una direccion distinta, de la que se deseaba dar al globo, como se verifica en los buques de vela que navegan en el agua; más como al globo le falta ese punto de apoyo, al menor impulso recibido en sentido diferente del que debia llevar, cedia su conjunto y giraba sobre sí mismo. Ese sistema ha sido, pues, definitivamente abandonado.

El sistema de ruedas y hélices ha sido también aplicado, ya colocándolos en la barquilla, ya sobre el mismo globo, ó combinados; empleando para ponerlos en movimiento, mecanismos más ó menos ingeniosos y potentes, hasta las mismas máquinas de vapor, como lo pueden ver nuestros lectores en el periódico mensual titulado *El Aerostato*, órgano de la *Sociedad francesa de navegacion aérea*, publicado en París; el cual explica, con sus correspondientes láminas, una porcion de aparatos que se han inventado para ese objeto; pero inútilmente, pues los resultados no han sido más favorables que los proporcionados por el anterior sistema.

Esto se explica perfectamente si se considera, que los barcos de vapor se apoyan en la superficie del agua, pero que el conjunto de su volumen se encuentra colocado en el seno del aire atmosférico, cuyas corrientes les impulsan en una ú otra direccion, como á los globos; mas siendo el agua mucho más pesada, y por consiguiente resistente que el aire, cuando los remos, las ruedas ó los hélices de un buque se apoyan en ella para ejercer su accion motora sobre el buque, este obedece á esa accion moviéndose en la direccion que ella le imprime; por que el aire, en su estado normal, opone una resistencia mucho menor que la potencia del líquido sobre el cual se apoya el buque.

Los globos, al contrario, se encuentran sostenidos dentro de la atmósfera sin apoyo alguno, y el aire atmosférico no ofrece densidad, y por consiguiente, resistencia suficiente para contrariar sus propias corrientes; que por débiles que fueren, serán siempre superiores á la fuerza impulsiva que, apoyándose en el mismo fluido, pueden proporcionar los mecanismos que acabamos de citar. Además, ninguno de estos dos procedimientos nos presenta la naturaleza, para mover los cuerpos que se hallan suspendidos en la atmósfera; equivocándose los investigadores que se han dedicado á estos experimentos, al creer que los cuerpos suspendidos en la atmósfera se encuentran en las mismas condiciones que los que se apoyan en un líquido resistente.

Desengañados esos investigadores de que no es posible resolver este problema por los procedimientos arriba indicados, se han dedicado á observar los que la naturaleza emplea espontáneamente para obtener ese resultado; y el primero en que se han fijado ha sido el sistema de la *avacion ó vuelo*, que nos presentan, como modelo que imitar, los seres organizados vivientes que recorren el aire atmosférico en las direcciones que les dicta su voluntad; como son las aves y los insectos alados; sistema que indudablemente reúne muy buenas condiciones para viajar por los aires; pero desgraciadamente se van convenciendo ya sus partidarios, despues de una serie de experimentos que inútilmente han practicado y cuyas descripciones pueden verse en el citado periódico *El Aereonauta*, de que á la industria humana no le es fácil llegar, en la confeccion de esos aparatos voladores, hasta imitar con la suficiente perfeccion la solidez de estructura, la fuerza contractil, la resistencia, la ductilidad y ligereza, y la resistencia muscular de las alas de los seres citados; y que el hombre, con su estructura, armado de alas artificiales, no podría elevarse en la atmósfera sin exponerse á dar la histórica voltereta, que la fabulosa mitología atribuye á Icaro, por habersele derretido sus alas de cera al acercarse demasiado al sol; creyendo, con arreglo á los cortos conocimientos físicos de aquella remota época, que la temperatura va en aumento segun se va ascendiendo en la atmósfera; voltereta que darían indudablemente con bastante frecuencia los que se dedicaran á ascender con alas artificiales, cuyos mecanismos artísticos, por demasiado complicados se descompondrían á cada paso á cierta altura; pues desgraciadamente aun entre los experimentadores aerostatas, que han ascendido en globos, se cuentan varias víctimas que deben ser consideradas como mártires de su amor á la ciencia.

ANTONIO ABRUJ.

(Continuará.)

LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS.

SALVADOR, NICARAGUA, COSTA RICA, GUATEMALA, COLOMBIA, LA ARGENTINA, SANTO DOMINGO Y MÉJICO.

Nos complace en extremo que la República de San Salvador avance á pasos de gigante por la ancha vía del progreso, que aumente su comercio, perfeccione sus artes, desarrolle su industria, difunda la ciencia con el vigoroso impulso de una prensa ilustrada y de las escuelas públicas, que son los promovedores más activos de la civilización de un pueblo.

Al mismo tiempo que cultiva la literatura, construye caminos de hierro, protege la agricultura, que es la fuente primordial de su riqueza, y consagra á sus mejoras la publicación de una Revista jurídica.

Los grandiosos beneficios que alcanza aquel país son debidos á la moralidad, honradez, al amor al trabajo y patriotismo de sus hijos, y al celo, á la inteligencia y energía del primer magistrado de la nación, el ilustre patricio y honorable doctor don Rafael Zaldívar, que dá el digno ejemplo de probidad y de abnegación que resplandecen en todos sus actos, coadyuvando al afianzamiento del crédito creciente de la República los Sres. D. Salvador Gallegos y D. Pedro Menéndez; el primero ministro de Relaciones exteriores, y el segundo de Hacienda y Guerra. Ciudadanos tan esclarecidos y afanosos por el bien público, merecen el respeto y la simpatía de todos los que amamos la virtud y la abnegación de los que dirigen los destinos de un Estado.

El Gobierno de Nicaragua mandó sembrar un millón más de matas de tabaco, porque el de la cosecha pasada no bastó á cubrir las necesidades del consumo, y asciende á 4 747.35 pesos la suma que dió como prima á los cultivadores de café. También decretó la circulación de los nuevos billetes del Tesoro por 250.000 pesos, y recoger los que provisoriamente se habían emitido.

Mucho nos satisface que Costa-Rica, después del advenimiento del régimen constitucional, de la elección del general D. Próspero Fernández para ejercer el Poder ejecutivo, y de la instalación de las primeras autoridades de la República, se dedique á impulsar sus intereses vitales, que son los que han de constituir su prosperidad, por la que nos interesamos vivamente.

Las cinco Repúblicas de Centro América no suman más de dos millones y medio de habitantes y su interés mútuo debe impulsárlas á unirse estrechamente y acaso á constituir un día una sola República.

Un escritor venezolano, el Sr. S. Perez, publicó un artículo en el que aboga por la unión de Centro América, el Ecuador á la Nueva Colombia para formar con Venezuela la antigua Colombia de Bolivia.

Entonces sería una nación poderosa con un extenso territorio y una población de más de ocho millones de habitantes. Tendría puertos comerciales en el Atlántico y el Pacífico y minas innumerables, y el escritor mencionado opina que el lugar en que debía residir el Gobierno como ciudad capital de la República es Panamá por la facilidad de comunicación con todos los puertos del territorio y por su inmediación al Canal, que será el paso obligado del comercio de Europa y América. Naturalmente, una ciudad que reúne tan ventajosas condiciones, puede hacer grandes progresos por su posición, que tanto la favorece en todas las costas que baña el Pacífico.

Como LA AMÉRICA es perseverante en su noble empresa de consagrar su atención especialísima á todas las cuestiones que pueden influir en beneficio de las Repúblicas hispano-americanas, según el título de nuestra Revista lo revela, exponemos el juicio del Sr. Perez, como daremos á conocer las ideas de todos los ilustres publicistas, poetas, historiadores, filósofos y oradores americanos para propagarlas en provecho de aquellos pueblos que amamos con afecto fraternal.

Sostendremos siempre y no cesaremos de insistir en la necesidad imperiosa de establecer la alianza íntima, sincera, de los Estados republicanos de origen español, para oponerse á ingerencias extrañas, á invasiones violentas y pérfidas asechanzas que las naciones astutas y poderosas tienden á hacer que prevalezcan sobre las naciones más cándidas y más débiles.

El publicista venezolano á que aludimos, confirma nuestras constantes aseveraciones sobre la política exterior que han seguido en épocas diversas los Estados-Unidos respecto de la América latina y nuestras firmes convicciones justificadas por la historia, de que aquel Estado solo aspira á absorber y dominar en nuestras Repúblicas.

Sí, es una verdad triste que el Uruguay fué humillado por la Italia, Guatemala pisoteada por Francia. Veracruz y San Juan de Ulloa fueron bombardeados por el príncipe de Joinville, con miserables pretextos, y entonces como ahora hemos deplorado en LA AMÉRICA, el bombardeo de Valparaíso por España.

Pero el enemigo más formidable de las Repúblicas es el egoísmo de los Estados-Unidos, que permaneció indiferente en todos los desastres que sufrieron nuestros hermanos; y las expediciones del bandido Walker, y las usurpaciones de Tejas, son ejemplos terribles que no deben ser olvidados, y Méjico debe estar convencido de que el coloso de

la América del Norte, solo aspira á ahogarle en sus insidiosos brazos, á absorber su rico territorio y después á anexionarse toda la América latina.

Que los verdaderos hombres de Estado, que los sinceros patricios de aquellas naciones mediten profundamente en los peligros futuros que amenazan á la patria, si no los conjuran con prevision y patriotismo.

Vemos por los datos estadísticos publicados en Bogotá que las rentas nacionales de Colombia producirán en este año económico una suma mayor de seis millones de pesos, por los siguientes conceptos:

	Pesos.
Aduanas.....	4.750.000
Salinas.....	1.000.000
Derechos de timbre.....	50.000
Otros ramos.....	100.000
Ramo nacional.....	150.000
Total.....	6.050.000

Las necesidades del país, no exceden de esta suma, pues bastan 3.000.000 de pesos para la marcha regular de los departamentos de Hacienda, Relaciones exteriores, Instrucción pública, Guerra y Marina; 1.400.000 para el servicio del Tesoro, incluyendo la deuda interior y exterior, y 650.000 para dar impulso al ramo de Fomento, que es sin duda el más importante y fecundo para promover la riqueza del país. Estos resultados abonan la excelente gestión de los depositarios del poder en aquella República, lo que les honra y enaltece.

Nos damos el parabién de que se haya realizado el convenio entre Méjico y Guatemala sobre la cuestión de límites. Por el tratado terminado felizmente Guatemala renuncia á sus reclamaciones sobre el territorio de Chiapas y Soconusco, origen de las dificultades recientes entre ambas Repúblicas, y nos alegramos que cesen para siempre, y que Méjico, más poderoso que Guatemala, considere en adelante, como debe hacerlo, á un pueblo digno de respeto, para que marche progresivamente á mejorar su destino.

En este sentido merece nuestro aplauso el celo del ministro de Fomento, doctor don Manuel Herrera, por la utilísima contrata que ha celebrado con M. Frederik E. Anjener para establecer dentro de año y medio una nueva línea de vapores, compuesta de dos buques de primera clase lo menos, que harán el servicio entre San Francisco de California y los principales puertos de la América central.

Otra contrata ha tenido efecto con americanos para canalizar los ríos Ulua y Blanco, en cuanto se pudiere hacerlos navegables, y poner dentro de un año uno ó más buques de vapor para el tráfico. Traerán inmigrantes para desarrollar el comercio interior y exterior de Honduras y establecer allí centros de población. Son actos que han de redundar en beneficio de aquellas Repúblicas.

El Presidente de Guatemala ha sido el blanco de hostilidades terribles contra su conducta política; los periódicos extranjeros han lanzado contra su persona innumerables imputaciones, y le han acusado de cruel y de tirano. El señor general Barrios, parece que tiene más de cuarenta años de edad, es de estatura mediana, de rostro profundamente bronceado por el sol, de barba gris y bigote recortados al estilo militar, de nariz aguileña, de mirada fría y penetrante, y de ojos pardos que le dan algún parecido con Napoleón III.

No ocultó á un *reporter* de la prensa de Washington, que no ha sido blando en sus castigos con los rebeldes que se sublevaron contra su poder, y contra las mujeres que se asociaron á sus tendencias.

Afirmó que ama á su país y que estaba bajo el dominio de los clérigos, cuando asumió el poder en Guatemala; que las únicas monedas que circulaban eran pedazos de metal cortado, con cruces; no había telégrafos, ni ferro-carriles, ni buen servicio postal, con tratados de comercio de forma enteramente rudimentaria. Todo lo cambió. Expulsó á los frailes y á los jesuitas; abrió las puertas de los conventos á las personas allí encerradas, y decretó la tolerancia religiosa; hizo construir un ferro-carril; recogió la moneda cortada, estableciendo la Casa de la Moneda, para emitir nuevas monedas; celebró tratados de comercio con los países vecinos y con los extranjeros; en fin, se vió obligado á emplear la firmeza para hacer prosperar á Guatemala, que disfruta de un clima benigno y sano, excepto en la costa, cuyas casas son de un solo piso, aunque con bastante cimientito, por el temor á la frecuencia de los terremotos.

Estos servicios prestados á Guatemala por el Presidente Sr. Barrios, son dignos de ser apreciados en toda su valía, aunque merezcan censura los excesos cometidos, sin duda, por las críticas circunstancias que atravesó en períodos revueltos, y tal vez impulsado por las agresiones violentas de sus enemigos, como lo confesó el Sr. Barrios con militar franqueza: al fin, esta es una cualidad más propia de un soldado, que la vil hipocresía.

La República Argentina, que está colocada á la vanguardia de los progresos materiales, y los que resaltan en el órden político y económico, comprende hoy la extensión de 3.367 kilómetros

de ferro-carriles, de los que corresponden á la provincia de Buenos-Aires la suma de 1.045 kilómetros.

La línea de Oeste llega al pueblo de Pergamino, y tiene 400 kilómetros, abarcando regiones fértiles; favorece vastísimas comarcas, pueblos importantes, y está destinada á explotar riquezas naturales que brindan un próspero porvenir á la región beneficiada por el grandioso invento de Watter. Merece nuestros plácemes el gobernador de Buenos-Aires, el ilustre Doctor Rocha, que tanto se desvela por el desarrollo del comercio y la producción de su país.

Muy animado de rectas intenciones ascendió á la presidencia de la República de Santo Domingo el general Hureau, al afirmar que subía al poder sin ódios y sin prevenciones, y que todos los ciudadanos indistintamente tendrían toda garantía y protección para usar y defender sus derechos dentro de la órbita de las leyes. Para las relaciones exteriores quiere seguir la política honrosa de su predecesor, respetar el poder judicial, proteger la instrucción pública y las obras de empresas de utilidad común, la agricultura, la industria, las vías de comunicación, y preparar la reforma económica indispensable.

Son propósitos dignos de encomio; y si, como es de esperar, los realiza el digno presidente, obtendrá la estimación de sus conciudadanos, las simpatías de las naciones extranjeras, y la gloria de haber contribuido al engrandecimiento de su patria, manteniendo su independencia y su libertad.

LA AMÉRICA, solícita siempre por el bien de los Estados republicanos de nuestra raza, saluda afectuosamente al eminente patricio, general Hureau, y se asocia á sus nobles promesas á favor del pueblo dominicano.

Así hemos leído con satisfacción que un colega, el *Eco de la Opinión*, de Santo Domingo, manifiesta el impulso que se está dando al cultivo de la caña de azúcar; que se han establecido nuevas fincas centrales, que son: *El Palmar de Ocoa*, en los inmejorables terrenos de este nombre; *Yaimoza*, en la provincia de *Pajarito*, á orillas del Ozama, río de esa capital; *Consuelo*, en San Pedro de Macosis, de los Sres. Solano y Padró; *Colon*, en el mismo lugar del Sr. Juan Tí de Castro; en Azúa va á establecer una el Sr. J. E. Hatton, y otro el señor Ninman en las *Barricos*; el Sr. J. B. Viccini, en Yaguajay, terreno muy feraz.

La famosa de *San Isidro* tiene ya montada la maquinaria de gran potencia, situada á orillas del Ozama y con embarcadero, donde navega una lancha de vapor, tiene una importancia suma, y sus colonias están en gran fomento.

Otras mejoras se hacen en varios ingenios. En el de San Luis, de los Sres. Casabianco, hermanos, cerca de *San Isidro*, se ha construido un tranvía en el interior de la finca, para la conducción de la caña de los colonos y la del azúcar al puerto. Magnífico desenvolvimiento de la industria de este país, que revela la confianza en su Gobierno y los progresos inmensos que hará en poco tiempo este pueblo, cuya prosperidad deseamos.

Las Repúblicas vecinas de la del Salvador deberían imitar la conducta de este Estado que rebajó el precio de los telegramas que se transmiten á Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa-Rica, porque un parte de diez palabras solo cuesta ahora veinticinco centavos.

El ferro-carril de Panamá va á ser vendido en 15 000 000 de pesos y el ministro de Relaciones Exteriores de Colombia redactó una extensa Memoria en la que reclama para Colombia la mitad de aquel precio, es decir, 7 500 000. Sus aduanas producen por un término medio cada mes del año la suma de 2 070 000 á 2 080 000 pesos, y las del Perú y Bolivia produjeron desde Febrero de 1879 hasta Abril de 1882, 19 151 000 pesos. La venta del guano dió 2 233 000 pesos y la de salitre 2 858 000.

Los generales D. Manuel Gonzalez, que preside hoy la República de Méjico y D. Porfirio Diaz que la ha presidido anteriormente, prestaron inmensos servicios á su país en la gloriosa guerra de la Independencia nacional. Aun está grabado en nuestra memoria el indeleble recuerdo de los actos grandiosos de heroísmo que resplandecen en tan magnífica epopeya, y nuestra Revista, que defendió con entusiasmo á sus nobles hijos al combatir con valor la invasión extranjera, fué prohibida por el intruso Gobierno del desgraciado Maximiliano; pero LA AMÉRICA no sintió que se impidiera su circulación por el flamante imperio en menoscabo de nuestros intereses, porque los sacrificáramos con abnegación ante el ara sacrosanta de los sagrados é imprescriptibles derechos de un pueblo hermano á defenderse de usurpaciones sacrílegas y protanadoras de la magestad de su soberanía.

El íntegro, el eminente patricio, el inolvidable D. Benito Juárez, ostentó una firmeza inquebrantable en la adversidad, y no desmayó un solo instante su fé sublime en la emancipación de su patria del yugo que la oprimía.

La posteridad hará justicia más y más cada día á tan insigne ciudadano.

Los generales Diaz y Gonzalez han sido juzgados con injusticia notoria por émulos de sus brillantes hechos y enemigos de su reputación acrisolada en los rudos combates y en la recta administración de los intereses de la República.

El Ministro de los Estados-Unidos, en Méjico, Mr. Foster, rebatió los cargos calumniosos lanza-

dos contra tan beneméritos patriotas en el *Evening Post*, periódico de Nueva-York, acusándoles de conspirar «para perpetuar al Sr. Gonzalez en el poder» una vez terminado el actual período presidencial, «con menosprecio de la voluntad del pueblo mejicano y de los preceptos de la Constitución vigente» y califica á ambos de hombres sin educación y sin honradez, salidos de las clases más bajas del pueblo, que no sostienen relaciones con la alta sociedad.

Mr. Foster combatió el grave error de describir al general Diaz como un hombre sin educación, porque fué dedicado por sus padres al estudio de la jurisprudencia, que le obligó á abandonar la guerra de la Reforma, y á afiliarse al partido liberal, entonces en lucha con los clericales, y desde entonces ha pasado la mayor parte de su vida sirviendo en el ejército, y en los últimos veinte años ha sido uno de los héroes de la historia de Méjico.

El general Gonzalez se ha elevado por sus merecimientos, y posee un elevado talento natural y gran perspicacia; muy joven, por sus grandes servicios en la milicia, ascendió á los primeros cargos: fué comandante general de las fuerzas federales, Ministro de la Guerra, bajo la administración del general Diaz, y hoy es Presidente de la República.

Ambos generales se han distinguido en la ciencia de gobierno, para contribuir al progreso de su país, y entre sus partidarios y amigos se cuentan los hijos de las más antiguas, acaudaladas y altivas familias de Méjico; las personas más notables en todas las carreras, en las ciencias, las artes y la literatura, que provienen del partido liberal, habiendo pasado, por fortuna, la época en que los descendientes de la antigua nobleza española hicieron causa común con los clericales, porque, por fortuna para el país, no predomina ya su influencia avasalladora.

El general Diaz fomentó la inversión de capitales anglo-americanos en Méjico, comenzó la construcción de los ferro-carriles, durante su gobierno, y la transformación industrial y comercial se ha debido á su vigorosa iniciativa, y ha continuado esa política regeneradora el presidente actual Sr. Gonzalez, que ha tenido el tacto político de rodearse de los consejeros más hábiles y de más experiencia que ha producido Méjico, como lo son los señores Mariscal, Ministro de Relaciones exteriores, y jefe del ministerio, D. Matías Romero, representante de su patria en los Estados-Unidos, con tan elevada inteligencia, que ahora acaba de vencer las dificultades que se oponían al restablecimiento de los lazos de amistad y de concordia entre Méjico y Guatemala; ministro de Hacienda del general Diaz en los tiempos azarosos de la guerra civil y de la intervención, ha ostentado sus dotes superiores de estadista eminente. Fuentes y Muñoz que hoy dirige la Hacienda, y el general Treviño merecen también un aplauso justísimo por sus acertados esfuerzos en pró de los intereses patrios.

Nos asociamos á los elogios que el Sr. Fuster tributa á tan ilustres ciudadanos, porque LA AMÉRICA siente un goce vivísimo en propagar los timbres de gloria que ilustran á nuestros hermanos de las Repúblicas americanas.

El estado satisfactorio de la Hacienda mejicana, el aumento de ingresos, que de 14 000 000 á 16 000 000 de pesos anuales, se han elevado á 30 000 000 bajo la administración actual, habla muy alto en honra de los mencionados personajes, y de todos los buenos patriotas que han coadyuvado con su inteligente y generosa cooperación á tan magníficos resultados.

Y es digna además de nuestros plácemes la prensa ilustrada de Méjico, que se desvela noche y día, y á todas horas, por el engrandecimiento de su patria, más creciente cada día que pasa, merced á los incalculables beneficios de la paz que disfruta.

Nos complace que se haya establecido el cambio comercial mejicano por la reunion de manufactureros celebrada en San Luis (los Estados-Unidos) que ha de reportar grandes ventajas á Méjico, sobre todo desde que terminándose el ferro-carril que hace á Laredo el puerto objetivo de las ramificaciones en toda la República.

La tendencia es cada vez más evidente de establecer extensas relaciones comerciales entre Méjico y la América del Norte.

La Agencia ó Cambio de San Luis, convertido en depósito de mercancías y productos mejicanos, dará gran valor á sus drogas, café, azúcar, tabaco, trigo, á sus ricas y variadas frutas, sus infinitas y diferentes clases de maderas y los preciosos metales de sus copiosas minas.

Un anglo-americano comparó el tráfico de Méjico al de la India, que daba á la Inglaterra su supremacía comercial. Lo que parece indudable es que Méjico tendrá café en abundancia, para darle á los Estados-Unidos, porque desde el establecimiento del ferro-carril de Veracruz, y ya en un año le habia recibido por 1.648 493 pesos.

No puede ser más brillante el porvenir de la República mejicana, cuando termine todas sus vías férreas.

Es de importancia suma la circular dirigida por la secretaría de Fomento á todos los Estados, para facilitar la exportación de los frutos agrícolas y las materias primas del país, á los mercados extranjeros, y en este sentido se piden noticias y muestras de todos estos artículos, los medios conducentes á abaratar su producción, la vía férrea ó

navegable más próxima y más ventajosa al lugar de aquella, y el flete de cada fruto puesto en el puerto más inmediato.

Todos estos detalles revelan el celo de aquel Gobierno, á fin de hacer fáciles las transacciones, fundadas sobre informes de precios y de todos los datos indispensables que han de adquirir los agentes mejicanos en los principales centros industriales y mercantiles de Europa y de América.

LA AMÉRICA ve con gusto todo lo que tiende al acrecimiento de la riqueza y al progreso de la República de Méjico.

EUSEBIO ASQUERINO.

LA IMPRENTA.

Hay grandes fenómenos cuya esencia no se comprende, ni trata de adivinarse cuando son comunes.

Hay un grande hecho, hecho inexplicable: el hecho de la palabra.

La palabra es el hombre; la palabra es más que el hombre, porque el hombre sin palabra se diferenciaría de los brutos apenas en la forma.

Es que si el hombre necesita inteligencia, la inteligencia tiene necesidad de la palabra.

Dios mismo no hubiera podido crear el mundo sin hablar.

La palabra es la fórmula del pensamiento.

Pero la palabra es más que el pensamiento; es más que el complemento del hombre.

La palabra es tentación.

Porque es bueno que se sepa que hay tentaciones buenas y tentaciones malas.

Desde que el hombre habló pudo aspirar.

Desde que el hombre aspiró, tuvo esperanza de elevarse.

Desde que el hombre esperó, tomó confiadamente su camino.

El camino del hombre es el progreso.

¿Cuál será el término de ese camino?

Yo no lo sé; pero debe estar muy lejos y muy alto; y sin embargo, el hombre lo recorrerá.

El hombre que pensaba habló.

El hombre que habló escribió.

El hombre que escribía imprimió.

Poderosas manifestaciones de la inteligencia y del esfuerzo humanos.

La palabra que era aire se convirtió en línea.

La línea que era fugaz revistió su armadura de metal.

Con esa trasfiguración, la línea se hizo fija, permanente, clara, invencible, inmortal.

La palabra dicha se iba; era aire.

La palabra dicha se concretó en el papel; tenía de vida la que el papel, ejemplar único de la única edición.

Pero vino la imprenta y la edición única pudo multiplicarse al infinito.

Desde entonces siguieron cantando entre sus tumbas los poetas; y siguió el orador haciendo temblar la tribuna con su palabra; y el legislador siguió dictando leyes; y pesares y esperanzas, y goces y desengaños, y todo, hasta la vida, y todo hasta la muerte, se hizo inmortal.

La imprenta evoca, la imprenta atrae, la imprenta da vida, la imprenta resucita.

Creded y multiplicáos, dijo el Señor.

Y el hombre creció y se multiplicó.

Pero el hombre, cuerpo y espíritu, no multiplicó, en los primeros siglos, más que la materia.

Habia, pues, un desequilibrio resonante.

Los dos brazos de la palanca perdieron su momento estático.

La materia se elevaba, y el pensamiento sufría horribles dolores de mudez y desaliento.

Vino la imprenta, y dió al pensamiento voz y fuerza.

Vino la imprenta, y multiplicó las almas.

La imprenta multiplicó el pensamiento.

La imprenta trocó la tinta negra en cándida leche de la inteligencia.

¡Misterioso poder de una palanca!

Muévese un brazo, baja la plancha, oprime el papel, y en el acto el aire se convierte en sólido y los muertos resucitan y la palabra toma fisonomía concreta.

La fotografía aprisionó la luz.

La caja de música aprisionó el sonido.

La imprenta aprisionó el pensamiento.

¿Hicieron la misma obra? ¿Cumplieron la misma tarea?

No.

Porque la luz se refleja en los cuernos; y el sonido es el aire que vibra y que es rechazado por un cuerpo.

Esos dos grandes pasos de la óptica y de la acústica (de la luz y del sonido) se refieren á algo sólido, material.

El pensamiento no se refiere á nada: á nada tangible.

El pensamiento se refiere á todo lo impalpable, á todo lo incoercible, á todo lo espiritual, á todo lo vago.

Por eso la imprenta fué un paso incomparablemente superior al que dieron la fotografía y la música mecánica.

Por eso la imprenta no traduce, sino que retrata á Rossini, á Meyerbeer, á Verdi, á Mozart.

Por eso la imprenta no traduce, multiplica, á Miguel Angelo, á Rafael, á Murillo, á Van-Dick, á Rubens.

Es que la imprenta es expresión de la ciencia, cuando la óptica y la acústica son meros trabajos de arte.

De la ciencia al arte hay tanto como del alma al cuerpo, como de la verdad al empirismo; como del Creador á la criatura; como de Dios al hombre.

CAMILO A. ECHEVERRI.

LA BARONESA DE WILSON.

La generosa é hidalga hospitalidad que se me dispensa hoy en esta vieja España, y la entusiasta acogida que se está dispensando á la Baronesa de Wilson, en las jóvenes Repúblicas Americanas que recorre, aún cuando parezcan hechos aislados inspirados en una y otra parte por un sentimiento de caballerosidad tradicional en nuestra raza, deben, por el contrario, ser considerados como nuevos testimonios del sentimiento de fraternidad que hoy liga á esta noble nación con los pueblos que habitan el Mundo descubierto por el inmortal Colón.

Efectivamente: el paseo de la Baronesa de Wilson se ha convertido en una verdadera marcha triunfal, siendo, donde quiera que llega, objeto de ovaciones que, á la vez que la deben llenar de orgullo, le hará conocer la bondad ingénita de aquellos pueblos jóvenes.

Después de haber estado en Colombia y Venezuela—donde no solo ha sido agasajada con verdadero entusiasmo, sino donde ha recibido importantes sumas de dinero para ayudar la publicación histórica que se propone emprender—ha pasado á Centro América, de donde acabo de recibir una carta suya, que tengo un verdadero placer en ofrecer á los lectores de LA AMÉRICA.

Dice así:

«Guatemala 10 de Julio de 1882.

Sr. D. Héctor Varela:

Muy señor mio y de mi distinguido afecto y consideración: La partida para España de mi excelente amigo el cónsul general del Centro-América, D. Miguel Suarez Guanes, me proporciona ocasion segura para dirigir á V. algunas líneas, y las gracias más expresivas por los párrafos que en sus correspondencias para *El Monitor* tuvo á bien darme.

Desde la hermosa capital de Venezuela me dirigí á estas Repúblicas, y, como verá por el suelto que le adjunto, continúo dando cima á mi empresa de exploración por todo un Continente, buscando, en empolvados y antiguos pergaminos, en escondidas tumbas, en monolitos y ruinas, los secretos de remotas edades, encerrados en esos monumentos que han resistido á la marcha de los siglos.

La historia antigua es el escollo de los historiadores, el pensamiento tenaz en todos los sábios, la duda universal que da lugar á cálculos, á hipótesis y opiniones aventuradas, por lo cual, á falta de hallar la llave de ese arcano, la luz que despejara ese horizonte nebuloso, preciso es anudar lo más posible el hilo de ese ovillo que se pierde en el laberinto de los tiempos y en cataclismos ignorados, que han abierto ese abismo imposible de salvar.

En los geroglíficos que existen en las figuras de las ruinas prehistóricas, se haría la luz, si leerlos fuera posible; si en Palenque y Telimbela (1), en Tiahuanaco y Sicasica (Bolivia) Pamaipata, Chaco, en la hermosa patria de usted, y otras huellas encontradas en Colombia, pudieran ser descifradas en su idioma de figuras alegóricas. ¿Llegará ese día antes que la exuberante vegetación americana cubra y esconda por completo esos preciosos vestigios? ¿El Exodo prehistórico dejará de ser un problema? Misterio también. Ese inmenso y brillante jardín, bañado por las olas del Atlántico y del Pacífico, acariciado por las ondas del anejo Plata, del Amazonas y del Magdalena, coronado por los Andes y por las crestas plateadas, ó sombrías agujas de los volcanes, ignora, y tal vez ignorará siempre, quiénes fueron sus primitivos pobladores.

Esas inmensas soledades, esos cerros en donde con frecuencia se encuentran restos de la antigüedad y no menos grandiosos de nuestros días; esos perfumes eternos y primavera continua; la brisa suave y templada; los infinitos cantores alados, han sido para mí objeto de asiduo estudio y recompensa por su belleza, de mis largos y áridos viajes, que tocan á su término, pues que dentro de tres meses estaré investigando el país de los aztecas, y poco después los Estados Unidos de América, para de allí dirigirme á la patria querida que abandoné hace diez años.

Dispénsame esta larga carta, que el argentino cosmopolita y notable publicista, acogerá, espero, como un eco de su maravilloso nuevo mundo, su patria, y como afectuoso saludo de su peregrina de las letras, y su afectísima amiga, S. S. Q. B. S. M.

LA BARONESA DE WILSON.»

El suelto á que la infatigable viajera se refiere, es un largo artículo dando cuenta de la espléndida recepción hecha en Guatemala á la baronesa de Wilson.

No siéndome posible reproducirlo íntegro, publicaré el discurso que el distinguido orador y galano periodista, Francisco E. Galindo, le dirigió en nombre de la prensa de Guatemala; discurso que tiene toda la frescura de aquella espléndida naturaleza, y toda la elocuencia de aquellos oradores galanos que piden ecos al corazón y acentos á la sinceridad.

Dice el discurso:

«Señora:

»América, en nombre de la Gloria, ha deshojado á vuestros piés sus palmas y sus laureles.

(1) América Central la primera, Ecuador la segunda.

»Todas sus grandes ciudades, todas sus jóvenes repúblicas han recibido la visita del géni, han oído las notas de vuestra lira y escuchado los divinos arpegios de la cantora del Nuevo Mundo.

»Lima, la ciudad de los Reyes; Santiago, la pensadora ciudad de los palacios, en donde Mata y Vicuña-Mackenna escriben páginas en la conciencia humana; Bolivia, que conserva en su nombre el recuerdo del más grande de nuestros grandes capitanes; el Ecuador, de naturaleza delirante, según acabais de decir, y en cuya diáfana atmósfera todavía se cierne la sombra de Joaquín de Olmedo, volando de la cumbre excelsa del Chimborazo á la cumbre del Cayambé y del Cayambé á la colérica cima del Cotopaxi, empujando la trompa épica con que Homero celebrara los héroes de la Iliada; las repúblicas del Plata donde suspira en las aguas y truenan en las mangas del pampero el grandioso géni de José Mármol que llora por la libertad y aborta y fulmina contra los tiranos las iras de un mundo; el Paraguay en cuyas arterias late la sangre inmortal de Numancia y de Sanguito, de Zaragoza y de Gerona; y Caracas, nido de águilas; y Colombia, Olimpo de las generosas libertades de América; todo, todo lo que vale en el Sur de la tierra nacida al esfuerzo castellano, os ha admirado, os ha aplaudido y os ha amado... Ahora le toca su turno á Centro-América, mi patria, mi querida, mi desgraciada, mi tan querida cuanto desgraciada patria...

»Gracias, señora... Bien venida seas entre nosotros... Aquí también hallaréis corazones que os entiendan, que el alma de nuestra noble raza nos anima y ha sido templada en el fuego de nuestros volcanes, ha pasado por el crisol de nuestras revoluciones sociales y políticas y se ha engrandecido en la medida de nuestros cielos y de nuestros mares.

»Bien venida seas... Si el alma de los pueblos tiene verbo, ese verbo vive en la prensa, y yo os hablo en nombre de la prensa, acaso dignamente representada aquí por el *Diario de Centro-América*.

»El redactor en jefe de esta publicación me ha encargado ofrecerosla para que sus columnas recojan vuestras cascadas de ideas, los latidos de vuestro corazón, los sollozos de vuestra lira...

»Recibid, señora el saludo entusiasta que os dirige mi desautorizada palabra á nombre de la prensa y especialmente en nombre del *Diario de Centro América*.

Me parece que la que tales palabras ha merecido de un orador lleno de inspiración y entusiasmo, debe considerarse feliz de haber cruzado la América, estudiando por sí misma la índole de aquellos pueblos y de aquellos hombres, no solo tan poco conocidos en Europa, sino por lo general tan mal juzgados.

No dudo que todos los honores y distinciones de que en América viene siendo objeto la Baronesa de Wilson, sean tan justos como merecidos; pero conociendo á mis compatriotas, comprendo, que honrándola de una manera tan franca como espléndida, han querido honrar en ella á su patria, á esta noble España, á la que hoy volvemos todos la vista con el cariño que los hijos profesan á la madre cariñosa que los calentó en su regazo.

HÉCTOR F. VARELA.

REVISTA CIENTIFICA.

PASO DE VÉNUS POR EL DISCO DEL SOL.—El día 6 de Diciembre del presente año de 1882 será una fecha célebre para los astrónomos del mundo entero. Vénus pasará por el brillante disco del astro del día.

Este fenómeno que se verificó en 1874, volverá á verse este año, y ya basta el año 2004 no se observará otro. Estos pasos de Vénus por el disco del sol no se reducen á un espectáculo curioso. Facilitan los medios necesarios para determinar la paralaje solar y poder fijar, por consiguiente, la distancia que nos separa de aquel lumínico, conocer las distancias que median entre los demás planetas y estudiar algunas particularidades de la naturaleza del Sol, y especialmente de las que se refieren á la constitución física de Vénus, que es el segundo planeta de nuestro sistema planetario que circula alrededor del Sol entre las órbitas de Mercurio y de la Tierra.

La utilidad que proporciona y los beneficios que presta á las ciencias de observación este fenómeno astronómico, son extraordinarios y de un valor inmenso. Por esta razón todas las naciones de Europa y los pueblos cultos de América están haciendo sus preparativos en estos instantes para enviar comisiones científicas á distintos puntos del globo, á fin de estudiar el paso próximo de Vénus y resolver acaso uno de los intrincados y difíciles problemas que encierra este interesante fenómeno celeste.

Nuestra patria, que hasta ahora ha estado rezagada en la senda del progreso moderno, contribuirá, según se dice, al adelanto de la astronomía, con las demás naciones ilustradas, pues se ha nombrado ya la comisión científica que ha de pasar á las islas de Cuba y Puerto-Rico para observar el paso de Vénus. Esta comisión la compondrán los señores siguientes: como jefe de la misma, el señor Director del Observatorio de Marina de San Fernando (Cádiz), un profesor del curso de estudios mayores, un oficial de la sección de cronómetros, y otro de estudios mayores que se encuentre en la Península.

El Gobierno ha arbitrado los recursos necesarios para esta expedición, y autorizó en tiempo oportuno al señor director del Observatorio de Marina de San Fernando para que mandase cons-

truir dos anteojos en Inglaterra, uno de seis pulgadas de diámetro en el objetivo, y otro de cuatro pulgadas, con los montajes ecuatoriales de todos ellos, los cuales no servirán solamente para este caso concreto, sino que pasarán luego al servicio de dicho Observatorio, enriqueciéndose así con tan notable adquisición este Establecimiento científico.

El Gobierno, además, ha dispuesto que se faciliten á la comisión española todos los instrumentos necesarios; y en virtud de esta orden llevará, aparte de los anteojos citados, un instrumento de pasos ó alta-zimut portátil, un gronógrafo, una mesa telegráfica para determinar la longitud, cuatro cronómetros, uno de ellos sidereo con aparato eléctrico, varios instrumentos meteorológicos, un sextante con pié y horizonte, y un instrumento angular para alguna pequeña triangulación que sea necesario hacer.

Teniendo en cuenta los métodos analíticos de investigación que hoy posee la ciencia astronómica, serán incalculables los beneficios que reportará la observación del paso de Vénus á la astronomía física, toda vez que en el último tránsito, ocurrido en 1874, se comprobaron definitivamente por Tacchini, Herand, Bonitay, Janssen y otros astrónomos, la existencia de la atmósfera de Vénus, y se ha medido su altura y analizado químicamente los gases que la constituyen, de cuyo análisis espectral resulta que es casi dos veces más densa que la atmósfera terrestre.

Estos descubrimientos son de un valor incalculable y vienen á justificar la solidaridad de las fuerzas físicas y el estrecho parentesco que existe entre los cuerpos de nuestro sistema solar; y cualesquiera que sean los métodos que deben emplearse en el próximo pasaje, los esfuerzos de los astrónomos y sus sacrificios en beneficio de las ciencias se verán coronados por el éxito más brillante y acaso por inesperados descubrimientos.

ORÍGEN DE LAS PLANTAS CULTIVADAS.—Muchos errores se han propagado sobre el origen de las plantas cultivadas desde la antigüedad á nuestros días. Un sábio contemporáneo, Mr. Candolle, ha estudiado con fruto este asunto interesantísimo, viniendo á deducir de su estudio consecuencias muy importantes, y dando á luz en una obra reciente el resultado de sus observaciones acerca de 247 especies, utilizando para ello numerosos documentos, entre otros los que han dado los lacustres suizos, los antiguos monumentos de Egipto y diferentes obras chinas. Por otra parte, cada especie presenta las condiciones de un problema á la vez botánico é histórico, en el cual deben asociarse y discutirse hechos de muy distinta naturaleza.

Gracias á este método, sólo hay tres plantas cultivadas de las cuales no puede decirse, á punto fijo, si vienen del viejo ó del nuevo mundo: dos especies del género *Cucurbita* y la *Habichuela* ordinaria (*Phaseolus vulgaris*). En cuanto á las 244 especies restantes, el autor ha logrado demostrar, con más ó menos certidumbre, el país de que han salido.

Sin embargo, si el origen geográfico es conocido casi siempre, quedan aún muchas especies no halladas de un modo cierto en el estado salvaje. Cuando el país originario ha sido poco visitado por los botánicos, esto no es de extrañar; pero en los demás casos, es un fenómeno bastante singular, y que tiene un alcance científico general.

Algunas especies, cultivadas desde muy antiguo, parecen en vía de extinción ó extinguidas, porque provienen de regiones bien exploradas, y si embargo no han sido halladas en estado salvaje, ó lo han sido una sola vez y en una sola localidad. Es también probable que la antigua patria de estas especies fuese más ó menos vasta en razón á la extensión de su cultivo en pueblos que tenían pocas relaciones con ella. El autor cuenta 49 especies del viejo mundo, que, según datos, son cultivadas desde hace más de 4.000 años, y 5 del nuevo mundo, cuyo cultivo es probablemente tan antiguo.

Entre esas 49 especies, el maíz no se ha hallado en estado salvaje; el haba y el tabaco una sola vez; el garbanzo, la lenteja (*Errum Evilia*), rara vez y en condiciones dudosas en cuanto á la producción espontánea.

El maíz es la única especie del género *Zea* y tan fácil de conocer, que los viajeros en la América tropical no hubieran dejado de señalarle si le hubieran visto fuera de los cultivos. Los indígenas lo empleaban antes de la llegada de los europeos, desde el Perú y el Brasil hasta la región del Mississippi; por consiguiente, es probable que hubiesen conocido la especie salvaje en diversos países.

El haba es, asimismo, única en su género, y se cultiva en toda el Asia templada, aun en China, hace millares de años. Solo un coleccionista, Lerche, la ha encontrado salvaje en un desierto, en medio del mar Caspio. El autor se ha asegurado de que su tipo existe en el herbario de San Petersburgo, con las precisas indicaciones de su origen. Pero, desde Lerche, nadie ha visto el haba espontánea; es posible que la especie haya terminado su existencia salvaje en el siglo diez y nueve.

Después de examinar cuanto concierne al trigo (*Triticum vulgare*), el autor cree que está casi extinguido, como la lenteja, el trigo y el garbanzo.

Todas especies tienen por carácter comun com-

ponerse de granos llenos de fécula, sin protección contra los roedores y los insectos que los buscan ávidamente. No es sorprendente que perezcan en la lucha por la existencia. Cuanto más los multiplica el hombre en sus cultivos y por casualidad arroja semi las fuera de los campos, más pululan los animales que los buscan y acaban por destruirlos.

Sin embargo, no puede decirse esto del tabaco, cuyos granos son muy diferentes. Con certidumbre solo se le ha visto en estado salvaje en un punto de la República del Ecuador por Mr. Eduardo André. Puesto que los indígenas fumaban ó mascaban el tabaco desde el Perú á los Estados Unidos, es probable que el campo de la planta haya sido más vasto en otro tiempo. Mr. de Candolle ignora si los insectos atacan al tabaco en América, ó si esta planta presenta alguna otra causa de debilidad en la lucha. A pesar de los esfuerzos de Darwin, estos detalles son muy poco conocidos.

Sea lo que quiera de esta planta, es un hecho digno de notar que de cuarenta y nueve plantas cultivadas hace cuatro mil años, seis ó siete están en vía de extinción ó extinguidas por completo. Si en el conjunto de las plantas phanerógamas se ha extinguido también el diez ó doce por ciento de las especies durante la época histórica es un cambio notable, tanto más curioso cuanto que se había efectuado en la superficie de vastos continentes sin otra causa aparente que la lucha entre las especies de los dos reinos.

Se acusa al hombre de ser causa directa ó indirecta de la destrucción de muchos animales y vegetales; en desquite de esta acusación, el cultivo en el continente ha dado á otros muchos los medios de ensanchar su campo por medio de semillas accidentales que las naturalizan en nuevos países cuando la planta es bastante fecunda y resistente.

Mr. Candolle estudia también de qué modo y en qué época empezó el cultivo en varios países. La extensión, la prosperidad de una planta, dependen, sobre todo, de la manera que aprecia sus propiedades el hombre que la explota. Hay algunas que permanecen desconocidas; otras, á las cuales se da una importancia exagerada, pero la selección casual está aquí.

No siempre es fácil determinar el origen de las plantas cultivadas. Uno de los procedimientos más directos para averiguarlo es buscar en qué país crece espontáneamente la planta, sin la ayuda del hombre. Esta investigación es más difícil de lo que pudiera creerse; la prueba más concluyente que puede darse de la existencia de una especie en un país es reconocer fragmentos de ella en viejos edificios ó antiguos depósitos de fecha más ó menos cierta; la historia, la lingüística, prestan también una gran ayuda, pero lo mejor es combinar todos estos métodos.

De las 247 especies estudiadas por Mr. Candolle, ninguna era común á las regiones tropicales ó australes de ambos mundos antes de su cultivo. El *Allium Schænoprasum*, el frenal, el castaño y el hongo eran comunes á las regiones septentrionales del antiguo y nuevo mundo. Una cosa merece ser notada: la ausencia ó la extrema rareza de las plantas cultivadas originarias de algunos países. Por ejemplo, ninguna ha venido de las regiones árticas ó antárticas, cuyas floras, realmente, se componen de un pequeño número de especies. Los Estados Unidos no ofrecen, en plantas nutritivas, otras que el Topinambur y la calabaza alvestre. La Patagonia y el Cabo no han dado una sola especie. Nueva Holanda y Nueva Zelanda, un árbol: el *Eucalyptus globulus*, y una legumbre poco alimenticia, la *Tetragonia*. Sus floras carecían, esencialmente, de gramíneas análogas á los cereales, de leguminosas de granos comestibles y de crucíferos de raíces carnosas. En la parte húmeda y tropical de Nueva Holanda se ha encontrado el arroz y la *Alocasia macrorrhiza* salvajes, ó tal vez naturalizadas; pero el resto del país sufre sequías demasiado grandes para que estas especies hayan podido propagarse.

En general, las regiones australes tenían pocas plantas anuales, y en su número, harto restringido, ninguna ofrecía ventajas evidentes; ahora bien, las especies anuales son las más fáciles de cultivar, y han representado un gran papel en el antiguo cultivo de otros países.

Según los datos recogidos por Mr. Candolle, sería posible que, al terminar el siglo XIX, los hombres cultivasen en grande, y para utilidad suya, cerca de 300 especies. Es una pequeña proporción de las 120 ó 140.000 del reino vegetal; pero, en el otro reino, la proporción de los seres sometidos al hombre es mucho más pequeña todavía. Quizá no lleguen á 200 las especies de animales domésticos, ó simplemente educados para nuestro uso, y el reino animal cuenta millones de especies. En la gran clase de los moluscos se cuenta la ostra y en la de los articularios—que cuenta diez veces más especies que el reino vegetal—sólo pueden citarse la abeja y dos ó tres insectos, productores de la seda.

EXPLORACIONES EN EL FONDO DEL OCEANO.—Un naturalista inglés, Thomás Bell, decía hace veinticinco años á Milne Edwards: «Los mares de la Europa occidental han sido tan bien estudiados, que debe renunciarse á la esperanza de hallar en ellos animales que hayan escapado á nuestras investigaciones.» Esta afirmación del sábio británico ha sido desmentida después de un cuarto de siglo, y

precisamente por aquel mismo que entonces la escuchaba atentamente. La ciencia no reconoce límites; el que la diga, de aquí no pasará, se expone a tener que avergonzarse bien pronto de su ligereza. Hace pocos días, en la solemne apertura de las cinco Academias, en París, Milne-Edwards probaba, en un elocuentísimo discurso, la verdad de nuestro aserto. Después de dos travesías en el golfo de Gascuña, el estrecho de Gibraltar, la cuenca occidental del Mediterráneo y las cercanías de las Canarias, ha reconocido y recogido centenares de animales ignorados hasta hoy, que ha encontrado a la profundidad de 2 000 a 3 000 m., en esas especies de valles submarinos donde aun no hace mucho se creía imposible la vida. Si se hubiese hablado a Tomás Bell de que con el tiempo se intentaría la misión científica emprendida por el *Travailleur*, sin duda hubiese declarado que esta misión era trabajo perdido, que no podían existir seres animados en el fondo del Océano, sin que le faltasen buenas razones en que apoyar sus asertos, como la presión que tal columna de agua ejercería sobre el animal, la ausencia de luz, la falta de algas y materias vegetales. Hoy sabemos que esta formidable presión no destruye los seres que viven en el fondo de los mares, y que estos seres no son los mismos que hallamos en su superficie.

«La población de los abismos del Océano—dice Milne-Edwards—no tiene nada común con la de las aguas superficiales. Hay aquí dos capas superpuestas una a otra, ambas ocupan su puesto sin conocerse ni mezclarse. Las capas inferiores no tienen aspiración ninguna a elevarse para ocupar el puesto de las capas superiores; estas últimas no pueden cambiar de medio, porque su organización se opone a ello.»

Pero—diría aun Tomás Bell—la luz falta en los valles submarinos ¿Cómo es posible la vida sin la luz?—Esto es no contar con la inagotable fecundidad de la naturaleza que, aquí como en todas partes, se rie de nuestros razonamientos. Escuchemos lo que acerca de esta objeción dice Milne Edwards:

«La luz solar penetra con dificultad a través de las capas del agua más trasparente y pasando de algunos centenares de metros, la oscuridad debe ser completa. ¿Cómo, pues, se dirigen los animales tan variados que en ella viven? Unos son ciegos; caminan a tientas y para guiarse no tienen más que las percepciones del tacto, del olfato y del oído; así, notamos, que por un justo sistema de compensación, ciertos órganos se desarrollan más de lo acostumbrado; las antenas de algunos crustáceos desprovistos de ojos tienen una longitud extraordinaria: son el palo del ciego. Otros animales tienen, por el contrario, ojos enormes y de deslumbrante fosforescencia, llevando de este modo consigo un foco luminoso que explica el desarrollo de su aparato visual. Esta fosforescencia se extiende a menudo sobre casi toda la superficie del cuerpo, y muchas especies, las estrellas de mar sobre todo, los pólipos ramosos y otros muchos, chispean en la oscuridad.

Una noche nuestras redes subían a bordo cargadas de zoófitos ramosos de la familia de los Isis. Despedían resplandores de admirable efecto; rayos verdosos se encendían para apagarse al punto y volver a encenderse acto continuo corriendo sobre los tallos de estos corales y sucediéndose con tal rapidez e intensidad que podíamos leer a la claridad de esta lámpara singular.

Admítase generalmente que el color es inseparable de la luz, y que los seres que no ven nunca el sol son de tintes sombríos o pálidos, y confusos. No sucede así siempre, porque en las partes más oscuras del Océano habitan animales cuyos matices brillan con un vivo fulgor; el rojo, el rosa, el púrpura, el violeta y el azul, están extendidos profusamente. La mayor parte de los langostinos que hormiguean en el fondo de las aguas tienen un rico color de carmín. Holoturias enormes, parecen amatistas; una gran estrella de mar excede en belleza a las que llegan a nuestras costas; la elegancia de sus formas, sus vivos reflejos anaranjados hacen de ella una verdadera maravilla. Descubierta en los mares del Norte por un naturalista que es también un poeta distinguido, recibió de él el nombre de *Brisinga*. Este nombre es—en las leyendas escandinavas,—el de una joya de la diosa Freya y es, en efecto, una encantadora alhaja esta estrella del fondo del Océano.»

Queda una dificultad: saber cómo se alimentan los animales que a tal profundidad habitan. Más allá de los 250 metros cesa toda vida vegetal. Hay, pues, que admitir que el alimento «preparado en la superficie bajo la influencia de los rayos solares cae poco a poco, como una especie de maná en los desiertos sub-marinos donde no puede crecer planta alguna,» lo que no es, sin embargo, más que una hipótesis bastante vaga. Quizá nuevas investigaciones permitan algún día su comprobación. El *Travailleur* no ha hecho aun más que dos campañas; el año próximo hará la tercera con instrumentos perfeccionados y máquinas de más potencia. Todo induce a creer que esta campaña no será menos fructuosa que lo han sido las dos primeras.

Cuando M. Milne-Edwards dió cuenta de su descubrimiento, los aplausos de sus colegas y del auditorio en masa, le atestiguan la agradable impresión que en todos había causado la lectura de su Memoria.

OSCILACIONES DE LA SENSIBILIDAD AUDITIVA.—Los estudios fisiológicos de nuestros sentidos, proporcionan en la actualidad grandes sorpresas, maravillando el número de cosas desconocidas que se descubren cada día en la función de nuestros ojos y nuestros oídos.

Un fisiólogo alemán, Mr. Urbantschitsch, ha descubierto el hecho bastante curioso de que un ruido continuo y siempre igual, sin variación de intensidad, provoca, no obstante, una sensación desigual, es decir, que lo oímos más fuerte ó más débil y a veces no lo oímos. El experimento resulta perfecto cuando se coloca a cierta distancia del oído un reloj cuyo tic-tac es débil y regular. Entonces, en vez de oír un tic-tac continuo y débil, no se le percibe más que de tiempo en tiempo; el sonido es intermitente, oyéndosele unas veces sí y otras no.

Otra manera muy curiosa de disponer el experimento es la siguiente: se hace vibrar un diapason de manera que el sonido se propague por dos tubos que vayan a los dos oídos. De esta manera se oye un sonido igual por cada oído; si los dos son desigualmente sensibles se debilita el sonido en el tubo que va al oído más sensible, introduciendo en él un poco de algodón.

Por medio del hábito y de pruebas convenientes se llega fácilmente al resultado de que los dos oídos perciban un ruido idéntico. En estas condiciones, si el diapason vibra débilmente, acontecerá que el sonido percibido por el oído izquierdo, por ejemplo, será unas veces más fuerte que el sonido percibido por el oído derecho y otras más débil. Habrá oscilaciones perpétuas de la sensibilidad auditiva. Algunas veces será percibido el sonido por los dos oídos con la misma intensidad; otras no se percibirá absolutamente nada, y otras se percibirá alternativamente por un oído ó por otro.

La duración de estas modificaciones será variable. Unas veces serán rápidas, pasando bruscamente de la percepción a la no percepción, y otras veces serán lentas, como si el sonido se perdiera gradualmente en la cabeza y pasara así de un oído a otro.

M. Urbantschitsch cree que estas oscilaciones de la sensibilidad auditiva preceden de las diferencias que se producen en la función de los nervios del oído y de las partes del cerebro que recorren las impresiones exteriores para llegar a nuestro yo, como dirían los filósofos. En efecto, el oído no es el único órgano de los sentidos que nos ofrece este fenómeno. M. Urbantschitsch ha comprobado que se producen las mismas variaciones por medio de la vista. Si se colocan dos puntos luminosos, tan débilmente visibles como sea posible, a cierta distancia de los ojos y se los mira atentamente, se verán unas veces dos puntos distintos, otras veces uno solo; y de vez en cuando no se verá nada por muchos esfuerzos que se hagan.

Se puede deducir, por tanto, de estas investigaciones una conclusión general: la actividad de nuestros nervios sensitivos y de nuestro cerebro, cuando son débilmente excitados, permanece sometida a una oscilación perpétua, que unas veces les deja funcionar en provecho de nuestra conciencia y otras desvía las impresiones recibidas del exterior. Sin embargo, sería posible invocar otra explicación, pero absteniéndonos de suscitarnos estos graves problemas, nos limitaremos por el momento a los hechos nuevos y curiosos revelados por el hábil físico cuyos trabajos apuntamos.

LAS ILUSIONES DE LA INTELIGENCIA Y LOS SENTIDOS.—¿A qué grupo pertenece la obra que con este título acaba de publicar M. James Sully? ¿Es una obra de ciencia? ¿Es una obra de filosofía? Difícil, en efecto, sería decirlo, pero no hay necesidad de ello. La ciencia y la filosofía son hermanas, están unidas de tal modo, que no se pueden separar, y del mismo modo que no hay filosofía verdadera que no esté en posesión de cuanto ha amasado y descubierto la ciencia, así también no hay ciencia verdadera que no reconozca los hechos en ideas, que no traduzca los fenómenos en leyes generales.

Para hallar un ejemplo de esta afirmación nuestra, sería preciso buscarlo en la obra científica de Helmholtz. En sus trabajos sobre óptica, que bajo el punto de vista científico tienen un valor de primer orden, M. Helmholtz, ha tocado siempre a las relaciones de la impresión y la sensación, ó si se quiere, de los sentidos y la inteligencia; ha demostrado de la manera más convincente que el ojo humano no es un instrumento perfecto, como equivocadamente asegura la filosofía de las causas finales, sino que, por el contrario, tiene una porción de defectos; que bajo muchos conceptos es inferior a los instrumentos ópticos que hemos inventado; pero en cambio ha hecho ver cómo las impresiones visuales, engañosas si se quiere, sirven, no obstante, para descubrir lo verdadero, porque son incessantemente comprobadas por las impresiones de los otros sentidos, y, sobre todo, porque las múltiples impresiones visuales, táctiles, acústicas, sirven de elementos de información a una inteligencia aguda, afina, capaz de discernir los tintes más delicados de interpretar los fenómenos más complejos.

El cerebro humano es un receptor, y al mismo tiempo, un corrector de impresiones. M. James Sully estudia las ilusiones de todo género, y, ante todo, se pregunta qué es ilusión y qué debe entenderse por esta palabra, cuyo sentido está limitado en los libros científicos a las percepciones falsas é ilusorias; pero que, en su empleo ordinario, tiene una acepción más general, pues se aplica a todo error que simula el conocimiento inmediato.

«Hay ilusión siempre que se cree una cosa por sí misma y no como conclusión de otra, y puede demostrarse la falsedad de esta creencia. Este tér-

mino parece así aplicarse a todas las variedades de error que no son reconocidas como errores de razonamiento. Si dividimos sumariamente nuestros conocimientos en dos categorías, conocimientos primarios ó intuitivos y conocimientos secundarios ó de razonamiento, vemos que la ilusión es un conocimiento falso de la primera categoría, y el error de razonamiento un conocimiento falso de la segunda.»

Según esto, pueden clasificarse las ilusiones por la variedad de conocimientos que simulan; así, pueden distinguirse las ilusiones de la percepción, que es una presentación directa de los objetos, y las de la memoria, que no es más que una representación posterior a la percepción. Una ilusión debe distinguirse de una alucinación en el sentido de que aquella siempre tiene un hecho real por punto de partida, mientras ésta nunca tiene una base de ese género.

«Así, hay ilusión cuando un hombre, presa de terror, toma por un fantasma el tronco de un árbol herido por los rayos de la luna. Hay alucinación cuando una persona de mucha imaginación se representa el rostro de un amigo ausente, de tal modo, que durante un momento cree ver realmente a ese amigo. La ilusión es, pues, un cambio parcial de un hecho exterior por un engaño de la imaginación, y la alucinación es el cambio total.»

Es claro que el límite entre la ilusión y la alucinación no es muy preciso, y que de la una pasa a la otra casi insensiblemente. «En la gran mayoría de los casos de alucinación es imposible probar que no haya la menor partícula de acción exterior que contribuya a producir el efecto. Puede presumirse que gran número de alucinaciones, si no todas, tienen por base algún hecho... Aun cuando se probase claramente que hay alucinaciones, en el sentido riguroso de la palabra, es decir, falsas percepciones debidas enteramente a causas internas, hay que declarar que la ilusión pasa al estado de alucinación por grados imposibles de marcar para la ciencia.»

Según las observaciones que cada cual puede hacer, la alucinación es siempre ocasionada por una ilusión, y aun a veces, por una percepción verdadera. Así un individuo ha sido víctima de un robo cometido en ciertas circunstancias; que una soía de ellas se reproduzca, aunque sea la más trivial, y de repente la ilusión restablece a sus ojos toda la escena del robo primitivo, le hace asistir a ella, ser actor y representar una comedia de que es juguete él mismo.

Así es que un actor que se haya vuelto loco verá de pronto un traje que le recuerde uno de sus antiguos papeles, representará enseguida este papel con perfecta tranquilidad. Estos fenómenos dependen de las asociaciones de nuestras ideas, las cuales obran en la inteligencia como rodajes muy complicados que se mueven unos a otros.

Volvamos a las percepciones y a las ilusiones que producen; la percepción no es cosa muy sencilla, como justamente lo hace notar M. James Sully. «Cuando se mira un arroyo y se ve su deliciosa frescura, no es difícil demostrar que, en realidad, se practica un acto de síntesis mental ó de construcción imaginativa. A la impresión del sentido que actualmente nos dá nuestro ojo, añadimos nosotros una cosa que la experiencia del pasado ha dejado en nuestra inteligencia.»

Cuando una sensación escapa a la atención no hay percepción verdadera; no hay fenómeno de conciencia, y quizá es permitido decir que toda percepción es causada por una sensación consciente. Recibimos una infinidad de sensaciones que no fijan nuestra atención; son como imágenes que nacen y desaparecen en un espejo cuando el objeto se mueve; las percepciones son como imágenes que se han fijado en una plancha fotográfica.

Cuando la atención se fija en una sensación, esta se hace más viva, más distinta, más fácil de clasificar: la sensación se cambia en percepción por una interpretación, una comparación más ó menos consciente con sensaciones pasadas y renovadas a menudo que forman lo que se puede llamar nuestra experiencia; ponemos constantemente en obra los materiales dados por los sentidos, y cuanto más familiar nos es esta comparación, más hábiles somos para hacerla. Toda percepción implica un trabajo mental muy complicado; así, el acto de reconocer a un amigo, por sencillo que a primera vista pueda parecer, exige en realidad una clasificación rápida de todos los rasgos característicos salientes que son los signos visibles de esta persona en particular.

Ya se sabe que no hay impresión sin un hecho físico, sin una excitación y un movimiento nervioso transmitidos al centro; pero ¿se sabe cuál es, en el sistema nervioso, el fenómeno final que acompaña la percepción, esa especie de síntesis de la sensación? No, no se sabe; no se sabe siquiera cómo obra la impresión sobre los centros nerviosos ni como opera cada sentido su trabajo, y puede colaborar, digámoslo así, con los otros, para dar una síntesis final del objeto. La percepción es un mecanismo infinitamente delicado, y se comprende bien que este mecanismo pueda desarreglarse fácilmente; pero, sin que se desarregle, puede definirse la ilusión de la percepción: formación de una casi percepción que es particular a un individuo ó que es contradecida por otra percepción más exacta: es una desviación de la experiencia, personal ó colectiva.

Las sensaciones que se producen rara vez y

que no nos son familiares, turban la percepción y crean una verdadera ilusión. Así, cuando se cae una muela parece que queda en la boca un vacío inmenso; cuando el dentista opera sobre un diente, todo lo que hace toma una importancia absurda para el que está entre sus manos. Podrían citarse una porción de ejemplos de la excesiva gravedad que adquieren las sensaciones inusitadas. Pero las principales ilusiones no vienen directamente de la sensación, sino de una falsa interpretación de ella.

Esta especie de ilusiones puede dividirse en dos clases, según dependan de los mismos sentidos ó de una operación mental; en el primer caso, la inteligencia es pasiva, activa en el segundo. Aquel se presenta cuando creemos oír dos voces porque el eco devuelve nuestro propio grito; éste, cuando excitada nuestra imaginación con historias de aparecidos, vemos á nuestro lado espectros de objetos familiares. En una palabra, las ilusiones son pasivas ó activas.

M. James Sully estudia primero las pasivas; hay algunas que ocupan los mismos límites de la sensibilidad; es esta una cuestión muy delicada é interesante; así, cuando se apoyan sobre el cuerpo las dos puntas de un compás, ligeramente separadas una de otra, hay partes del cuerpo en que se experimenta la sensación de los dos puntos de contacto, y otras que, operándose una fusión entre las sensaciones, solo sienten un contacto. Esto proviene de la desigual distribución que tienen en la superficie del cuerpo los aparatos nerviosos que son órganos del tacto. Sabemos que los contactos son dos, pero solo sentimos uno en algunas partes del cuerpo. Esto explica nuestra percepción de un mundo continuo que no es más que una ilusión probablemente.

El universo, compuesto de átomos separados por breves espacios, aparece á nuestra sensibilidad lleno y continuo. Citemos otra ilusión de la percepción: las superficies muy frías y muy unidas, como las superficies metálicas, el acero de un palín, el cañón de una carabina, parecen á veces húmedas, aun cuando no lo estén. Helmholtz explica este hecho diciendo que el sentimiento á que damos el nombre de humedad es una sensación compuesta, que consiste en una sensación de temperatura y una sensación de tacto, propiamente dicho; estas sensaciones, que se presentan juntas á menudo, se confunden en una sola.

La visión sencilla es el caso más interesante de la fusión de dos sensaciones simultáneas: estas dos sensaciones, son, sin embargo, diferentes, se aplican á partes desemejantes del objeto; hay, pues, aquí una verdadera ilusión, y es una ilusión perpetua. En varios casos la fusión no se opera; por ejemplo, si miro un objeto lejano, teniendo un lápiz cerca de los ojos. Si hay ilusiones que tocan los límites de la sensibilidad, hay otras que dependen de las variaciones de esta sensibilidad, que pueden ser momentáneas ó permanentes, en determinados estados patológicos.

La sensibilidad se altera por efecto de un trabajo excesivo, de falta de alimento, de absorción de ciertos venenos; se exalta ó se deprime. Algunos desórdenes patológicos arrastran una perversión completa de la sensibilidad; esto es lo que se llama parästhesia; así, para ciertos individuos, todos los alimentos tienen un sabor metálico.

Tomada á grandes dosis la santonina, hace que aparezcan amarillos todos los objetos incoloros. Cuando la retina se sobrecarga, sustituye á todo color un color más elevado del espectro: el violeta, por ejemplo, se convierte en rojo.

Si en vez de buscar en los órganos mismos la causa de las ilusiones miramos lo que nos rodea, vemos que ciertas ilusiones pueden ser engendradas por el medio mismo, en cuyo caso se establece una falsa relación entre el estimulante y el órgano de los sentidos. Basta mirar con un ojo cerrado para cambiar la sensación visual si con el dedo se empuja para fuera el ojo que ha quedado abierto; porque el resultado de este movimiento es trasportar la imágen á nuevos elementos nerviosos, y de aquí resulta un sentimiento ilusorio de las direcciones.

También se trastorna fácilmente las sensaciones del oído con un pabellón artificial, encorvando, por ejemplo, las dos manos y colocándolas en esta forma delante de las orejas. La percepción de la unidad de un objeto se falsea solo con cruzar los dos dedos apoyados en él. En este orden de ilusiones que, por decirlo así, vienen de fuera, hay que incluir todas aquellas que nacen de la refracción de la luz y de la reflexión de la luz y el sonido, las que nacen del movimiento relativo de los objetos, de los colores relativos.

El arte utiliza en su provecho este género de ilusiones para hacer nacer ilusiones constantes; la pintura produce la ilusión del relieve y de la distancia en una superficie plana; hace lunas, soles imposibles, pero con los cuales se contenta perfectamente nuestra sensibilidad; crea un mundo puramente imaginario, y lo hace aparecer á nuestros ojos como verdadero. Hay errores en la representación del arreglo local, por ejemplo, las que dependen del contraste simultáneo de los colores, de los errores en la interpretación de la forma; estas últimas son muy singulares.

Si se hace caer oblicuamente la luz sobre el molde de una medalla, de modo que produzca sombras fuertemente acentuadas—dice Helmholtz—y se la mira de una sola ojeada, parecerá que aquel es el modelo original en relieve. El ojo tiene

cierta tendencia á solidificar, á dar relieve á las impresiones dadas por un dibujo plano.

Después de las ilusiones pasivas de la percepción, vienen las activas; hay aquí percepción voluntaria; elección arbitraria de una interpretación de la sensación, en el caso de un movimiento ó de un dibujo ó de una forma vaga. Existe también la prepercepción involuntaria que marca el paso de un estado de expectación á la alucinación. Hay en esto matices delicados que analiza con mucha claridad Mr. James Sully.

Este asunto le lleva como de la mano á los sueños que no son otra cosa que ilusiones continuas. Esta parte del libro está tratada con un cuidado minucioso; la conclusión general del estudio es que el sueño es una forma inferior de la vida intelectual. El sueño no ha sido estudiado hasta ahora sino por Mr. Maury, el cual ha llevado á cabo experimentos que se han hecho célebres y han puesto fuera de duda que las impresiones sentidas por nuestros órganos durante el sueño, tienen, la mayor parte de las veces, influencia sobre la dirección que toman esos mismos sueños. Ha visto, que cubriendo el rostro ó molestando por poco que sea á una persona que duerme, pueden provocarse en ella esos sueños penosos que reciben el nombre de pesadillas; que ciertos olores, aproximados á las narices de las personas que duermen, provocan también sueños en que los perfumes juegan un papel principal. Podríamos añadir el ejemplo de un amigo nuestro que durmiendo por primera vez en una hamaca y con la cabeza apoyada en una almohada mal dispuesta se despertó al día siguiente sufriendo aun con la impresión de un sueño en que había sido ahorcado. Es difícil no admitir que la incomodidad del cuello durante el sueño ejerció gran influencia en la marcha que sus ideas habían tomado.

Es evidente que en el sueño el espíritu es quien únicamente trabaja y nos da la ilusión. Es cierto que los objetos que vemos en sueños no hieren nuestra retina; pero esta es la prueba más concluyente de que el asiento de la sensación no está en el órgano, sino en nuestra conciencia.

P. RUIZ ALBISTUR.

EL PRESIDENTE DEL PARAGUAY.

No hace mucho que uno de los ilustres escritores que de vez en cuando honran estas columnas con sus brillantes artículos, consagraba uno á la República del Paraguay, al pueblo mártir que, después de los dolores de su última y espantosa guerra—la más sangrienta que haya presenciado la América española—empieza á levantarse, bajo los auspicios de un Gobierno que habiendo fundado allí la libertad, se inspira en ella para ir reparando los males de los días amargos de la tremenda prueba.

La tarea no era tan fácil. El Paraguay había quedado materialmente aniquilado; más de doscientos mil de sus hijos fueron sacrificados á la ambición de su brutal tirano, y su comercio naciente ahogado en aquel mar de sangre, verdaderamente generosa.

Muerta la libertad, muertas las instituciones, muertos los hábitos de trabajo, arruinado el capital, quebrantado el principio de autoridad, todo, en fin, flotando en un inmenso caos, era preciso que hombres de condiciones especiales, no solo capaces, sino patriotas, se pusiesen al frente de la nueva situación para acometer la gigantesca empresa de crear, ante todo, un Gobierno que inspirase confianza y ofreciese garantías.

Con tal propósito, varias fueron las tentativas que se hicieron, fundándose Gobiernos cuyos miembros no llegaban á reunir las condiciones necesarias.

Al fin de tanto ensayo infructuoso, sucedió lo que era natural: que surgió uno que las tenía.

Este fué el Gobierno provisional del general Caballero.

Para dar cuenta de sus nobles tareas, de todo cuanto ha venido haciendo durante los dos años que ha estado al frente de los negocios públicos, estableciendo el principio de autoridad, creando los tribunales de justicia, restableciendo el imperio de la Constitución, marchando de acuerdo con el Poder legislativo, protegiendo la educación, organizando la Hacienda pública, introduciendo la moralidad en la Administración; para hablar de todo esto, decimos, sería preciso un trabajo prolijo, que ocuparía muchas páginas de este periódico.

No siendo posible hacerlo ahora, nos concretaremos al objeto principal de este artículo: dar á conocer el nombramiento del Presidente del Paraguay.

Las noticias que recibimos nos hacen saber que el nombramiento constitucional ha recaído en la misma persona del ilustre general Caballero, que lo desempeñaba provisionalmente.

Conociendo la conducta de este señor en el poder, los bienes inmensos y positivos que su patria le debe, y los días de verdadera resurrección que para ella ha hecho brillar, nada sorprendente parecerá á nuestros lectores que les digamos que la elección del general Caballero ha sido eminentemente popular, y verificada en nombre de la más amplia y completa libertad.

Al conocerla, el país la ha saludado con satis-

facción y entusiasmo, comprendiendo *todo lo que debe esperar de quien tanto le ha dado y le da.*

Caballero es un militar digno y pundonoroso, de clara inteligencia, honrado, sanas intenciones, patriota sincero, y de cuyo tacto y tino dan testimonio la elección hecha en la persona del doctor Juan Segundo Decoud para ser ministro de Relaciones Exteriores.

Este nombramiento, completa, por decirlo así, el del general Caballero, que habiendo tenido á su lado al señor Decoud durante la época del *Provisional Gobierno*, pudiendo apreciar cuánto vale, le ha llamado ahora á que siga compartiendo con él las tareas del Gobierno constitucional, prueba evidente del tacto y buen sentido del presidente paraguayo, que en esta emergencia parece que se ha inspirado en la conducta del rey Guillermo, llamando á Bismark para confiarle los destinos de Alemania.

Ni Caballero es Guillermo, ni Decoud es Bismark; pero han existido muchos presidentes en América que si hubiesen tenido el tino del general Caballero para nombrar los ministros, habrían hecho feliz á los pueblos, en vez de lanzarlos á constantes y sangrientas luchas intestinas.

Bajo este punto de vista, pues, la elección del Presidente del Paraguay no ha podido menos de ser aplaudida, no sólo en el país, sino en las Repúblicas vecinas del Plata y en el mismo imperio del Brasil, que tienen interés en que la noble mártir de tanto déspota, se levante, se regenere, cicatrice sus heridas, y se ponga en condiciones de tomar asiento en el banquete de los pueblos que adelantan en nombre del progreso, del trabajo y de la libertad.

Esto sucederá, hallándose en el Gobierno hombres como Decoud, á quien los lectores de LA AMÉRICA conocen ya como á uno de los más brillantes representantes de la nueva generación, que en los pueblos emancipados de la bella América trabajan por que ellos realicen el ideal de todas sus esperanzas.

No conocemos todavía el nombre de los demás ministros que haya llamado el general Caballero para organizar su Gabinete; pero lo acertado de la elección del Sr. Decoud, nos garantiza el acierto de la de sus compañeros, inspirándonos á nosotros también lo que pasa en el Paraguay el natural interés deben inspirarnos estos grandes movimientos de opinión que se van operando en América, sin sacudimientos sangrientos ni luchas fratricidas.

Por eso siempre acompañamos con verdadera simpatía la resurrección del Paraguay y damos á la elección del general Caballero toda la importancia de un hecho llamado á producir allí grandes y benéficos resultados.

Para un país que después de su espantosa guerra se hallaba entregado á la más completa anarquía, el primero de esos resultados ha sido fortalecer la confianza que se tenía ya en su Gobierno; confianza que ha dado vida al comercio, que ha llamado los capitales, que ha desarrollado la industria, establecido Bancos, é iniciado varias empresas que tienen por base los progresos y adelantos morales y materiales del Paraguay.

Soldado incansable de ellos serí el Gobierno del general Caballero, á quien cordialmente felicitamos por el honor que acaba de recibir de sus compatriotas.

H. PALACIO.

OSCAR WILDE.

Vivimos, los que hablamos lengua castellana, llenos todos de Horacio y de Virgilio, y parece que las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje. ¿Por qué nos han ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Ni la huella que en Núñez de Arce ha dejado Byron, ni la que los poetas alemanes imprimieron en Campoamor y Becquer, ni una que otra traducción pálida, ni alguna obra alemana ó inglesa, bastan á darnos idea de la literatura de los eslavos, germanos y sajones, cuyos poemas tienen á la vez del cisne nívico, de los castillos derruidos, de las robustas mozas que se asoman á su balcon lleno de flores, y de la luz plácida y mística de las auroras boreales. Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de alguna de ellas; así como no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente á un sistema filosófico, sino nutrirse de todos, y ver como en todos palpita un mismo espíritu, sujeto á semejantes accidentes, cualesquiera que sean las formas de que la imaginación humana, vehementemente y menguada, según los climas haya revestido esa fe en lo inmenso, y esa ansia de salir de sí, y esa noble inconformidad con ser lo que se es, que genera todas las escuelas filosóficas.

He ahí á Oscar Wilde; es un joven sajón que hace excelentes versos. Es un cismático en la iglesia del arte hermoso universal. Es un elegante apóstol, lleno de fe en su propaganda, y de desdén por los que se le censuran, que recorre en estos instantes los Estados Unidos diciendo, en blandas y discretas voces, cómo le parecen abominables los pueblos que, por el culto de su bienestar material, olvidan el bienestar del alma, que aligera tanto los hombros humanos de las pesadumbres

de la vida, y predispone gratamente al esfuerzo y al trabajo. Embellecer la vida es darle objeto.

Salir de sí es indomitable anhelo humano, y hace bien á los hombres quien procura hermosear su existencia, de modo que vengan á vivir contentos con estar en sí. Es como mellar el pico del buitre que devora á Prometeo. Tales cosas dice, aunque no acierte tal vez á darlas esa precisión, ni á ver todo su alcance, el rebelde hombre joven que quiere sacudirse, de sus vestidos de hombre culto, la hulla oleosa y el polvillo de carbon que ennegrecen el cielo de las ciudades inglesas, sobre las que el sol brilla entre tupidas brumas como opaco globo carmesí, que lucha en vano por enviar su calor vivificante á los miembros toscos y al cerebro aterido de los ásperos nortehños. De modo que el poeta, que en aquellas tierras nace, aumenta su fé exquisita en las cosas del espíritu que ama tiernamente, de ver al espíritu tan desconocido y desamado. No hay, para odiar la tiranía, como vivir bajo ella; ni para exacerbar el fuego poético, como morar entre los que carecen de él. Sólo que, falto de almas en quienes verter la suya desbordante, muere ahogado el poeta.

¡Ved á Oscar Wilde! Es en Chickering Hall, casa de anchos salones, donde en Nueva-York acude el público á oír lecturas. En la casa de los lectores aristocráticos, que ya gozan de fama y de fortuna para llamar desahogadamente á ella. En esas salas se combate y defiende el dogma cristiano; se está á lo viejo, y se predica lo nuevo. Explican los viajeros sus viajes, acompañados de vistas panorámicas y dibujos de una gran pizarra. Estudia un crítico á un poeta. Diserta una dama sobre la conveniencia ó inconveniencia de éstos ó aquellos trajes. Desenvuelve un filólogo las leyes de la filología. En una de esas salas va á leer Wilde su discurso sobre el gran renacimiento del arte en Inglaterra, del que le llaman maestro y guía, cuando no es más que bravo adepto y discípulo activo y ferviente. El propaga su fé. Otros hubo que murieron de ella. Ya llegaremos á esto. La sala está llena deuntuosas damas y de selectos caballeros. Los poetas magnos faltan, como ten erosos de ser tenidos por cómplices del innovador.

Los hombres aman en secreto las verdades peligrosas, y sólo iguala su miedo á defenderlas, antes de verlas aceptadas, á la tenacidad y brío con que las apoyan luego que ya no se corre riesgo en su defensa. Oscar Wilde pertenece á excelente familia irlandesa, y ha comprado con su independencia pecuniaria el derecho á la independencia de su pensamiento. Este es uno de los males de que mueren los hombres de génio: acontece á menudo que su pobreza no les permite defender la verdad que los devora é ilumina, demasiado nueva y rebelde para que puedan vivir de ella. Y no viven sino en cuanto consienten en ahogar la verdad reveladora de que son mensajeros, de cuya pena mueren. Los carruajes se agolpan á las puertas anchas de la solemne casa de las lecturas. Tal dama lleva un lirio, es símbolo de los reformistas.

Todas han hecho gala de elegancia y riqueza en el vestir. Como los estetas, que son en Inglaterra los renovadores del arte, quieren que sean siempre armónicos los colores que se junten en la ornamentación ó en los vestidos; el escenario es simple y nítido.

Una silla vacía, de alto espaldar y gruesos brazos, como nuestras sillas de coro, espera al poeta. De madera oscura es la silla, y de marroquí oscuro su respaldo y su asiento. De castaño más suave es el lienzo que ocupa la pared del fondo. Junto á la silla, una mesa elegante sostiene una artística jarra, en que brilla, como luz presa, el agua pura. ¡Ved á Oscar Wilde! No viste como todos vestimos, sino de singular manera. Ya anuncia su traje el defecto de su propaganda, que no es tanto crear lo nuevo, de lo que no se siente capaz, como resucitar lo antiguo. El cabello le cuelga, cual el de los caballeros de Elizabeth de Inglaterra, sobre el cuello y los hombros; el abundoso cabello, partido por esmerada raya hacia la mitad de la frente.

Lleva frac negro, chaleco de seda blanco, calzon corto y holgado, medias largas de seda negra, y zapatos de hebilla. El cuello de su camisa es bajo como el de Byron, sujeto por caudalosa corbata de seda blanca, anudada con abandono. En la resplandeciente pechera luce un boton de brillantes, y del chaleco le cuelga una artística leopoldina. Que es preciso vestir bellamente, y él se da como ejemplo. Sólo que el arte exige en todas sus obras unidad de tiempo, y hierre los ojos ver á un galán gastar chupilla de esa época y pantalones de la pasada, y cabello á lo Cromwell, y leontinas á lo petimetre de comienzos de este siglo. Brilla en el rostro del poeta joven honrada nobleza. Es mesurado en el alarde de su extravagancia. Tiene respeto á la alteza de sus miras, é impone con ellas el respeto á sí. Sonríe, como quien está seguro de sí mismo. El auditorio, que es granado, cuchichea anhelante. ¿Qué dice el poeta?

Dice que nadie ha de intentar definir la belleza luego de que Goethe la ha definido: que el gran Renacimiento inglés en este siglo une al amor de la hermosura griega la pasión por el Renacimiento italiano, y el anhelo de aprovechar toda la belleza que ponga en sus obras el espíritu moderno: dice que la escuela nueva ha brotado, como la armoniosa Euphonía del amor de Fausto y Elena de Troya, del maridaje del espíritu de Grecia, donde todo fué bello, y el individualismo ardiente, inquisidor y rebelde de los modernos románticos. Homero procedió á Phidias; Dante cedió á la renova-

ción maravillosa de las artes en Italia; los poetas siempre preceden. Los pre-rafaelitas, que fueron pintores que amaron la belleza real, natural y desnuda, procedieron á los estetas, que aman la belleza de todos los tiempos, artística y culta. Y Keats, el poeta exuberante y plástico, precedió á los pre-rafaelitas.

Querian estos sectarios de los modos de pintar usados por los predecesores del melodioso Rafael, que hiciesen á un lado los pintores cuando salían de arte, y venían enseñando los maestros, y con la paleta llena de colores, se diesen á copiar los objetos directamente de la naturaleza. Fueron sinceros hasta ser brutales. Del odio á la convención de los demás, cayeron en la convención propia. De su desdén de las reglas excesivas, cayeron en el desdén de toda regla. Mejorar no puede ser volver hacia atrás; pero los pre-rafaelitas, ya que fueron incapaces de fundar, volcaron al menos ídolos empolvados. Tras de ellos, y en gran parte merced á ellos, empezaron á tenerse por buenas en Inglaterra la libertad y la verdad en el arte. «No preguntéis á los ingleses,—decía Oscar Wilde,—quiénes fueron aquellos beneméritos pre-rafaelitas: no saber nada de sus grandes hombres, es uno de los requisitos de la educación inglesa. Allá en 1847 se reunían los admiradores de nuestro Keats para verle sacudir de su lecho de piedra la poesía y la pintura.

Pero hacer esto, era perder en Inglaterra todos sus derechos de ciudadanos. Tenían lo que los ingleses no perdonan jamás que se tenga: juventud, poder y entusiasmo. Los satirizaron, porque la sátira es el homenaje que la medianía celosa paga siempre al génio; lo que debía tener muy contentos de sí á los reformadores, porque estar en desacuerdo con las tres cuartas partes de los ingleses en todos los puntos, es una de las más legítimas causas de propia satisfacción, y debe ser una ancha fuente de consuelo en los momentos de desfallecimiento espiritual.»

Oíd ahora á Wilde hablar de otro armoniosísimo poeta,—William Morris,—que escribió el «Paraíso Terrenal», y hacia gala de su belleza suma y condicion sonora de sus versos, vibrantes y transparentes como porcelana japonesa.

Oíd á Wilde decir que Morris creyó que copiar de muy cerca á la naturaleza, es privarla de lo que tiene de más bello, que es el vapor, que, á modo de halo luminoso, se desprende de sus obras. Oídle decir que á Morris deben las letras de Inglaterra aquel modo preciso de dibujar las imágenes de la fantasía en la mente y en el verso, á tal punto, que no conoce poeta alguno inglés que haya excedido, en la frase nítida y en la imagen pura, á Morris. Oídle recomendar la práctica de Teófilo Gautier, que creía que no había libro más digno de ser leído por un poeta que el diccionario. «Aquellos reformadores, decía Wilde, venían cantando cuanto hallaban de hermoso, ya en su tiempo, ya en cualquiera de los tiempos de la tierra.» Querían decirlo todo, pero decirlo bellamente.

La hermosura era el único freno de la Libertad. Les guiaba el profundo amor de lo perfecto. No ahogaban la inspiración, sino le ponían ropaje bello. No querían que fuese desordenada por las calles, ni vestida de mal gusto, sino bien vestida. Y decía Wilde: «No queremos cortar las alas á los poetas, sino que nos hemos habituado á contar sus innumerables pulsaciones, á calcular su fuerza ilimitada, á gobernar su libertad ingobernable.» Cántelo todo el bardo, si cuanto canta es digno de sus versos. Todo está presente ante el bardo. Vive de espíritus, que no perecen. No hay para él forma perdida, ni asunto caducado. «Pero el poeta debe, con la calma de quien se siente en posesión del secreto de la belleza, aceptar lo que en los tiempos halle de irreprochablemente hermoso, y rechazar lo que no ajuste á su cabal idea de la hermosura.» Swinburne, que es también gran poeta inglés, cuya imaginación inunda de riquezas sin cuento sus rimas musicales, dice que el arte es la vida misma, y que el arte no sabe nada de la muerte. No desdeñemos lo antiguo, porque acontece que lo antiguo refleja de modo perfecto lo presente, puesto que la vida, varía en formas, es perpetua en su esencia, y en lo pasado se la ve sin esa «bruma de familiaridad» ó de preocupación que la nubla para los que vamos existiendo en ella.

Mas no basta la elección de un adecuado asunto para conmover las almas; no es el asunto pintado en un lienzo lo que encadena á él las miradas, sino el vapor de alma que surge del hábil empleo de los colores: así el poeta, para hacer su obra noble y durable, ha de adquirir ese arte de la mano, meramente técnico, que da á sus cantos ese perfume espiritual que embriaga á los hombres. ¿Qué importa que murmuren los críticos? El que puede ser artista no se limita á ser crítico, y los artistas, que el tiempo confirma, sólo son comprendidos en todo su valer por los artistas. «Nuestro Keats decía que sólo veneraba á Dios, á la memoria de los grandes hombres y á la belleza.» A eso venimos los estetas, á mostrar á los hombres la utilidad de amar la belleza, á excitar al estudio de los que la han cultivado, á avivar el gusto por lo perfecto, y el aborrecimiento de toda fealdad, á poner de nuevo en boga la admiración, el conocimiento y la práctica de todo lo que los hombres han admirado como hermoso. Mas, ¿de qué vale que así nos coronar la reforma dramática que intentó nuestro poeta Shelley, enfermo de amar el cielo en una tierra donde no se le ama? ¿De qué vale que persi-

gamos con ahinco la mejora de nuestra poesía convencional y de nuestras artes pálidas, el embellecimiento de nuestras casas, la gracia y propiedad de nuestros vestidos? No puede haber gran arte sin una hermosa vida nacional, y el espíritu comercial de Inglaterra la ha matado. No puede haber gran drama sin una noble vida nacional, y esa también ha sido muerta por el espíritu comercial de los ingleses.—Aplausos calurosos animaron en este enérgico pasaje al generoso lector, objeto visible de la curiosidad afectuosa de su auditorio.

Y decía luego Oscar Wilde á los norte-americanos: «Vosotros tal vez, hijos de pueblo nuevo, podéis lograr aquí lo que á nosotros nos cuesta tanta labor lograr allá en Bretaña. Vuestra carencia de viejas instituciones sea bendita, porque es una carencia de trabas; no teneis tradiciones que os aten, ni convenciones seculares é hipócritas con que os den los críticos en rostro. No os han pisoteado generaciones hambrientas. No estais obligados á imitar perpétuamente un tipo de belleza cuyos elementos ya han muerto. De vosotros puede surgir el esplendor de una nueva imaginación, y la maravilla de alguna nueva libertad. Os falta, en vuestras ciudades como en vuestra literatura, esa flexibilidad y gracia que da la sensibilidad á la belleza.

Amad todo lo bello por el placer de amarlo. Todo reposo y toda ventura vienen de eso. La devoción á la belleza y á la creación de cosas bellas, es la mejor de todas las civilizaciones: ella hace de la vida de cada hombre un sacramento, no un número en los libros de comercio. La belleza es la única cosa que el tiempo no acaba. Mueren las filosofías, extingúense los credos religiosos; pero lo que es bello vive siempre, y es joya de todos los tiempos, alimento de todos y gala eterna. ¡Las guerras vendrán á ser menores cuando los hombres amen con igual intensidad las mismas cosas, cuando los una una comun atmósfera intelectual. Soberana poderosa es aún, por la fuerza de las guerras, Inglaterra; y nuestro Renacimiento quiere crearle tal soberanía, que dure aún cuando ya sus leopardos amarillos estén cansados del fragor de los combates, y no tiña la rosa de su escudo la sangre derramada en las batallas. Y vosotros también, americanos, poniendo en el corazón de este gran pueblo este espíritu artístico que mejora y endulza, creareis para vosotros mismos tales riquezas, que os harán olvidar, por pequeñas, estas que gozais ahora por haber hecho de vuestra tierra una red de ferro-carriles, y de vuestras bahías el refugio de todas las embarcaciones que surcan los mares conocidos á los hombres!»

Esas nobles y juiciosas cosas dijo en Chickering Hall el joven bardo inglés de lengua cabellera y calzon corto. Mas ¿qué evangelio es ese, que ha alzado en torno de los evangelistas tanta grita? Esos son nuestros pensamientos comunes: con esa piedad vemos nosotros las maravillas de las artes: no la sobra, sino la penuria del espíritu comercial, hay en nosotros. ¿Qué peculiar grandeza hay en esas verdades, bellas pero vulgares y notorias, que, vestido con ese extraño traje, pasea Oscar Wilde por Inglaterra y los Estados-Unidos? ¿Será maravilla para los demás lo que ya para nosotros es código olvidado? ¿Será respetable ese atrevido mancebo, ó será ridículo?—¡Es respetable! Es cierto que, por temor de parecer presuntuoso, ó por pagarse más del placer que da la contemplación de las cosas bellas, que del poder moral y fin trascendental de la belleza, no tuvo esa lectura que extratamos aquella profunda mira y dilatado alcance que placieran á un pensador. Es cierto que tiene algo de infantil predicar reforma tan vasta, aderezado con un traje extravagante, que no añade nobleza ni esbeltez á la forma humana, ni es más que una tímida muestra de odio á los vulgares hábitos corrientes. Es cierto que yerran los estetas en buscar con peculiar amor, en la adoración de lo pasado y de lo extraordinario de otros tiempos, el secreto del bienestar espiritual en lo porvenir. Es cierto que deben los reformadores vigorosos perseguir el daño en la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico, y no en el desamor del arte, que es su resultado. Es cierto que, en nuestras tierras luminosas y fragantes, tenemos, como verdades trascendentales esas que ahora se predicán á los sajones como reformas sorprendentes y atrevidas.

Mas ¡y con qué amargura no ve ese hombre joven cómo parece aletargado en los hijos de su pueblo ese culto ferviente de lo hermoso, que consuela de las más grandes angustias, y es causa de placeres inefables! ¡Con qué dolor no ha de ver perdida para la vida permanente la tierra en que nació, que paga culto á ídolos perecederos! ¡Qué energía no há menester para sofocar la censura de dibujantes y satíricos, que viven de halagar los gustos de un público que desaman, á quien le echa en cara sus defectos! ¡Qué vigor y qué pujanza no son precisos para arrostrar la cólera temible y el desdén rencoroso de un pueblo frío, hipócrita y calculador! ¡Qué alabanza no merece, á pesar de su cabello luengo y sus calzones cortos, ese gallardo joven que intenta trocar en sol de rayos vívidos, que hiendan y doren la atmósfera, aquel opaco globo carmesí que alumbrá á los melancólicos ingleses! El amor al arte aquilata el alma y la entenece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos há, las lágrimas. Sobre el placer

de poseer lo hermoso que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles, que dan valía á la vida, distracción á la mente, y alto empleo al espíritu. Se sienta correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. Es como encadenar lo fabuloso. Es como tener de presente lo venidero. Es como beber en copa de Cellini la vida ideal.

Y ¡qué pueblo tan rudo aquel que mató á Byron! ¡Qué pueblo tan reacio, como hecho de piedra, aquel que segó los versos en los labios juveniles del abundoso Keats! El desden inglés hiela, como hiela los ríos y los lagos ingleses el aire frío de las montañas. El desden cae como saeta despedida de labios fríos y lívidos. Ama el ingenio, que complace, no el genio que devora. La luz excesiva le daña, y ama la luz tibia. Gusta de los poetas elegantes, que le hacen sonreír; no de los poetas geniosos, que le hacen meditar y padecer. Opone siempre las costumbres, como escudo ferrado, á toda voz briosa que venga á turbar el sueño de su espíritu. A ese escudo lanzan sus clavos los jóvenes estetas; con ese escudo intentan los críticos ahogar en estos labios ardientes las voces generosas. Selló ese escudo, antes que la muerte, los labios de Keats. De Keats viene ese vigoroso aliento poético que pide para el verso música y espíritu, y para el ennoblecimiento de la vida el culto del arte. De Keats vino á los bardos de Inglaterra aquel sutil y celoso amor de la forma, que ha dado vida perdurable á los sencillos pensamientos griegos. En Keats nace esa lucha dolorosa de los poetas ingleses, que lidian, como contra ejército invencible, por despertarelamor de la belleza impalpable, y de las dulces vaguedades espirituales, en pueblo que rechaza todo lo que no hiera, adule ó adormezca sus sentidos. ¿A dónde ha de ir en aquella tierra un poeta, sino al fondo de sí mismo? ¿Qué ha de hacer, sino plegarse en su alma, como violeta herida de casco de caballo? En Keats las ideas, como aguas de mar virgen, se desbordaban de las estrofas aladas y sonantes. Sus imágenes se atropellaban, como en Shakspeare: solo que Shakspeare las domaba y jugueteaba con ellas, y Keats era á veces arrebatado por sus imágenes. Aquel sol interior calcinó el cuerpo. Keats, que adoraba la belleza, fué á morir á su templo: á Roma. ¡Pueda su fervoroso discípulo,—que, con desafiarse á sus censores, dá prueba de majestuosa entereza, y con sus nobles versos invita á su alma á abandonar el mercado de las virtudes, y cultivarse en triste silencio,—avivar en su nación, preocupada y desdenosa, el amor al arte, fuente de encantos reales y de consuelos, con que reparar el espíritu acongojado de las amarguras que acarrea la vida!

JOSÉ MARTÍ,
(Cubano).

DON ALEJANDRO MON.

Ha fallecido en Oviedo este ilustre hacendista, nuestro antiguo y respetable amigo.

A pesar de la distancia de las opiniones políticas que existía entre las que profesaba este importante hombre de Estado, y las que ha profesado siempre el Director de LA AMÉRICA y su inolvidable hermano, hemos apreciado las excelentes cualidades privadas del Sr. Mon, el cual nos honraba con su especialísima amistad.

Los recuerdos asaltan en tropel á nuestra memoria, desde los primeros días de nuestra azarosa juventud, en que nuestro distinguido amigo, no impulsado por un mezquino interés de partido, si no por el móvil más generoso de afecto íntimo y cordial, quiso labrar la fortuna de nuestro porvenir, por más que el juvenil entusiasmo y las convicciones del progreso, arraigadas en nuestra alma, nos hizo rechazar sus cariñosas y reiteradas ofertas.

Ya no existe el Sr. Mon, que fué cinco veces ministro de Hacienda, desde 14 de Diciembre de 1837 hasta 14 de Enero de 1858.

Autor del sistema tributario, al descomponerse el partido moderado, cuando las tendencias reaccionarias del Sr. Brabo Murillo anunciaban un retroceso político á los antiguos tiempos del absolutismo más ó menos disfrazado, el Sr. Mon, que se había alejado del partido moderado, tomó una parte activa en los comités constitucionales de 1852 y protestó enérgicamente contra tan funesta y retrógrada política.

Y aquí debemos rendir un tributo sincero de justicia al carácter tolerante y magnánimo del ministro de Hacienda en el Gabinete presidido por el general Narvaez, en 1846.

En un proceso político célebre, el coronel, Don Mauricio Rengifo, Arilla, médico militar, y Esterliz, antiguo Oficial de la extinguida Guardia Real, fueron puestos en capilla en la cárcel del Saladero, para ser fusilados.

Mi querido hermano, Eduardo, era su compañero de infortunio, y también de otros varios presos políticos, entre ellos, los coroneles Tajuelo, Pierrad, el comandante Agrassol, Juan Castells, etc.

El que refiere estos detalles, se encontraba oculto en una casa amiga, habiendo logrado salvarse de la prision que le amenazaba, así como al entonces coronel D. Joaquín de la Gándara, al ca-

pitalista Cordero y al autor de la *Historia de Espartero*, D. José Segundo Florez.

En la noche del día que fueron puestos en capilla los mencionados presos, abandoné mi retiro y fuí á buscar al Sr. Mon á la casa donde habitaba una parienta nuestra muy querida, donde concurría con frecuencia el Sr. Mon. Eran ya las doce de la noche cuando éste vino á la citada casa. Le hice presente lo terrible de la situación, y que su influencia en el Gobierno podía salvar la vida á aquellos desgraciados. Por nuestra insistencia en su favor y la nobleza de alma del ministro, Rengifo, Arilla y Esterliz conservaron su existencia. El ministro influyó en el Consejo para dictar aquel acto de clemencia, que honra la memoria del Sr. Mon.

En 1864 ascendió á la presidencia del Ministerio, del que formaron parte los Sres. Pacheco, Mayans, Marqués, Salaverria, Ulloa y Cánovas.

Entonces se celebró el banquete del partido del progreso en los Campos Elíseos, al que concurrieron los representantes elegidos por todas las provincias; y se condujeron, otro día, los restos del eminente patrio Muñoz Torrero al cementerio, al que asistió todo el pueblo liberal de Madrid.

El Sr. Mon desempeñó la embajada de París antes y después del advenimiento al poder del general O'Donnell.

Permaneció alejado de la política en la época de la revolución de 1868.

Diputado por primera vez en las Cortes Constituyentes de 1837 por la provincia de Oviedo, lo fué también en las Cortes ordinarias de 1837 á 1838, en las de 1840, 1843, 1846, 1847, 1850, 1852, 1857, 1862, 1864 y 1876.

Presidió el Congreso en la legislatura de 1847, y después en 1862.

En la actualidad era senador vitalicio; había sido condecorado con el Toison de Oro, con el collar y gran cruz de Carlos III, y con otras condecoraciones extranjeras. Era también académico de ciencias morales y políticas.

Participamos del duelo inmenso que afije al hijo del Sr. Mon, á nuestro querido primo Alejandro, que, modelo de ternura filial, vivía en Oviedo al lado de su difunto padre.

Reciba también el homenaje de nuestro dolor la respetable señora marquesa viuda de Pidal, sus esclarecidos hijos, el marqués D. Luis y D. Alejandro Pidal, á cuya ilustre familia hace mucho tiempo que consagra el culto de su respeto y de su amistad.

El Director de «La América»
EUSEBIO ASQUERINO.

ITALIA CONTEMPORÁNEA.

A propósito de autores modernos que han pulido la forma literaria hasta ser modelos de estilo en lengua italiana, deben ser citados por honra de las letras, nombres notables que con su refinamiento de gusto pusieron á debida altura el idioma, despojándole de giros viciosos.

No bastan la viveza y elevación de ingenio á salvar prosistas y poetas, que caen en defectos de elocución por vicio de extranjería. En esta, como en toda lengua, es tan punible el arcaísmo como en otro cualquier giro introducido por incuria ó falta de buen decir que belleza literaria solo existe donde se presentan puras las más hermosas flores sobre campo de conocimientos. Y esto no se consigue sin arte; que él sólo difunde así la luz.

Escritores de nota cuya historia sucintamente haremos (por complemento á nuestros anteriores estudios) bastan al propósito intentado.

No de Alfieri, cuyas dotes reconocidas le dan puesto entre los primeros poetas, sino de él, prosista tan digno de consideración como de renombre por su energía y nobleza de estilo.

Sus libros, el *Príncipe* y las *Cartas*, valen tanto como el *Panegírico* de Plinio á Trajano, que es perfecto modelo de elocuencia.

Alfieri, como Rousseau y Goethe, han contado sus sentimientos personales, tomando el mundo por confidente de sus penas y errores, á imitación de San Agustín, que hizo de la vida tribunal de penitencia. Y este subjetivismo, como hoy se dice, no es defecto, por más que otros digan, y es rasgo esencial del carácter, siendo al mismo tiempo, según creen los impugnadores de Byron, una fatal manía de la época.

Hugo Fóscolo pertenece también á este número. Escritor notable por la energía de expresión, pureza de estilo y bellas ideas, en sus *Cartas de Jacobo Ortiz* imitó al *Werther* de Goethe, sobrepajando el modelo, al vaciar en él las tristezas de su profunda pena, con tanta viveza de imaginación como conocimiento del corazón humano.

Con Pindemonti escribió en concurrencia *Los Sepulcros*, ilustrando la bella literatura.

Hipólito Pindemonti acusa en sus obras los más puros y notables sentimientos, siendo uno de los escritores modernos que están en primera línea, por la moralidad de carácter y talento natural de poeta. Su prosa es esquisita.

Competidor de Alfieri en su teatro, y conocido en el mundo por sus producciones, es Monti el autor de *Aristodemo*, *Cayo Graco* y el *Galeotto Manfredi*.

Notable prosista también, es importante su obra sobre *Correcciones al Vocabulario de la Crusca*, en la cual se reconoce el filósofo escritor

que en sana crítica dá reglas esenciales en pró del perfeccionamiento de la lengua italiana.

Cicognara es versado en el conocimiento de las bellas artes. Su tratado de *Lo bello* compete con cuanto se ha escrito sobre la materia por la idea como por la elegancia y pureza de estilo.

Notable aún más es su *Estética de la Gracia* que no desmerece á lo que con tal objeto trató Winkelman, así como su *Historia de la Escultura y renacimiento en el siglo XIX*.

También Giordani se ocupó del asunto, tratando de pintura y escultura contemporáneas, habiendo sido colaborador de la *Biblioteca Italiana*, en Milán, con Monti y Breislack, distinguidos ingenios, que con su mérito sostuvieron el prestigio de ese periódico literario.

Amoretti en sus descripciones en su viaje á Tres Lagos, es bello en la forma literaria y profundo en fondo científico.

Cuoco tiene una imitación de Anacarsis, *El Platon en Italia*, y escribió la historia de la *Revolución en Nápoles* en que desplegó una energía de estilo grande.

Rossi, buen escritor de comedias y mejor fabulista, tiene la *Vida de Angélica Kauffman* que retrata su noble carácter y talento digno de estimación.

A Melchor Delfico, la *Historia de la República de San Marino* y un tratado de jurisprudencia romana, le dan título de publicista.

El abate Lanzi escribió la *Historia Pictórica de Italia*, en que demostró los más profundos conocimientos, rectificando cuanto dijeron críticos como Vasari, Lomazzo y Baldinucci. A la exactitud de la investigación, une la pureza de lenguaje y cultura de estilo, haciéndole acreedor al título de escritor elegante y profundo conocedor del arte.

Alberto Fortis, de Pádua, se distinguió por su talento cáustico y satírico. Naturalista consumado, describió su viaje á Dalmacia, demostrando gran cantidad de erudición. Es digno de estimación literaria.

Ranieri d'Calzabigi, poeta y escritor napolitano, probó su buen gusto y fino discernimiento en la *Disertación acerca de la poesía dramática de Metastasio*. También trató elocuentemente el teatro trágico de Italia, Francia é Inglaterra, en el cual hace la crítica moderna sobre los estudios antiguos.

La *Vida de Erostrato*, así como las *Notas Romanas* acerca del sepulcro de Escipión, se deben á Verri, compañero de Carli y Beccaria, tan erudito como elocuente y patriota escritor, que ilustró con su ingenio y noble carácter las letras lombardas.

Cesarotti fué de los escritores que mayor honra dan á la Italia. Versado en lenguas muertas y vivas; conocedor de todo género de literaturas; excelente poeta y brillante prosista, la lengua toscana le debe purismo y energía de expresión, con que la enriqueció. Pruébalo su *Ensayo sobre la filosofía de la lengua y el gusto*.

En sus traducciones supera á veces el original por lo que embellece, tal como en las obras de Demóstenes y Esquilo, y las *Vidas* de Plutarco. Su *Curso razonado de literatura griega*, unió á su nombre gloria literaria.

Baretti es conocido especialmente en Inglaterra, por haber corregido y ampliado el Diccionario inglés-italiano de Altieri.

Sus críticas severas en literatura italiana le dieron fama. Sus viajes por Londres, Portugal y España, le sugirieron la idea de sus *Cartas*. Su estilo es enérgico y ameno; la pureza campea en su lenguaje, y la imparcialidad más severa en todo lo que observó y cuenta, le hacen acreedor á ser imitado por los viajeros que escriben sus impresiones.

Italia puede vanagloriarse de contar ilustres escritoras de talento.

Isabel Teotochí de Albrizzi, se distinguió desde su juventud por su aplicación al estudio y cultura de espíritu, por lo cual alcanzó suma de conocimientos.

Son apreciables sus obras, entre ellas notable la *Descripción de la escultura y plástica de Canova* que demuestra conocimiento del arte y luce por su estilo.

Sus retratos á la pluma están escritos con talento y correcto gusto.

De ella es la *Vida de Vittoria Colonna*, ilustre poetisa del siglo XVII.

El movimiento literario en Italia en la época contemporánea deja presentir una nueva evolución en el progreso de las letras y las artes según se van consolidando sus reformas en el orden político y social.

El país del gusto, donde parece estar encarnado el sentimiento del arte, va levantándose de su prostración, y puede con el esplendor de su gloria mostrar como castigo á sus opresores el verso que Dante escribió el siglo XIII presintiendo la gloria futura de la patria.

Turba di morti, che non fur mai vivi!...

CAMOENS.

Una obra dando nombre á un talento que ha hecho célebre á un país: hé ahí un pueblo, un poeta y una epopeya: Portugal, Camoens y la *Lusiada*.

La literatura portuguesa, aunque no contar otras obras, podría envanecerse con la reputación universal de Camoens.

Hijo de ilustre familia, el joven estudiante de Coimbra (nacido en Lisboa en 1517) dió muestras de su talento poético, componiendo á temprana edad lindas poesías á imitación de Dante y Petrarca. Pero como la prevención de escuela contra la poesía nacional en la Edad Media era tan marcada, sus maestros, que no estimaban sino la antigua literatura, no le alentaron estimulando sus esfuerzos. Y el genio durmió para despertar más tarde cantando las hazañas y glorias de su patria.

Terminados sus estudios, volvió de Coimbra á Lisboa, donde concibió una pasión funesta por una dama de Palacio, la célebre Catalina de Ataya. Tales relaciones le costaron el destierro á Santarem, donde comenzó su genio poético á ejercitarse poniendo en verso los sentimientos que le inspiraban su desdicha.

Aburrido y sin saber qué hacerse, se enganchó como soldado para ir á pelear en la guerra contra el moro, y allí, bajo la tienda de campaña, su genio poético entretenía su pluma en los ratos en que dejaba su espada de combate.

Herido en el sitio de Ceuta, esperaba una recompensa, pero sufrió una decepción porque sus compatriotas desconocieron á la vez su genio y sus servicios. Indignado y con razón de tal injusticia, se embarcó para las Indias, dando un adiós eterno á la ingrata patria, á la cual se prometía no volver. Llegado á Goa, se alistó como voluntario en la expedición que el virey de las Indias enviaba en auxilio al rey de Cochinchina. Tal campaña fué desastrosa, pero Camoens tuvo la dicha de escapar á la influencia del clima, y á los dardos del enemigo.

Por entonces esperó más fundadamente recompensa á sus servicios, pero su mala suerte lo esforzó. Tales desórdenes administrativos existían en el Gobierno de las Indias, que no pudo menos de señalarlos, expresando su indignación en una sátira titulada *Disparates na India*, por lo cual, el virey, resentido, le desterró á Macao.

Allí fué donde Camoens compuso su poema, base de su gloria, y todavía el viajero contempla el lugar donde el poeta recogió sus inspiraciones que la posteridad ha hecho célebre: «La Gruta de Camoens.»

Os *Lusiadas* se llama en portugués el poema (Los Lusitanos) que el comun decir conoce por la *Lusiada*.

El cuadro en que está encerrado el asunto principalmente es la conquista de Asia por los portugueses, la expedición de Vasco de Gama y el descubrimiento del paso del Cabo de Buena Esperanza. Mas el poeta no se limitó á descubrir los acontecimientos de este período histórico, sino que su rica imaginación supo encontrar el secreto de ligar con ingenio las tradiciones que han hecho grande á su país en la historia.

Vasco de Gama es la nación misma fundida en el tipo del héroe, para celebrar en él las glorias nacionales, á la manera que Virgilio resume la historia romana en su *Eneida*, modelo que adoptó el poeta lusitano desde luego.

Dividida en diez cantos está la epopeya, y su plan es imitación, por el orden de partes, del poema del poeta de Mantua, calcando en el relato de Eneas á Dido los anales de Portugal.

Enojosa á veces la relación, está hecha con tanto arte, que sus detalles interesan, haciendo que los acontecimientos vengán ajustados al conjunto.

Pero lo que sí es reprehensible, es la mezcla de cristianismo y paganismo y en el resorte de lo maravilloso por eso de ver á Cristo al lado de Júpiter y los ángeles junto á los divinidades del Olimpo. Debido más que á ignorancia del poeta á la manía de la época, se concibe que para él no fuera chocante la relación de ideas contrarias que se combaten y se excluyen mutuamente entre sí por precisión. Pero como en el siglo XVI muy alto el entusiasmo por la antigüedad sin duda el poeta no cayó en la cuenta de que sus ficciones eran inverosímiles, porque hoy nadie concibe á los portugueses del siglo XV evocando en sus relatos seriamente las supersticiones del paganismo.

El estilo de Camoens tiene tanta pompa que encanta, y su lenguaje tiene tal colorido, que la obra atrae, y no sólo los talentos cultivados, sino que los menos instruidos entre el pueblo, recitan y cantan muchas estrofas aprendidas de memoria.

Ningun poema, después de Homero y Dante, alcanzó tanta popularidad, porque tampoco autor alguno ha impreso tan marcado sello de patriotismo á sus composiciones como el poeta portugués, profundo conocedor del carácter de su pueblo.

Después de haber concluido el poema. Camoens volvió á Goa, donde fué llamado, llevando por todo haber su *Lusiada*, que era su único tesoro. Pero su mala estrella le persiguió hasta allí. Poco faltó para que pereciera sepultado en las olas. Naufrago en la desembocadura del río Mecon, tuvo el valor sereno de salvarse á nado, sosteniendo con firme brazo por cima de las aguas la obra de genio que su inspiración le hacia presentir como escabel de su inmortalidad.

No terminaron allí sus desdichas. Al desembarcar en Goa, fué preso. Sus amigos, previo pago de las deudas, le recombaron para Lisboa, la patria ausente, que no veía hacia diez y seis años, y en cuyo seno quería dar á la estampa su obra, como ofrenda de cariño á la indiferencia con que ella miraba al primero de sus hijos. Era en 1569.

Recompensa á tantos afanes fué una pensión de cien pesetas!.

La merced real volvió los ojos hácia el poeta de quien el mundo hablaba, y al fin el monarca D. Sebastian se interesó por el cantor de las glorias de la patria. Pero no fué durable tanta ventura. La derrota de Alcázar en que murió el rey, fué la pérdida de la independencia de Portugal.

Durante la dominación, Camoens se vió reducido á la mayor miseria, y un fiel servidor que había traído de la India salsa á pedir limosna todos los días por las calles para llevar pan á su señor.

Algun tiempo después, enfermo, en la ancianidad y abatido por la extrema miseria, viendo eclipsadas las glorias nacionales, exclamaba Camoens que moría en un hospital con la dignidad de la desgracia, al sentir la suerte de la patria.—«A lo ménos muero con ella.»—Epígrafe sangriento á sus *Lusiadas*.

La posteridad consagró un monumento á su memoria.

JOSÉ MARIA PRELLEZO.

EL PRIMER AMOR.

Querido lector: no tengais envidia á un ministro de la corte suprema, ni á un senador del Congreso, ni á un agiotista afortunado, ni á un candidato para la presidencia de la República; pero tened envidia, eso sí, con todas las fuerzas de vuestra alma, al primer estudiante de diez y ocho años que pase por la calle.

¡Qué bella edad es esa de diez y ocho años! Entonces todavía no lo han engañado á uno las mujeres, ni lo han explotado los usureros, ni lo ha *misticado* el destino! Esa edad se tiene siempre una fada al dormirse que nos cierra los ojos con sus dedos de rosa, y otra igualmente bella que nos mira sonriendo al despertar. Decidle á esa alma sincera, afortunada y creyente que su querida es una coqueta, y os gritará—*mentira!*

Decid que sus amigos, sus compañeros de placeres, sus comensales de fonda, le volverán la espalda el día que le ayuden á comer su último escudo, y os responderá—*mentira!*

Decidle que dentro de seis ú ocho años se volverá él pífido, hipócrita, egoísta, frío especulador como todos; que tendrá que resolverse á ser explotado ó explotador, víctima ó verdugo, y os replicará indignado—*mentira, mentira!*

Ese joven, con el corazón repleto de creencias, de ilusiones, de generosidad y de ternura; con la frente tersa como un trozo de mármol bruñido por un estatuero; con la mirada húmeda, brillante, entusiasmada; rico en tesoros físicos y morales, ese joven es la verdadera criatura hecha á imagen de Dios; de los treinta para arriba el hombre deja de asemejarse á Dios para parecerse un poco al diablo.

Un estudiante no se contenta, como Rioja, con un libro y un amigo para ser dichoso; además del libro y del amigo necesita una querida, y bellos y resplandecientes castillos en España. ¿Qué estudiante, por poca imaginación que tenga, se ha contentado nunca con un destino vulgar? Cada uno se cree llamado á ser un gran poeta, un gran capitán, un orador de la fuerza de Mirabeau, ó un financiero removiendo millones. Nadie cuenta conque su lote en la vida será administrar una botellería, vender lienzo al menudeo en una tienda, confeccionar píldoras en una botica, ser secretario de una alcaldía ó maestro de escuela con veinticinco pesos mensuales.

El casi no vive en lo presente; se rie de las miserias actuales con esa confianza suprema que tiene en el porvenir. Si en sus paseos al salto ó á Fusagasugá, se le cansa algun endeblo rocínante, ¡qué importa, dice, si algun día tendré caballos árabes!

Si su levita tiene rotos los codos, ó sus botas están torcidas, ó su camisa tiene un color indefinible, se consuela diciendo que esos son percances pasajeros, pues pronto se vestirá como un dandy parisiense.

Si alguna muchacha, al ver su embrollada vestimenta, lo mira con desden, no se le dá un bledo. Yo tendré un millón de pesos, exclama, y entonces todas se arrodillarán á mis pies.

Dos eran mis amigos más íntimos. El uno, á quien llamaré Emilio, tenía, como yo, diez y ocho á diez y nueve años. Sus cabellos ensortijados, de un dorado pálido, rodeaban, como una auréola, su frente pensativa, de una blancura de jazmín: tenía ojos azules y formas de redondez casi femenina. Al verlo se conocía que era una naturaleza noble y delicada, pero que carecía de fuerza y de energía para luchar con la vida.

El otro, que me permitiré llamar Pepe, era un mozo tremendo. Ojos negros, nariz de ave de rapaña, pelo y bigotes lisos y tiesos como las espigas de un cerdo salvaje, mirada atrevida, músculos de hierro: todo revelaba en él al hombre de acción, de combate y de fuerza.

Pepe había nacido rico; pero parientes de la escuela de Cain, teniendo por colaborador á su tutor, lo habían empobrecido hasta el punto de obligarlo la necesidad á buscar, en la edad en que todo hombre debe tener su situación formada, el estéril y efímero recurso de un grado académico. En la época en que lo doy á conocer á mis lectores, tenía ya veintisiete años. Las desgracias de su juventud y las estafas de que había sido víctima, le habían inspirado un desprecio profundo por los hombres; y respecto á las mujeres, profesaba las opiniones de un Bajá. Epicuro era á sus ojos el primero de los filósofos. Lúculo un hombre *comme il faut*, y D. Juan Tenorio un personaje á quien se debía canonizar. Era además volteriano, y siempre tenía pronto un sarcasmo para turbar nuestra confianza y empañar nuestras más limpias ilusiones.

Pepe era completamente positivo y un si es no materialista. Prefería siempre una botella de vino y un buen *roast-beef* á una melodía de Lamartine y á un canto de Byron.

Aborrecía, pues, la literatura como Napoleon á los ideólogos.

Cuando veía á Emilio arrullado con sus ensueños de poeta se amansaba los mstachos y exclamaba:

—Sigue en esa lucrativa ocupación de alinear frases. Esto da compasión: el hombre ha nacido para la acción y no para pasar su vida haciendo renglones largos y cortos. El día que ménos pienses llegará un grasiiento usurero á tu bohardilla, te hará reconocer ante un escribano, feo como un ogro, una prosaica obligación que le has firmado, y te llevará, no al cielo sobre las alas de un serafín, sino á una cárcel inmundada.

Cuando yo le hablaba de cierta sílfide de la calle de la Carrera, que tenía el mal gusto de mirarme con desden, y de su madre que me hacia cara de oso, me daba este ú otro consejo semejante.

—Vestido de capote y con los codos rotos, no hay que pensar en las lindas mujeres. Ponte botas charoladas, levita á la moda, un reloj de cuarenta libras, díles que acabas de heredar veinticinco mil pesos, y que ha hecho testamento en tu favor una vieja tia que está ética, y entonces verás á la mamá blanda como un cordero, y á la niufa dirigierte miradas de una ternura inefable.

Otras veces, hablándole Emilio y yo de los amigos que teníamos, de los convites que nos daban y de lo dulce y fácil que era la sociedad, Pepe nos decía, siempre amansando sus cerdosos mostachos:

—Yo me he rozado con los hombres y he quedado todo arañado, he metido las manos en el corazón de la sociedad y he corrido á lavármelas en un arroyo, porque las saqué llenas de lodo.

Este hombre nos hacia un daño horrible: su filosofía triste, desconsoladora, á veces cínica, quebrantaba nuestras más bellas creencias. Sin embargo, no podíamos separarnos de él: sus paradojas nos asustaban á veces, pero nos fascinaban siempre.

Emilio era más poeta, más soñador, más optimista que yo. Por desgracia, desde mi primera juventud he visto en la sociedad más espigas que rosas y más sombras que luz. Emilio no soñaba un porvenir grande ni risueño, pero sí una existencia tranquila, calmada, llena de poesía y de amor.

Casarse con una linda muchacha en Bogotá, después de acabar su carrera; retirarse con ella á su casa de campo, en el Valle del Cauca; pasar allí sus días cuidando sus vacas, entregado á sus ocupaciones campestres y paseándose con su amada bajo las ceibas, los naranjos, los madroños y las palmeras de su bello país; acostarse por la noche en una hamaca á aspirar las brisas perfumadas de los bosques, fumando cigarrillos mientras ella preludiaba, al son de la guitarra, canciones de amor; hacer versos en sus horas perdidas, cuidar sus caballos y sus perros, entregarse á todas las voluptuosidades de la pereza, que tiene tanto atractivo en los climas calientes; educar sus hijos, idolatrar á su mujer, vivir dichoso y morir en paz, hé aquí el sueño dorado de Emilio.

—Voy á casarme, nos dijo un día á Pepe y á mí.

—Imposible! respondió Pepe. Eso en todo tiempo es una calaverada, y á los diez y ocho años es una tontería. Y ¿en qué vergel encantado has encontrado esa flor maravillosa, que se alimenta con la brisa de los prados y el rocío del cielo? Pues supongo que un hombre tan ideal como tú no ha de buscar una mujer que coma y viva como todas, que haya tenido diez amantes ó siquiera pensamientos mundanales.

—Calla, demonio, respondió Emilio; cuando conozcas á Angélica te postrarás de hinojos ante ella. Si la inocencia se pierde en el mundo, que la vayan á buscar á su corazón. Las aguas de un arroyo, al salir de las grietas de una peña, no son tan puras y limpias como su alma. Yo soy su primer amor, me ha dicho anoche llorando de ternura.

—¡Eso es bueno! Lo mismo me dijo ayer una *mercachilón* de cuarenta años á quien estoy galanteando en la tercera calle Real. Para las mujeres todo amor pasado es como si no hubiera existido y por medio de una atrevida metáfora sostiene que el presente es el primero y el único. Después que una mujer pasa de los quince, hay dos cosas que no confiesa jamás: los años que cuenta y los amores que ha tenido.

—Si yo creyera verdaderas tus absurdas teorías, me daría un tiro, respondió Emilio. Yo creo en la inocencia de Angélica como creo en la luz, como creo en el cielo, como creo en Dios.

—Dentro de seis años te reirás de toda esa gerigonza sentimental. Y ¿puede saberse la edad que tiene tu bella?

—Quince años.

—Otra tontería, añadió Pepe. Tesis general: no se casen ustedes jamás con mujer de quince años. A esta edad las mujeres no son mujeres: imposible adivinar si serán unas Lucrecias ó unas Mesalinas. Busquen mujeres que tengan sus pasiones, sus gustos, sus vicios y sus caprichos ya formados. A los quince años no hay clave ninguna para leer en su corazón y descifrar el enigma de su carácter. Y en cuanto al placer que haya en tener relaciones con ellas, yo lo niego: las mujeres de quince años me causan un fastidio soberano.

—Será todo lo que tú quieras; pero yo me caso con una muchacha de quince años. Buscaba el primer amor de una mujer, y ya puedo decir *euréca*, como Arquímedes.

—No te casarás, replicó Pepe con sus dogmatismo habitual.

—Eso es ya demasiado: soy solo en el mundo, y no tengo que dar cuenta de mis acciones sino á Dios.

—Una apuesta, le dijo Pepe. No te comprometas con esa muchacha hasta de aquí á un mes. Para la noche anterior, manda preparar donde Francois una cena magnífica: procura que no falte nada: un estudiante económico sería una cosa monstruosa. Si después de la última copa de champaña insistes en casarte, yo pago la cena; si, al contrario, renuncias á este proyecto, la pagas tú.

—¡Convenido! respondió Emilio.

En la noche fijada, á las diez en punto, subimos al salón de la fonda de Francois, donde debíamos cenar á puerta cerrada. Viandas succulentas y vinos calurosos de España, que los ingleses, terciándose con brandy antes de esportarlos vuelven más ardientes todavía, ocupaban la mesa.

El champaña estaba allí también esperando la hora de las paradojas y de la ruidosa conversación. Cuando uno des-

pues lleva en una aldea de provincia esa vida de templanza, que haría honor á un cenobita; cuando tiene que contemporar con los honrados vecinos de su pueblo, bebiendo como ellos siempre agua pura de las fuentes para no pasar por erapuloso ó disipado, y á acostarse á las nueve para no sentar plaza de licencioso, entonces suele recordar algunas veces, con un placer indefinible, esas cenas borrascosas en Bogotá. Tengo graves sospechas de que San Agustín, aburrido de mantenerse con pan y agua en el desierto, recordaba con delicia pecaminosa sus orgías de Roma.

Nosotros devorábamos con el apetito que tiene un usurero el día que come en casa de un amigo. Después de satisfacer la primer hambre, empezó á animarse la conversacion, y Pepe preguntó á Emilio si insistía en su casamiento.

—¡Siempre! respondió.

Pepe tomó entonces un vaso, lo llenó de champaña hasta el borde, y brindó por los quintos amores de Angélica.

Emilio saltó en su asiento como si le hubiera picado un escorpion.

—¡Calumniador! exclamó pálido de cólera, y le arrojó á la cara una botella que se rompió contra la pared.

Pepe, como Temistocles, le respondió con una sangre fría desesperante:

—Pega, pero escucha.

—Entonces se subió sobre un taburete, como quien va á arengar; metió su ancha y musculosa mano en el bolsillo de su paletó, sacó unos papeles que puso sobre la mesa, y exclamó:

—Hasta ahora todos los que han publicado la verdad han sido crucificados; pero ninguno ha quedado contuso por lisonjear las preocupaciones de un pueblo ó los caprichos de un hombre. Yo he querido salvarte, y para esto me he tomado la pena de galantear durante un mes á Laura, la hermana mayor de tu querida. Ella, por complacerme, me ha entregado, para devolvérselas mañana, estas prendas que pertenecen á Angélica, tu virgen de los primeros amores. Para un futuro son documentos históricos de un valor inestimable.

Mira: esta es una carta tiernísima que le dirigió un orjeon, dándole gracias por una trenza de pelo que ella le había mandado.

Este otro papel contiene unas versos macarrónicos que le dirigió un teólogo, en que habla con la unción de un futuro predicador, de un beso enteramente ortodoxo que obtuvo en cierta cita.

Este anillo tiene la cifra de un capitán; y si es de lanceiros, como sospecho, las cosas se ponen de malísima data.

Este otro es un billete exótico que hace tres años le mandó un cachifo.

—¡Oh! ¡Qué horror! exclamó Emilio casi desmayado, pero enteramente convencido.

—¡Valor! mi querido, le dijo Pepe. Llena tu copa de vino, consuelo supremo de los hombres gastados y de las almas desengañadas. El champaña vale más que un amigo, vale más que una querida: no engaña nunca y alegra siempre. El champaña es mejor remedio para los dolores morales que los consuelos de un religioso y que las monótonas máximas de un filósofo estóico.

La fisonomía naturalmente pálida de Pepe, se puso lívida. Parecía que todas las tristezas, las amarguras, los desengaños de su vida pasada se le habían venido, como un tropel de fantasmas, á la memoria, pronunciando esas horribles palabras.

La cena, que duró mucho, le costó un caudal á Emilio; la otro día, amaneció doblemente pobre, sin ilusiones y sin plata.

Hace cuatro años, me escribí de su hacienda del Cauca, entre otras cosas, lo siguiente:

«Al fin, querido Emiro, voy á casarme. Después de aquella terrible cena que tuvimos con Pepe, he profesado enemistad á las mujeres, pero á estas amables y peligrosas criaturas no se les puede jurar, como Aníbal á los romanos, odio eterno.

En estos pueblos de provincia es preciso casarse para introducir alguna novedad en la vida, para aburrirse en compañía de alguien. Pero he abandonado esa tontería de buscar el primer amor de una mujer. La mujer es una criatura esencialmente afectuosa, y la que ha tenido más amores no prueba sino que es más tierna que las otras. Encontrar una mujer que no haya amado á nadie es tan difícil como descubrir la cuadratura del círculo, ó el movimiento perpétuo. Me caso con una muchacha clásica, positiva, nada vaporosa y que ignora absolutamente dónde tiene los nervios. Preguntándole cuántos amores había tenido, incurrió en la estúpida franqueza de decirme que dos ó tres pequeñas pasiones, pero que la que sentía por mí era más fuerte, y que sobre todo sería la última. ¡Dios la sostenga en esta heroica resolución! Dentro de quince días estaré casado.»

Hasta más ver querido lector.

JUAN DE DIOS RESTREPO.

EL GRILLO Y EL ESCARABAJO.

(FÁBULA LITERARIA.)

Pidió un favor al grillo un docto escarabajo, crítico de gran nombre, pero envidioso y fátuo.

El grillo no era rana, porque era un grillo sábio, y con mil deferencias recibió al literato.

Dióle una gran comida á estilo diplomático, y al despedir al huésped le colmó de agasajos.

Pasaron unos días, y, por no sé qué Santo, dieron los animales un concierto en el campo.

Y cuando de la fiesta

un extenso relato hizo á los otros bichos, el tal escarabajo

dijo: —«Mal los jilgueros, péximos los canarios, los ruiseñores, roncós, los mirlos, como gallos.

El concierto, en resúmen, fué ménos que mediano; únicamente el grillo agradó con su canto.

¡Qué compás más perfecto!

¡Qué acordes más variados! El fué, sin duda alguna, quien se llevó el aplauso.»—

Y oyendo estos elogios los topos y los gansos, génio del arte músico al grillo proclamaron.

Quien oye las palabras de los críticos siempre creyendo, nunca meditando, aprenda en el error que cometieron los ciegos topos y los torpes gansos.

RAMIRO BLANCO.

AYER Y HOY.

I

Sobre una tumba te ví, y yo, que nunca pensé que el dolor viviera allí donde está muerta la fé, al verte llorar, reí.

Daba á tu faz alterada, sombra el llanto, el cielo luz; y en tu hermosa frente helada cual negra imagen grabada, ví la sombra de una cruz.

—¡Si como antes, eres buena, mi afán angustioso calma! ¡Vé que el dolor me enajena! ¡Vé que tu amor y tu pena me están desgarrando el alma!

Al contemplar mi contento en tan lúgubre momento, díste trégua á tu dolor: ¡es tan mezquina, Leonor, la fuerza del sentimiento!

Cesó de pronto tu duelo... te alzaste altiva del suelo, y murmuraste al partir... (solo mi alma pudo oír lo que tú dijiste al cielo.)

¡Quiero gozar y vivir! ¡Viviendo, poaré luchar, y luchando, conseguir! ¡Solo es digno de subir quien sube sin vacilar!—

Yo, al contemplar tus antojos, postréme, Leonor, de hinojos en la losa funeraria, y murmuré una plegaria con lágrimas en los ojos.

II

Hoy el mundo, por do quier, el poder de tu belleza aclama, sin comprender que en cambio de ese poder diste al mundo tu pureza.

Tu faz, en la que el dolor posára su mano ardiente, hoy tiene adorno mejor; que generoso el amor ciñe de flores tu frente.

Mas, aunque el cielo engalana tu vida, nunca te veo de tanto placer ufana... Si es breve la dicha humana, ¿por qué es eterno el deseo?

Amada y envilecida, nunca refrenas tu vuelo, ni das descanso á tu vida: ¡Triste será tu caída, porque caerás desde el cielo!

¡Quieres gozar y vivir!... Goza en buen hora. A mi ver no llegaste á presumir, que si es difícil subir, es muy fácil descender.

¡Cuántas veces pienso al verte feliz y ansiosa en mis brazos: «Leonor, ¡si otro amor mas fuerte trocara estos tiernos lazos en los lazos de la muerte!»...

III

Y tu suerte al presentir, yo, que no puedo olvidar, voy, cansado de sufrir, al cementerio á reír, á tus brazos á llorar!

ALFREDO DE LA ESCOBURA.

UN CUENTO MATRIMONIAL. (1)

Así se expresaba un loco, que dicen que enloqueció porque al quedarse viudo... De ser casado dejó.

—«Claro significa novio, que el desdichado no vió;

Casado es como cansado, pero la ene se olvidó;

Casamiento es cazamiento, donde la mujer cazó;

Lo marido, así debiera nombrarse á quien se casó,

Pues ya es del género neutro según un sábio probó;

Esposa es mujer casada, la mujer que sujetó

Con fortísimas esposas á quien su mano le dió;

Tan solo por no abrasarse el Apóstol aprobó

El llamado matrimonio, y aun quizá se equivocó

Que si por arte del diablo impura llama prendió

En la mujer ya casada su marido se quemó,

Y si la llama fué grande hasta su honra se abrasó.»—

Un inocente soltero que al pobre loco escuchó,

Riéndose de sus gracias, casarse determinó;

Pero estando ya casado, cuando algun tiempo pasó,

Se cuenta que varias veces entredientes murmuró:

—¿Por qué no hice caso al loco que tan cuerdateamente habló?—

LUIS VIDART.

HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

El Chato permaneció en actitud reservada y discreta, al ver que en aquel momento se incorporaban los demás compañeros del *Maruso*, el cual, comprendiendo desde luego la causa de su repentino silencio, añadió:

—Puedes hablar con toda franqueza, porque todos éstos son amigos míos del corazón, y se interesan en mis cosas como si fuera yo mismo.

—En ese caso, te diré á lo que vengo.

—Pues ya estás diciendo lo que quieras; pero vamos andando, porque no conviene pararnos aquí.

—Como tú quieras.

Y el *Maruso* montó á caballo, invitando á todos los demás á que hiciesen lo mismo.

En seguida el espía comenzó su relato, diciéndole:

—Pues has de saber que estando en Benamejí me ha pasado un lance, que es la causa de que haya venido á buscarte con tantas fatigas.

—¿Y qué es ello?

—Al salir de una tasca, me tropecé la otra noche con el *Moreno*, á quien tú conoces, y el hombre venía echando espuma por la boca por lo que acababa de sucederle. Yo le pregunté la causa de su desazon y entonces me contó la desgracia de tu hijo y que el pobrecillo le había dado una carta para que se la llevase al *Sastre Lechuga*...

—Sí, le conozco y es un buen amigo.

—Ya verás si es un amigo de los buenos, replicó el *Chato*, con visible ironía. Así lo hubo de creer también tu pobre hijo, pues que la carta era para tí; pero al llevársela á *Lechuga*, fué con la intención de que éste, sin pérdida de tiempo, la hiciera llegar á tus manos, para que en seguida tú fueses á libertar á tu Antoñuelo.

—¡Hijo de mi alma!

—Pues volviendo á mi cuento, sucedió que el tunante de *Lechuga*, después de hacerle perder dos días, no quiso recibir la carta, ni encargarse de enviártela, ni decirle al *Moreno*, en dónde podría encontrarle, y después de haberse enterado de sus buenas intenciones para contigo, el muy bribón se cerró como una almeja, y lo despidió á cajas destempladas.

—¿De veras! exclamó furioso el *Maruso*.

—Como te lo estoy diciendo; pero volviendo al *Moreno*, me contó que estaba muy escamado con lo que le había sucedido con *Lechuga*, y preguntándole yo si era de mucho interés la carta, me dijo; toma y léela. Yo la cogí, diciéndole que viniese conmigo á la tasca, que estaba de allí dos pasos, para remojar el garguero, mas él no quiso, porque había gente y no quería que lo viesen.

—Es claro, cuando hay que hacer no se debe entrar en la taberna; pero sigue tu historia.

—Todo lo que me había contado el *Moreno* á tropiezones y muy á prisa, me había parecido muy extraño, porque nunca podía sospechar que se metieran con tu hijo, y deseoso de enterarme bien del caso, me colé en la tasca para leer la esquila, que por cierto me causó muchísima sorpresa; pero cuando salí para preguntarle al *Moreno* las mil cosas que se me ocurrieron, me quedé más muerto que vivo.

—¿Pues qué pasó?

—Nada más, sino que ví que se lo llevaban preso.

—¿La Guardia civil?

—No, eran tres tunantes de esos de la Partida que ha

(1) Se ha escrito este cuento usando la mono-rima, que impropriadamente se ha considerado en los tiempos antiguos como una forma del romance; y el autor se propuso que las palabras aconsonantadas fueran siempre los verbos de la oracion puestos en pretérito perfecto.

formado el gobernador de Córdoba, que no dejan respirar ni al aire.

—¿Y tú, qué hiciste?

—Me aguanté por la buena y me *jice noche*, porque no quería... que me sucediera lo mismo que al *Moreno*.

—Pues no creía yo que el *Lechuga* fuera tan mal amigo; dijo con despecho el *Maruso*.

—Pues yo siempre le he tenido por un pícaro redomado de siete azules; respondió el de los ojos azules.

—Estamos en eso, replicó el *Maruso*; pero aunque los hombres no sean santos, pueden ser amigos unos de otros.

—¿Y no sabes que ese bribon de sastre, solicitó entrar en esa partida? preguntó el alto.

—Sí lo sabía; pero pensé que eso era una artimaña para servir á los amigos.

—O para venderlos.

—Todo pudiera ser.

—Tal vez la intención del sastre, terció el *Chato*, sería la de salvarse él mismo, al ver el desbarate de feria que se había armado en Benamejí, cuando hasta el *Niño* tuvo que aburrir el nido.

—No digo que no, repuso el alto, pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que el *Sordo Lechuga*, se entienda con los de la Partida y ha sido la causa de que prendan al *Moreno*.

—En cuanto á eso, dijo el *Chato*, me parece que no vés muy descaminado.

—Estoy tan seguro de ello, como si lo viera; replicó el alto. ¿Y si no cómo se explica que ese marrajo se aguante allí, sin que nadie se meta con él, cuando todos los demás han tenido que brincar á otra parte?

—¡Eso es verdad! exclamaron en coro los bandidos.

—Vamos al asunto, dijo el jefe, dirigiéndose al *Chato*, que prosiguió:

—Yo me quedé con la carta y en un mar de confusiones, sin saber qué hacer con ella, hasta que por último, comprendiendo la urgencia del negocio, la situación de tu pobre hijo y cómo estarías tú, que al fin eres su padre, me decidí á venir en tu busca, rompiendo por entre muchas dificultades.

—Gracias, hombre.

—Yo te quiero de verdad y por eso he venido. ¡Aquí tienes la carta!

Y así diciendo el *Chato* se la entregó al *Maruso*, que se apoderó de ella con avidez, y deteniendo su caballo, encendió un fósforo y leyó su contenido, que ya el lector conoce.

La lectura de la escuela de su hijo, produjo en el *Maruso* una emoción inexplicable y una inquietud y enternecimiento tan extraordinarios, que en vano se esforzó por dominar completamente sus afectos de padre.

Durante algunos minutos, guardó silencio para no dejar traslucir por la alteración de su voz, el profundo sentimiento de que se hallaba poseído.

Al fin, ya más dueño de sí mismo, exclamó:

—¡Cuántos días perdidos! ¿A quién había de clamar la infeliz criatura más que á su padre?

Y bajo esta impresión, ahogó un sollozo que espiró en un rugido.

Luego pasando instantáneamente del enternecimiento paternal al más violento paroxismo de la ira y de la rabia, exclamó con voz de trueno y rechinando los dientes de una manera espantosa:

—¡Yo he de beber de la sangre de *Lechuga* y de *Miguelito*! ¡Infames! ¿Qué os he hecho yo para que vengáis tan cobardemente á quebrarme las alas del corazón? Si me tenéis envidia porque tengo más alma que vosotros, ¿por qué no me buscáis á mí, cobardes, y no que vais á ensañaros contra un pobre niño? ¡Cobardes!

Y levantando los ojos al cielo, como si jurase en presencia de Dios, profirió lenta y solemnemente estas palabras:

—¡Hijo mío!... ¡Yo te juro por la leche que mamaste, que vivas ó mueras, será terrible la venganza de tu padre!

—¡Tienes razón! exclamaron á una voz todos los bandidos. ¡Piensa tu venganza, y para ejecutarla cuenta con nosotros, que estamos dispuestos á derramar por tí hasta la última gota de nuestra sangre, y á seguirte hasta la fin del mundo!

Al oír tales palabras, proferidas con el acento más genuino de sinceridad y adhesión, el rostro del bandido iluminóse con una expresión inexplicable de feroz alborozo y salvaje ternura, y llorando con la espantable alegría de la fiera, respondió:

—¡Acepto, camaradas, acepto vuestra promesa, que en este momento estimo más que todos los tesoros de la tierra!... Por mi parte, yo también os juro, amigos del alma, que mi sangre y mi vida serán siempre vuestras.

En seguida el *Maruso* rasgó los ijares de su caballo y todos tras él se precipitaron en un frenético galope.

El restallar chispeante de las herraduras, el compasado movimiento de los caballos, el coro extraño y ruidoso de jadeantes resoplidos y los vagos contornos de aquellos jinetes entre las sombras de la noche, formaban una cabalgata fantástica, un tumulto indefinible, un tropel de centauros desprendidos de las confusas y caóticas regiones de las tinieblas y del vértigo.

CAPITULO XXXI.

DE LAS PREGUNTAS Y ENCARGO QUE EL MARUSO LE HIZO AL CHATO.

Después de haber caminado como unas dos leguas en brevisimo espacio de tiempo, el *Maruso* contuvo su caballo, poniéndolo al peso, lo cual le agradecieron los demás jinetes, que comprendían que aquel frenético galopar, era ya insostenible para ellos y para sus cabalgaduras.

En ciertas situaciones de ánimo, la inmovilidad es imposible y además harto peligrosa, pues de seguro la cabeza del affigido é iracundo padre habría estallado, como una bomba, sin el desahogo de aquella rápida carrera, durante la cual el viento de la noche refrigeraba su rostro, templando en algún modo la tempestad interior que le agitaba.

El *Maruso*, después de leer la carta de su hijo, sin poder contenerse rasgó los ijares de su caballo por un impulso

instintivo para dar vado y salida, por decirlo así, al tumulto de sus ideas y sentimientos.

Poco á poco se fué sosegando y disponiendo su plan para tomar venganza de *Lechuga*, y descubrir á todo trance el paradero de su hijo.

Con este propósito, dirigiéndose al *Chato*, le dijo:

—Ven, amigo mío, y ponte á mi vera.

—Buen jabon le has sacado á mi pobre jaco, respondió el *Chato*, incorporándose al *Maruso*.

—No te apures por ese jamelgo, mientras haya caballos en esta comarca, pues si ese se revienta, se toma otro.

—Todavía éste puede tirar; pero vamos á ver, ¿qué quieres? ¿En qué puedo yo servirte?

—Puedes servirme en mucho.

—Cuenta conmigo para todo.

—Ha sido una gran desgracia que no pudieras hablar con el *Moreno* lo bastante, para que te dijera en dónde tenían á mi pobre niño.

—¿Qué quieres? Dios ó el diablo dispone las cosas de manera, que nunca tengamos alegría completa.

—De todas maneras, me he alegrado muchísimo de recibir la escuela de *Antoñuelo*, y de saber lo que me has contado de ese tunante de *Lechuga*, que tantos favores me debe.

—Por mi parte, no he podido hacer más que traerte á todo riesgo esa carta y esas noticias.

—Yo te viviré siempre agradecido por ello.

—Hoy por tí y mañana por mí.

—Es verdad; pero ahora es menester que me hagas otro favor más grande todavía que el que me has hecho.

—Tú dirás.

—Necesito que sin pérdida de tiempo, vayas en busca del *Moreno* para que á todo trance averigües el sitio en que tienen guardado á mi Antonio.

—¡Virgen Santísima del Cármen! exclamó el astuto *Chato*, haciendo mil aspavientos.

El *Maruso* pareció muy contrariado por la respuesta de su fingido amigo.

—¿Qué dificultades encuentras para hacer lo que te he dicho?

—Pues no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano. ¿Tú sabes lo que pides?

—Hombre, yo te pido lo que sin falta se necesita para saber adonde tienen á mi chiquillo. ¿Qué otro medio hay de averiguarlo?

—En eso tienes razón; pero no creas tú que tan aínas se podrá ver al *Moreno*.

—¿En dónde piensas que estará?

—Yo imagino que desde Benamejí lo habrán traspuesto á Córdoba; pero allí no creas tú que se puede ir, sin tener la seguridad de que lo agarren á uno en el aire, y lo pongan á la sombra, si es que no lo revientan de un trancazo.

—¿Quién hace caso de esas tonteras? Un hombre como tú, se cuela por el ojo de una aguja sin que la tierra lo sienta.

—Te digo que la cosa es más peliagu da que lo que tú te imaginas.

—No me vengas á mí con esos reparos, hombre, porque yo te aseguro que si no tuviera otros negocios entre manos, yo iría ahora mismo, y no me había de suceder nada de lo que tú temes.

—No digo que no, Pepe; mas los hombres no son todos iguales.

—En fin, no me repliques, haz lo que yo te mando y toma.

Y el *Maruso* le entregó al *Chato* un bolsillo verde, con algunas monedas de oro.

—¿Y para qué me das esto? preguntó el *Chato*.

—Para que te abras camino hasta llegar al *Moreno* y sacarle del buche lo que yo necesito saber.

—Yo haré todo lo que tú quieras, aunque me maten, respondió el *Chato*, guardándose gozoso el bolsillo.

—¡Así me gusta! exclamó satisfecho el *Maruso*. Excuso decirte, añadió, que me avises al instante de todo lo que averigües.

—Lo mejor y más pronto sería escribirte.

—En eso estamos.

Y el *Maruso* le dió las señas de á dónde y cómo podía escribirle en caso urgente.

Después de algunos momentos de reflexión, el astuto *Chato*, dijo:

—Estoy pensando que además de todas las diligencias que yo haga para ver al *Moreno*, también pudieras tú descubrir lo que deseas por otro camino.

—Me parece que hemos pensado los dos lo mismo, camarada. ¿Te refieres al marrullero del *Sordo Lechuga*?

—Justamente, porque el *Moreno* me dijo que después de contárselo todo, se repuchó como un toro marrajo.

—Pues esa, ya está acá, respondió el *Maruso*, señalándose con el índice á la frente; pero por todas partes se va á Roma, y el que tú veas al *Moreno*, como te he dicho, no quita el que yo me véa la cara con el sastre y haga con él... lo que ya tengo pensado.

En esto llegaron á una encrucijada, en donde el *Maruso* se detuvo, imitándole todos los bandidos:

—Echemos aquí un cigarro y un trago, dijo el jefe, cuya orden fué inmediatamente obedecida.

Trascurridos algunos minutos, dirigiéndose al *Chato*, el *Maruso*, dijo:

—Nosotros tenemos que andar esta noche todavía mucho terreno; pero nos tenemos que separar aquí; porque este camino es el mejor y más corto para lo que tú tienes que hacer

—Está bien, Pepe; y descuida y fía en mi amistad, que no todos son sastres, ni *Lechugas*, ni sordos á la voz de los sentimientos humanos.

—¡Es verdad! exclamaron á una todos los bandidos. ¡Va ya otro trago!

—Pues adios, y lo dicho, dicho; añadió el *Maruso*, estrechándole al *Chato* afectuosamente la mano.

—Adios, Pepe, y lo dicho será hecho! exclamó el *Chato*, despidiéndose muy cariñosamente del *Maruso* y de todos sus compañeros.

El *Chato* partió por el camino que le había indicado el *Maruso*, mientras que éste y los suyos se alejaron en dirección opuesta.

CAPITULO XXXII.

LAS ÓRDENES DEL MARUSO.

Enrique Rubio se hallaba en el monte, donde lo tenían condenado á eterna inmovilidad; pues casi constantemente permanecía tendido en el duro suelo.

A la sazón, el jóven se hallaba dormido, con la cabeza colocada sobre una peña y con el rostro cubierto con el sombrero, para resguardarse de los rayos abrasadores del sol canicular.

Entre tanto, el bandido que lo custodiaba, siempre ojo avizor, permanecía oculto entre las matas y registrando por entre ellas todo el contorno, para descubrir á larga distancia á cuantos por allí transitasen.

Súbito, el rostro del bandido cubrióse con una densa nube de ira y de disgusto, y después de aprestar su retaco y su revolver, comenzó á descargar tan furiosos y fuertes golpes con el puño cerrado sobre la cabeza del infeliz prisionero, que le hicieron perder el sentido.

El guardian, viendo que Enrique Rubio parecía insensible á la invitación que en voz baja le había dirigido, para que deslizase al suelo la cabeza, que tenía reclinada sobre la peña, tiróle bruscamente de los pies, arrastrándole á la parte más baja y mejor cubierta por la espesura del monte.

El jóven, tornando en sí, aventuróse á preguntar:

—¿Por qué me ha dado usted esos golpes?

—¡Silencio! exclamó el guardian en voz muy baja, tapándole la boca.

Enrique permaneció aterrado y mudo, mientras que el guardian, agazapado entre las matas, seguía con avidez y fijeza inexplicables los movimientos de alguien, que á la sazón pasaba no muy lejos de aquel sitio.

Los ojos del bandido, brillantes como carbunclos, dirigían el rayo visual de su mirada hácia un punto determinado con una expresión indecible de ansiedad, ira y terror, hasta que tomó su retaco y montándolo con gran tiento y cuidado, hizo la puntería entre los claros del matorral, permaneciendo así algunos minutos, tendido boca abajo, con la respiración comprimida, y presa de la más viva inquietud.

Trascurrido un largo rato, el bandido pareció tranquilizarse y sentóse, dejando su retaco.

Es indudable que acababa de sobrevenir y pasar un gran peligro.

—Ahora ya puedes acostarte más á gusto; dijo el guardian al prisionero.

—¿Y qué le he hecho yo á usted para que me maltrate así? preguntó Enrique.

—No me has hecho nada más, sino que tenías la cabeza muy alta sobre el pedrusco.

—¿Y á quién ofendía yo con eso?

—A tí mismo, y puedes dar gracias á Dios de que no te haya saltado la tapa de los sesos; respondió el guardian.

—No lo entiendo, porque todos los días me acuesto de igual manera y no me ha dicho usted nada.

—Es que todos los días no son iguales.

—Pues, ¿qué ha pasado?

—Casi nada, la Guardia civil; y si llegan á verte, habría tenido necesidad de tirarte á tí el primero, para después entendedermelas con la pareja.

El jóven experimentó una sensación de terror, al comprender que aquel incidente, que podía haberle salvado, hubiera podido también ser la causa de su muerte.

A su turno, el bandido se hallaba también en un estado indescriptible de inquietud y recelo, á causa de la inesperada presencia de la Guardia civil por aquellos vericuetos, circunstancia que, por extremo, le preocupaba, porque era claro indicio de que la Guardia tenía ya algunas noticias más ó menos exactas respecto al sitio en que los bandidos guardaban al secuestrado.

De cualquier modo, ya fuese casual ó no la aparición de la Guardia civil por aquellos parajes tan solitarios, es lo cierto que el guardian reconoció el inminente peligro que allí corría y la necesidad inaplazable de mudar sin dilación de rancho.

En los primeros momentos de su turbación y zozobra, el bandido concibió la idea de trasponerse de allí con el cautivo, tan luego como la noche extendiese su manto de sombras sobre el horizonte.

Así pasó todo el día con gran desasosiego, recelando á cada instante ver de nuevo los temidos tricornos entre la espesura de los matorrales.

Llegó la noche, pero al ir á poner por obra su propósito, pensó también en la inconveniencia de apartarse de allí, precisamente cuando ya no podían tardar en volver sus compañeros, cuya sorpresa é inquietud, al notar su falta, podía ser para todos harto funesta y peligrosa, bajo diferentes conceptos.

En estas vacilaciones permaneció el bandido toda la noche, caviloso y desvelado, sin saber qué resolución adoptar, que no fuese ocasionada á gravísimos inconvenientes, porque si arriesgado era el quedarse, no lo era menos el desaparecer de allí, sin conocimiento de sus compañeros.

Al fin decidió no aguardar allí la luz del nuevo día, para no exponerse otra vez al pasado peligro, remitiendo hasta la madrugada la ejecución de su proyecto, por si, durante aquellas horas, sus camaradas llegasen.

Adoptada esta resolución como definitiva, y cuando ya el guardian se disponía á trasladarse con el prisionero á otro sitio, llegó de pronto á su oído el rumor de gente á caballo que se acercaba, y prestando atención y teniendo en cuenta las poco ménos que impracticables veredas por donde sonaban las pisadas de los caballos, desechó sus primitivos temores, sospechando, que no la Guardia civil, sino que el *Maruso* y sus compañeros, eran los que á más andar se aproximaban á tiro hecho y como gente muy práctica y conocedora de aquel terreno montuoso y quebrado.

No se engañaba el guardian, porque en efecto, muy pronto llegó al rancho el *Maruso* con los demás bandidos.

Indecible fué el contento del guardián, al ver la oportuna llegada de la cuadrilla, refiriendo inmediatamente á su jefe lo ocurrido con la Guardia civil, así como también las dudas, vacilaciones y proyectos que desde el día anterior habían cruzado por su mente.

El *Maruso* le tranquilizó, diciéndole:

—No pienses más en eso, porque el peligro ya lo has pasado; pues este no es sitio de entrevistas, y no habiendo visto ellos hoy nada por estos contornos, ya no hay que temer que vuelvan.

—Estando vosotros aquí, el que vuelvan me tiene sin cuidado.

—Ya veremos lo que se hace, porque hay muchas cosas en qué pensar; replicó el *Maruso*.

En seguida, los bandidos le refirieron al guardián todo cuanto les había ocurrido en su expedición, desde el recado de Rodrigo hasta la escuela del niño Antonio, que el *Chato* había puesto en manos de su jefe, sin omitir la indignación que les había producido la infame conducta del *Sastre Lechuga*, ni su recíproco juramento de tomar la más ruidosa venganza.

El guardián aplaudió sin reserva los sentimientos del *Maruso* y de sus compañeros, y deseoso de acompañarlos, dijo:

—Pues lo mejor es quitarnos de estorbos, renunciar hasta esos veinte mil reales que tiene reunidos, degollar á ese muchacho, y ya me encuentro yo en franquía para seguirlos también hasta el fin del mundo. ¿Qué te parece mi plan? añadió el hoyoso de viruelas, dirigiéndose al *Maruso*, el cual respondió:

—Tu plan me parece muy bueno, si yo no tuviera otro más acertado, porque no es cosa de perder ese dinero.

—Entonces no hay más que hablar; el que manda, manda.

En estas y otras, se hizo de día claro, y entonces el *Maruso*, encarándose con el guardián, le dijo:

—Despierta á ese muchacho y desvéndale los ojos, que ahora mismo tiene que escribir una carta.

El guardián obedeció, y el *Maruso*, sacando recado de escribir, le dictó una carta al prisionero, que éste escribió con las precauciones de costumbre.

En la mencionada carta le decía á don Manuel Rubio que enviase todo el dinero que tuviese reunido, debiendo pasar el portador de él por la Puebla, Osuna, Sierra de Yegua y Antequera, yendo á parar á Málaga, en cuya capital se hospedaría en la posada del Agujero, en donde se presentaría una persona para recoger la cantidad consabida.

Terminada esta operación, el *Maruso* guardó la carta, dando inmediatamente sus órdenes á los bandidos con tanta precisión como rapidez, en los términos que siguen:

—Vosotros os llevaréis de aquí á ese muchacho, en cuanto llegue la noche.

Y el *Maruso*, de la manera más minuciosa, les designó el sitio al hoyoso de viruelas y á otro bandido, los cuales á una voz respondieron:

—¡Está muy bien!

—Ya habéis oído lo que dice la carta, y por consiguiente, ya sabéis el día en que llegará el dinero á Málaga. ¿Estamos?

—Comprendido.

Y entonces el *Maruso* les prescribió también, con la mayor prolijidad, todo cuanto debían hacer con el secuestrado.

Luego, dirigiéndose á otros dos, les dijo:

—Vosotros iréis á Málaga para recoger el dinero en la posada que ya sabéis.

—Así lo haremos.

El *Maruso* les dió las instrucciones más minuciosas respecto á lo que cada uno tenía que hacer, durante su ausencia.

El hoyoso de viruelas le preguntó:

—¿Cómo te vas con tan poca gente?

—Ya recogeré algunos compañeros por el camino, si me hacen falta.

—¿Y si además necesitas de nosotros?

—Sí, sí, añadieron á la vez los otros bandidos que se quedaban; es menester que nos digas dónde te podremos encontrar si retrasas tu vuelta, porque te hemos jurado no abandonararte, y queremos cumplir nuestro juramento.

—¡Muchas gracias, amigos! exclamó muy conmovido el *Maruso*.

Y en seguida les explicó su intento de regresar cuanto antes; pero que si le ocurría algún obstáculo imprevisto, que fuesen á buscarle á un sitio que les designó, y que todos ellos conocían.

Hechas estas indicaciones, sin temor á nada ni á nadie, en pleno día, el *Maruso* y sus otros compañeros montaron á caballo y partieron del rancho.

CAPITULO XXXIII.

DE LO QUE ACONTECIÓ EN BENAMEJÍ ENTRE EL MARUSO Y EL SASTRE LECHUGA.

A la caída de la tarde de uno de los primeros días de Agosto de 1870, hallábanse cinco hombres tendidos en un espeso olivar, situado como á una legua de distancia del pueblo de Benamejí, famoso en los anales del contrabando y del bandolerismo.

Cerca de aquellos hombres veíanse cinco caballos que, bien trabados, comían su pienso en sus morrales correspondientes, y que para estos casos sueñen llevar las gentes que andan al camino.

De pronto, levantóse uno de los hombres que yacían en el suelo, y apoyándose en el tronco de un olivo, permaneció allí algunos minutos en actitud profundamente pensativa.

Luego llamó con voz imperiosa á uno de los que estaban tendidos, el cual, levantándose al punto, restregándose los ojos, aproximóse al que le había llamado, diciéndole:

—¿Qué se ofrece?

—Ya vá siendo hora de hacer el encargo que te he dicho.

—Cuando usted quiera.

—Ahora mismo es menester que montes á caballo y va-

yas al pueblo, para que le digas á ese hombre que á las diez de la noche le aguardo para que hablemos.

—Está muy bien.

—Tú irás delante, y yo estaré en el sitio que ya sabes; pero tén mucho ojo y no le pierdas de vista, ni tampoco le digas el punto en que os espero, pues tú no debes apartarte de él hasta traérmelo.

—Descuide usted, que lo haré todo al pié de la letra, como me lo ha mandado.

—Pues á caballo, y que no te vuelvas sin él.

Pocos momentos despues, el que había recibido el encargo montó á caballo, saliendo del olivar y encaminándose á buen paso á Benamejí.

Ya en esto, se habían levantado los otros, llamados por el *Maruso*, pues excusado parece decir, que él era el jefe de aquella gente.

En seguida comenzaron á departir acerca de su propósito, en la prevision de que el *Sastre Lechuga* no dejaría de acudir á la cita, ni de manifestar todo cuanto le había dicho el *Moreno*.

Con tales esperanzas, el *Maruso* y sus compañeros montaron á caballo y alejaronse de aquel sitio, ya bien entrada la noche.

Cerca de una hora habría marchado la cuadrilla, cuando hizo alto en las inmediaciones del pueblo, aguardando con impaciencia al mensajero y al sastre.

Los bandidos pudieron oír las diez en el reloj del pueblo, y ya comenzaban á impacientarse, cuando vieron aparecer á su compañero, que venía solo.

—¿Y ese hombre? preguntó el *Maruso* enojado y sorprendido.

—No hay Dios que le haga venir.

—Pero ¿no le has dicho?...

—Todo lo que usted me dijo, y más, le he puesto en boca; pero se ha negado rotundamente á venir, diciéndome que no quiere lios ni compromisos, que cada uno se las arregle como pueda, y que lo mejor que podíamos hacer era marcharnos de aquí, cuanto más pronto, mejor.

El *Maruso*, al oír esta respuesta, permaneció mudo de ira y de pena durante algunos momentos.

Al fin, preguntó:

—¿Y no le has podido sacar, en resumidas cuentas, nada de lo que me importa?

—Me costó bastante trabajo el verlo; pero en cuanto le dí el recado, comenzó á sacudirse las pulgas, haciéndome señas para que me fuera de su casa. Yo, viendo que no había medio de convencerlo, me salí del desván en que me había metido para que le hablara, y cuando ya estaba en la calle, oí que también él salía, y entonces me imaginé que quizás había mudado de parecer y que se venía conmigo, y así anduvimos toda la calle juntos; pero al llegar á la esquina, se apartó de mí sin decir oste ni moste. Yo al ver que se largaba, le cogí del brazo, diciéndole por señas que me acompañase; pero él dió un estiron, y alzando el gallo, me despidió con cajas destempladas.

—¿Y tú qué hiciste?

—Bramando de coraje, seguí detrás de él, diciéndole que me siguiese; pero él entonces se detuvo, mirándome con ojos como áscuas, hablándome con muy malos modos, y enviándome á mí, á usted y á todos á escardar cebollinos.

—¡Jesucristo! ¿Que no hubiera estado yo allí!

—No crea usted que yo no tuve las de Cain, porque metí mano á la *cerda*, y de buena gana le hubiera despanzurrado; pero ese tiao no es ningun gallina, ni manco, porque al ver mi movimiento, hizo otro tanto, y me amenazó, diciéndome que me fuera si quería que tuviésemos la fiesta en paz. En fin, le digo á usted que si no hubiera sido porque comprendo que este hombre no puede servir todavía mejor vivo que muerto, allí se queda él, ó me quedo yo.

—Has hecho bien, porque si esta noche se muriera, creo que me ahorcaba de un árbol.

Y el *Maruso* permaneció algunos momentos silencioso, con los puños crispados y los ojos flameantes de furor por la contrariedad que acababa de sufrir, y que en ningun modo había recelado.

Luego, sacudió la cabeza como un leon, y lanzando un rugido de cólera, exclamó:

—¡Ah perro sordo! Yo te hablaré y tú me oirás, ó has de ver para lo que has nacido.

Y volviéndose hácia el mensajero, le preguntó:

—¿Tú lo has dejado en la calle?

—Sí, señor; y á estas horas debe estar en casa de su querida ó en el casino.

—Lo mejor y más seguro será que yo le aceche junto á á su casa.

Y echando pié á tierra, le dió á uno las riendas de su caballo y dijo:

—¡Aguardadme aquí!

—¿A dónde vas? preguntó el de los ojos azules.

—Voy á ver yo solo á ese hombre.

—Mire usted que eso es muy peligroso, terció el mensajero; porque las calles están llenas de gente sentada á las puertas, tomando el fresco.

—Déjame á mí de peligros; he dicho que voy á verme con ese mozo, y no dejaré de hacerlo aunque me den garrote.

—Está bien, replicó el alto; pero deja que te acompañemos.

—No necesito á nadie.

—¡Piensa en tu hijo!

Esta consideración y este recuerdo parecieron decisivos en el ánimo del *Maruso*, que respondió:

—No es menester que me acompañéis; pero si me sucede algo, en vosotros confío para que me vengueis.

—Te lo hemos prometido y así lo haremos; pero también te hemos jurado seguirte hasta la fin del mundo, y no está bien que tú ahora te opongas á ello.

—Sí, sí; añadieron los demás compañeros.

—Pues bien, amigos míos, seguidme, y yo á mi vez haré todo cuanto queráis; replicó el *Maruso*, profundamente conmovido por la fidelidad y adhesión de sus camaradas.

Todos los bandidos se agruparon en torno de su jefe y quedándose allí uno con los caballos, por ser aquel sitio

más á propósito y en donde también antes había dejado el suyo el mensajero.

En seguida encaminaronse hácia el pueblo; pero antes de entrar en las calles, el *Maruso* se detuvo diciendo:

—No conviene que entremos todos juntos, para no llamar la atención.

Y señalando al mensajero, añadió:

—Este puede ir delante, porque sabe la calle en que vive ese tupo, vosotros podeis seguirle á la derecha y en donde váis quertas cerradas, os váis tendiendo en las gradillas, como si cada uno estuviera hablando con su novia, segun se acostumbra por estos pueblos...

—¡Muy bien pensado! interrumpieron á una los bandidos.

—Yo conozco bien toda la población, y por lo tanto, me iré por otro lado y lo esperaré para hablarle antes de que se cuele en su casa.

—¿Y si te arma un escándalo y quiere comprometerte? preguntó el de los ojos azules.

—No lo creo, porque pienso presentarme á él de buenas y como un verdadero amigo, para que me cante de plano todo lo que me importa.

—Mira que ese hombre es un perro, que no hay que fiarse de él, y puede hacer lo que digo.

—Entonces... entonces... ¡ya veremos lo que se hace!

—Pues bien; estaremos alerta para acudir en tu ayuda.

—Como queráis. Lo que importa es que yo le eche la vista encima; pero no hay tiempo que perder, porque si vuelve á su casa antes que lleguemos allí, marramos el salto. ¡Ya estais andando!

Pocos minutos despues, los bandidos, siguiendo las instrucciones de su jefe, se hallaban convenientemente apostados en la calle, y muy cerca de la casa del *Sastre Lechuga*.

Por su parte, el *Maruso* apareció muy pronto en la misma calle, apercibiéndose de que ya estaban allí sus compañeros, muy oportunamente situados para cualquier lance que ocurriese.

El *Maruso* no perdía de vista la casa del sastre, sin perjuicio de avizorar con gran vigilancia todas las avenidas, para no perder aquella ocasion de ver y hablar á Lechuga.

La calle por momentos se iba quedando más solitaria, pues que los vecinos que estaban tomando el fresco en las puertas, las iban cerrando sucesivamente y recogíendose en sus casas; de suerte que, al dar las doce en el reloj del pueblo, ya había disminuido mucho la concurrencia de gente.

Pero el tiempo trascurre y el sastre no se presentaba; de modo que el *Maruso*, devorado por la fiebre de la impaciencia, comenzó á recelar que todos los riesgos que estaba corriendo para conseguir su propósito, podían ser tan inútiles como escusados, supuesto que llegó á pensar que Lechuga no volvería á su casa, ó que tal vez se había ausentado del pueblo.

Entre el tumulto de las enojosas imaginaciones que le asediaban, se le ocurrió también que acaso el sastre habría regresado á su domicilio, mientras que el mensajero fué á darle noticia de su encargo.

Perder aquella ocasion tan propicia, era para el *Maruso* la mayor de las contrariedades y desventuras que pudieran sobrevenirle.

Durante aquellos momentos de espera, que para él eran eternidades, el doloroso recuerdo de su amado hijo le perseguía sin cesar con más viveza y ternura que de ordinario, y su corazón de padre se estremecía ante el solo pensamiento de tener que alejarse de Benamejí, sin averiguar lo que tanto le interesaba.

En medio de tan cruel incertidumbre, cuando ya era más de la media noche, el *Maruso* ahogó un ligero grito de alegría.

En efecto, acababa de divisar al sastre, que, á paso lento y con aire distraído, se dirigía á su casa, muy ageno, sin duda, del encuentro que le aguardaba.

El *Maruso*, apenas le hubo reconocido, no vaciló en salirle al paso, alelantándose hácia él con ademán tranquilo y risueño semblante.

No es fácil describir la impresión que en el ánimo de Lechuga produjo la súbita presencia del *Maruso*, cuando éste, dándole un manotazo en el hombro, en voz alta le dijo:

—¡Buenas noches, amigo! ¿No me conoces? Ya que no ha querido molestarse en ir á verme, yo he venido á verlo.

El sastre al sentirse tan bruscamente interpelado, se detuvo como si un tigre le saltase de entre los piés, si bien muy luego se repuso, lanzando al bandido una mirada iracunda y respondiendo:

—¡Ya he dicho que no quiero meterme en lios!

—Pues necesito que me cuentes todo lo que sepas de mi hijo.

—Yo no sé una palabra de lo que me preguntas.

—No seas así, amigo Lechuga; y considera... lo que tira un hijo, y que se trata de salvar su vida.

JULIAN ZUGASTI

(Continuará.)

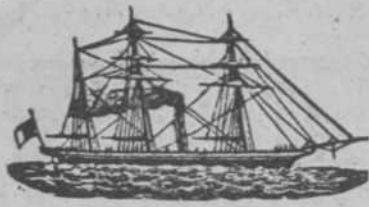
El *Imparcial* y otros diarios han felicitado al ciudadano chileno, D. Luis M. Cardoso, por la parte activa que ha tomado en los trabajos que acaban de dar por resultado el arreglo pacífico de nuestras relaciones con Chile.

Nada más justo ni merecido que esas felicitaciones.

Sin carácter oficial de ninguna especie, y sin más que las inspiraciones de su patriotismo, el señor Cardoso, valiéndose de sus importantes relaciones en Palacio, ha trabajado con tino y perseverancia por allanar las dificultades, que, en largas negociaciones, parecían dificultar el arreglo de la enojosa cuestion, revelando en las gestiones, no solo su clara inteligencia, sino su tino y tacto exquisitos.

Deseamos que en América se conozcan estos hechos, para que la prensa y los gobiernos tributen al señor Cardoso los aplausos que merece.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPANIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que os correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.— Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS

CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía,—Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edición está próxima á agotarse.

OBRAS EN PREENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Octubre de 1882.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	27.415.050	27
Caja oro.....	989.681	11
Pastas de plata.....	7.310.812	48
Efectos á cobrar hoy.....	11.257.304	
Efectivo en las sucursales.....	56.096.294	93
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	18.327.304	29
Idem en poder de conductores.....	2.717.650	
<hr/>		
Cartera de Madrid.....	587.241.845	38
Idem de las sucursales.....	111.865.360	93
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	384.638	71
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	7.199.845	26
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	31.821.375	
<hr/>		
	862.627.162	36

PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	181.384.900	
Idem id. en sucursales.....	136.823.075	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	27.572.426	76
Idem en id. en las sucursales.....	17.881.376	85
Cuentas corrientes en Madrid.....	114.839.092	97
Idem id. en las sucursales.....	59.692.021	02
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	9.655.481	68
Dividendos.....	3.859.381	28
Ganancias y Realizadas.....	22.712.094	03
pérdidas.) No realizadas.....	781.648	82
Amortizacion é intereses de billetes hipotecarios.....	1.006.595	40
Amortizacion é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas y bonos del Tesoro.....	1.943.307	65
Amortizacion é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	3.672.390	
Reservas de contribuciones.....	18.923.024	
Tesoro público: su cuenta por resultados de la emision de Deuda al 4 por 100.....	66.611.420	82
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	33.142.455	
Contrato de crédito en el extranjero de 30 de Mayo de 1882.....	50.648.039	17
Diversos.....	1.478.431	91
<hr/>		
	862.627.162	36

Madrid 31 de Octubre de 1882.—El Interventor general, Benito Fariña.—V.º B.º—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

BANCO HISPANO COLONIAL.

los lunes de cada semana á las horas indicadas.

Lo que se anuncia para conocimiento del público.

Barcelona 3 de Noviembre de 1882.—El Director-Gerente, P. de Sotolongo.

El Consejo de Administracion, cumpliendo con lo dispuesto en el artículo 34 de los estatutos, ha acordado el dividendo de 112 pesetas 50 céntimos por cada accion, como complemento de los beneficios líquidos del sexto año social.

En su virtud, se satisfará á los señores accionistas el expresado complemento desde el dia 6 de Noviembre á la presentacion del coupon número 4 de las acciones, acompañado de las facturas que se facilitarán en este Banco, Ancha, 3, principal.

Las acciones domiciliadas en Madrid cobrarán en el Banco de Castilla, y las que lo estén en provincias en casa de los comisionados de este Banco.

Se señala para el pago en Barcelona desde el 6 al 19 de Noviembre, de nueve á once y media de la mañana. Trascurrido este plazo se pagará

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARÍS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el periodo en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

VIDA DE LORD BYRON, POR EMILIO CASTELAR. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico tratado del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTAYA Y C.ª Caños, 1.